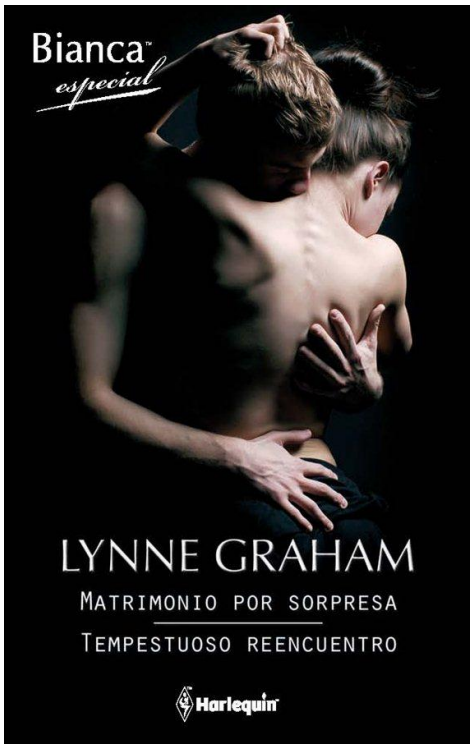
FREE LIBROS
www.freelibros.com

EnLaLuNa

Matrimonio por sorpresa
Lynne Graham
(Especial – 1ª Parte)



MATRIMONIO POR SORPRESA, Nº 16 -octubre 2011
Título original: The Sarantos Secret Baby
Protagonistas: Sander Volakis y Tally Spencer

Argumento:

Sander Volakis siempre se salía con la suya. Se había hecho un sitio en el mundo de los negocios sin depender de la fortuna familiar y disfrutaba de libertad para vivir como le complacía. No tenía intención de casarse…

Tampoco le interesaban los fines de semana en el campo, pero acudió a Westgrave Manor para hacerle un favor a su padre. Y estaba resultando ser un aburrimiento… hasta que se encontró con Tally Spencer, tan guapa, tan voluptuosa, que no pudo

resistirse a la tentación.

Sander estaba deseando seducirla, sin saber que su única noche de pasión con la inocente Tally podría ser el fin de su vida de playboy.

Prólogo

–No me interesa pasar un fin de semana en el campo –afirmó Sander Volakis, sin la menor vacilación.

Petros Volakis sonrió diplomáticamente, deseando por enésima vez desde la muerte de su primogénito haber dedicado más tiempo y atención a la educación de su hijo pequeño. Después de todo, Lysander, Sander para sus amigos, era un hijo del que cualquier padre estaría orgulloso.

Tremendamente apuesto y atlético, Sander tenía una buena cabeza para los negocios y, gracias a su talento, había levantado una empresa millonaria incluso sin el apoyo familiar. Desgraciadamente, Sander también tenía una cara oscura, un temperamento apasionado y una vena salvaje. Era obstinado como una mula, arrogante y totalmente independiente; un individuo extrovertido en una familia muy conservadora.

Las peleas entre padre e hijo habían sido inevitables porque Sander se salía con la suya… siempre. La desaprobación paterna no significaba nada para él pero tras la muerte de Titos, su hermano mayor, la necesidad de tender puentes había sido ineludible, pensó Petros con tristeza.

–Los padres de Eleni están muy interesados en que vayas. Y no es culpa suya que tu hermano muriese en el accidente y que su prometida sobreviviera…

Sander levantó una imperiosa ceja. –Eleni Ziakis tuvo suerte de escapar sin cargos de conducción temeraria…

–Estaba nevando, era de noche y la carretera era peligrosa –le recordó su padre–. Ten un poco de compasión por los errores humanos, hijo. Eleni se quedó desolada por la muerte de Titos.

No tan desolada como para no flirtear con su hermano pequeño unas semanas después del funeral, pensó Sander. Pero se guardó esa información para sí, sabiendo que su padre le diría que había interpretado mal la actitud de Eleni.

Aunque sólo habían pasado seis meses desde la muerte de Titos, ese trágico evento había cambiado por completo el futuro de Sander. Como único heredero del famoso armador Petros Volakis, a partir de la muerte de su hermano era considerado mucho mejor partido que cuando era sólo un inconformista que trabajaba por su cuenta.

–La relación entre nuestras familias volverá a ser la misma si aceptas la invitación –insistió Petros.

Sander apretó los dientes. No le gustaba verse obligado a hacer nada. Le gustaba su vida tal y como era y se preguntaba si sus padres tendrían la ridícula idea de casarlo con Eleni para unir las dos navieras. Eleni era una mujer preciosa y llena de talento pero Sander, a los veinticinco años, no tenía el menor deseo de casarse. Y su vida privada, que aparecía a menudo en las revistas del corazón, seguía siendo tan interesante y aventurera como siempre.

–Te lo agradecería mucho, hijo –dijo su padre entonces.

Sander lo observó, notando las arrugas que el dolor por la muerte de su primogénito había marcado en su rostro. Era un cargo de conciencia, pero no quería tener que llenar el hueco que Titos había dejado. Habiendo sido el favorito desde que nació, sería imposible

ocupar el sitio de su hermano mayor.

Sander siempre se había negado a competir con él porque desde muy joven había notado que a sus padres les molestaba que tuviera más éxito. ¿Pero qué importaba un fin de semana si eso los hacía felices?

–Muy bien, de acuerdo. Iré… pero sólo esta vez.

–Gracias. Tu madre se sentirá muy aliviada –dijo su padre–. Seguramente te encontrarás con amigos en Westgrave Manor y, sin la menor duda, también harás contactos que te vendrán bien –siguió Petros, sabiendo que eso era lo único que podía animar a su hijo.

Sander subió al segundo piso de la casa de Atenas para visitar a su madre, Eirene. Pero mientras subía sonó su móvil y en la pantalla vio el nombre de Lina, su amante del momento. Era la tercera llamada desde que se marchó de Londres.

Irritado, apagó el móvil, decidido a cortar con ella a la menor oportunidad. Pero su conciencia no lo dejaba tranquilo.

¿Qué era lo que hacía que las mujeres pasaran de divertidas amantes a mujeres predecibles en busca de un compromiso en el que él había dejado claro desde el principio que no estaba interesado?

Como siempre, su madre se lamentó por la muerte de Tito como si hubiera ocurrido el día anterior. Sander soportó que llorase sobre su pecho y le reprochase sus defectos, en comparación con su perfecto hermano mayor, antes de despedirse para ir al aeropuerto y a la libertad que tanto disfrutaba.

Pasarían unos meses hasta que volviese a Atenas; volver a casa siempre era deprimente para él.

Capítulo 1

–Por supuesto que debes ir. Es una oportunidad para conocer mejor a tu hermanastra –afirmó Binkie, contenta ante la idea de que Tally pudiera disfrutar de un lujoso fin de semana en el campo–. Además, te vendría bien un descanso después de tanto estudiar.

No le sorprendía que Binkie viera la invitación como una oportunidad, pero Tally no le dijo que la llamada de su padre había sido una sorpresa desagradable para ella.

Apartando los rizos rubios de la cara, sus ojos verdes recelosos, dejó escapar un suspiro.

–No es tan sencillo. Tengo la impresión de que mi padre sólo quiere que vaya para que vigile a Cosima y…

–¿Él te ha dicho eso? –la interrumpió Binkie.

–No exactamente.

–Bueno, ¿y no crees que podría ser cosa de tu imaginación? Sí, ya sé que tu padre no suele llamar a menudo, pero no deberías pensar mal de él. Tal vez sólo quiere que sus dos hijas se conozcan más.

–Tengo veinte años y Cosima diecisiete. Si eso es lo que quiere, ¿por qué ha esperado tanto tiempo?

Tally había respondido con cierta brusquedad porque, después de toda una vida de decepciones y rechazos, era relativamente cínica en lo que se refería a su padre.

Binkie suspiró. –Tal vez se ha dado cuenta de que cometió un error. La gente suele ablandarse con los años.

Para no mostrarse amargada ante la mujer que era lo más parecido a una madre para ella, Tally no dijo nada. Binkie… la señora Binkiewicz, una viuda polaca, había cuidado de ella desde que era niña y pronto se hizo cargo también de la casa en la que vivían.

Anatole Karydas era un poderoso empresario griego que había ignorado la existencia de su hija desde que nació. Odiaba a la madre de Tally, Crystal, y Tally había pagado el precio de esa hostilidad. Crystal era una famosa modelo, comprometida con Anatole cuando se quedó embarazada…

«¡Pues claro que lo había planeado!», había admitido su madre en un momento de honestidad. «Tu padre y yo llevábamos un año comprometidos pero yo no le gustaba a su preciosa familia y me di cuenta de que el compromiso empezaba a enfriarse».

Como, en medio de tan delicada situación, Crystal había engañado a su padre con otro hombre, Tally entendía la actitud de Anatole Karydas.

La verdad era que sus padres eran tan diferentes que no entendía cómo podían haberse comprometido. Anatole, desgraciadamente, jamás había podido perdonarle esa humillación, ni las entrevistas que Crystal había dado después de la ruptura hablando mal de él.

Por supuesto, también había cuestionado la paternidad del hijo que Crystal esperaba y, al final, su madre había tenido que llevarlo a juicio para conseguir una pensión. Y, aunque su padre tuvo que pagar, Tally había cumplido once años antes de que aceptase conocerla.

Para entonces, Anatole se había casado con una mujer griega llamada Ariadne con quien tuvo otra hija, Cosima. Tally siempre se había sentido como una intrusa, sin el apoyo paterno que cualquier niño necesitaba. De hecho, podía contar con los dedos de una mano el número

de veces que había visto a su padre.

Pero, nueve años después, a punto de terminar su carrera de Decoración y Diseño de Interiores, Tally era consciente de que Anatole Karydas había pagado su educación y se lo agradecía porque su madre nunca había sido capaz de llegar a fin de mes.

–Te cae bien Cosima –le recordó Binkie–. Te alegraste mucho cuando te invitó a su fiesta de cumpleaños el año pasado.

–Eso fue diferente, entonces yo era una invitada más –replicó Tally–. Pero mi padre me ha dejado claro por teléfono que debo acompañar a Cosima este fin de semana para evitar que se meta en líos. Por lo visto, últimamente bebe demasiado y sale con un hombre que a él no le gusta.

–Cosima es menor de edad. Es normal que esté preocupado.

–Pero no sé qué puedo hacer yo. No creo que Cosima vaya a hacerme caso –Tally suspiró–. Es mucho más sofisticada que yo y mucho más testaruda.

–Pero es estupendo que tu padre confíe en ti, ¿no? Y si a Cosima le caes bien… –No le caeré nada bien si me meto en su vida, eso seguro.

En realidad, después de un par de encuentros organizados, sobre todo para satisfacer la curiosidad de Cosima, Tally era la que estaba intrigada por su hermanastra, que solía aparecer en las revistas del corazón con los ricos y famosos. No tenían nada en común, ni en aspecto físico ni en personalidad, y vivían en mundos diferentes. Cosima era la hija querida y mimada de un hombre muy rico. Llevaba joyas y vestidos de diseño y acudía a las fiestas más exclusivas.

La dura realidad que había conformado la personalidad de Tally nunca había tocado a Cosima, que había vivido siempre rodeada de privilegios. Cosima nunca había tenido que lidiar con facturas impagadas o con una madre que, cuando la despensa estaba vacía, se compraba un vestido nuevo en lugar de intentar ahorrar dinero. Sólo el techo sobre sus cabezas era seguro porque el ático en el que Tally vivía con su madre y Binkie era una propiedad que su padre les había cedido.

Y allí fue a buscarla una limusina una semana después. Después de darle al chófer su bolsa de viaje, Tally subió al coche y su hermanastra la miró de arriba abajo.

–No me gusta esa ropa –dijo Cosima, mirando el impermeable y los vaqueros con gesto de desagrado.

–Tengo ropa para ir a clase y dos trajes de chaqueta que compré para hacer las prácticas el año pasado –replicó Tally, molesta.

Cosima era una chica muy guapa de largo pelo negro y enormes ojos castaños, su esbelta figura destacada por una minifalda y unos zapatos de tacón de aguja.

–Podrías haberte arreglado un poco más.

–¿Por qué? Vamos al campo.

–Pero algunos de los solteros más cotizados de Londres estarán este fin de semana en Westgrave Manor –replicó Cosima antes de soltar una carcajada–. ¡No pongas esa cara! Sólo estaba imitando a mi padre.

–¿Por qué?

–A mi padre le encantaría casarme con algún tipo rico para dejar de preocuparse por mí,

pero ya tengo novio.

–¿Quién es? –preguntó Tally, intentando disimular que la visible diferencia entre su ropa y la de Cosima le avergonzaba.

–Se llama Chaz y es DJ –respondió su hermanastra. Pero luego apartó la mirada, como diciendo que no estaba dispuesta a contar nada más–. ¿Tú sales con alguien?

–No, ahora mismo no –Tally llevaba mucho tiempo sin salir con nadie, pero odiaba que hombres a los que apenas conocía intentasen tocarla, y más todavía cuando esos hombres estaban borrachos. Encontrar un hombre sobrio por la noche, había descubierto, no era tarea fácil.

Haber sido criada por una mujer tan religiosa como Binkie la había colocado un paso atrás con respecto a sus contemporáneas, pero después de haber sufrido la agitada vida amorosa de su madre, Tally prefería la personalidad de Binkie.

Aunque ya había cumplido los cuarenta, Crystal seguía siendo una mujer muy guapa, pero sus relaciones no duraban mucho y Tally había decidido mucho tiempo atrás que ella quería algo más que pasar un buen rato o encontrar un hombre forrado de dinero. Y no le importaba nada dormir sola hasta que encontrase lo que buscaba.

El móvil de Cosima sonó en ese momento y su hermanastra se puso a hablar en griego a toda velocidad. Tally, que a pesar de haberlo estudiado por las tardes durante varios años aún no dominaba el idioma, se dedicó a mirar por la ventanilla.

La limusina estaba entrando por un camino privado cuando por fin Cosima cortó la comunicación y se volvió hacia ella.

–No voy a decirles a mis amigos quién eres –anunció–. Siento mucho si eso te ofende, pero así es la vida. Si mi padre hubiese querido reconocerte como hija, te habría dado su apellido.

En respuesta a un comentario tan hiriente, Tally se puso pálida.

–Entonces, ¿quién voy a ser este fin de semana?

–Seguirás siendo Tally Spencer porque nadie conoce ese nombre. La gente no se acuerda de que mi padre estuvo comprometido con otra mujer y a mí no me gusta airear trapos sucios –su hermanastra se quedó pensando un momento, sin percatarse de lo hirientes que eran sus afirmaciones–. Yo creo que lo mejor sería decir que trabajas para mí.

Tally tuvo que morderse la lengua.

–¿Trabajar para ti como qué? –le preguntó.

Cosima arrugó su delicada nariz.

–Podríamos decir que eres mi ayudante personal.

–¿Tu ayudante personal?

–Sí, claro. Te encargas de las compras, las invitaciones y esas cosas. Algunos de mis amigos tienen ayudantes personales y, además, sólo estás aquí porque mi padre dijo que no podía venir sola –se quejó Cosima, con tono petulante.

Tally asintió con la cabeza. También ella tenía su carácter, pero siempre atemperado por el sentido común y por la intrínseca tolerancia hacia las personalidades más… inestables. Cosima no quería hacerle daño, sencillamente era una niña mimada acostumbrada a que todo

el mundo hiciera lo que ella quería y no la habían educado para que viese a Tally como una hermana de verdad.

–Pero como empleada estaré excluida de todas las actividades y no podré cuidar de ti.

–¿Por qué ibas a cuidar de mí? Yo sé cuidarme sola. Además, estarías fuera de tu elemento entre mis amigos.

–Intentaré no avergonzarte –dijo Tally, irónica–. Pero le prometí a tu padre que cuidaría de ti y si no vas a dejar que lo haga, lo mejor es que vuelva a mi casa…

–No, no. Mi padre se pondría furioso –la interrumpió Cosima–. De verdad, no puedo creer que estemos emparentadas. ¡Mira que eres aburrida!

–Yo no soy aburrida –intentó defenderse Tally.

El lujoso coche se detuvo frente a una mansión de estilo victoriano rodeada por acres y acres de precioso jardín.

–¿No es una ironía que me recuerdes a mi padre? Te pareces físicamente a él, además. Tienes su misma nariz y eres bajita y gordita. ¡Menos mal que yo me parezco a mi madre!

¿Gordita? Tally tuvo que apretar los dientes. Ella tenía figura de guitarra; una figura curvilínea de pechos grandes y caderas marcadas, pero no era gordita. Bajita sí, eso era verdad. Medía un metro cincuenta y seis, de modo que no podía llevarle la contraria.

Cuando bajó del coche vio a su hermanastra, más alta y más esbelta, saludando a una elegante chica morena en la puerta.

–Eleni Ziakis, nuestra anfitriona. Tally Spencer, mi ayudante personal –anunció.

Un grupo de risueñas chicas rodeó a Cosima y Tally tuvo que seguir al ama de llaves al piso de arriba. Pero cuando su hermanastra se reunió con ellas y la vio abriendo su bolsa de viaje sobre una de las dos camas de la habitación, se volvió hacia el ama de llaves, indignada.

–¡Yo no voy a compartir habitación con nadie!

La mujer le explicó que ese fin de semana todas las habitaciones estaban ocupadas pero, por fin, ante la insistencia de Cosima, acompañó a Tally al piso de arriba para alojarla con una chica del servicio… que no disimuló su enfado al ver a una extraña invadiendo su terreno.

Sabiendo que no era bienvenida, Tally no se molestó en sacar sus cosas de la bolsa de viaje y se dirigió a la escalera para reunirse con su caprichosa hermanastra.

Cuando llegó al pasillo del segundo piso, un hombre muy alto de hombros anchos y mojado pelo oscuro salió de una habitación. Y Tally se quedó helada porque sólo llevaba una toalla a la cintura.

Lo que no estaba cubierto por la toalla era impresionante. Debía de medir más de metro ochenta y cinco y tenía los abdominales de un atleta. Era, sin la menor duda, el hombre más guapo que había visto nunca: ojos de un tono castaño claro, casi dorado, pómulos prominentes, piel bronceada y una boca de labios sensuales.

Que necesitara un buen afeitado aumentaba su atractivo y Tally se quedó helada al descubrir que no podía apartar los ojos de él.

–Acabo de llegar y estoy demasiado hambriento como para esperar a la hora de la cena. Quiero sándwiches y café –anunció, sus ojos dorados clavados en aquella chica tan guapa, aunque no fuera de su estilo–. ¿Sería posible?

–Seguro que sí, pero…

–No he podido localizar a nadie por el teléfono interior, pero lo he intentado –la interrumpió él, con una sonrisa que lo hacía aún más atractivo.

–Yo no trabajo aquí –dijo Tally por fin.

–¿Ah, no?

Aparte de guapa, parecía simpática. Tenía una piel preciosa y su melena rizada era muy inusual. Sus ojos eran del color de los tréboles, tenía pecas en la nariz y sus labios carnosos eran una delicia. Resultaba muy… natural. Y eso no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Además, era evidente que no se tomaba a sí misma muy en serio porque ninguna de sus amigas se pondría esos vaqueros y esa camiseta de color caqui.

Por otro lado, tenía una figura extraordinariamente voluptuosa… donde tenía que serlo. Su mirada oscura se clavó en la curva de sus pechos. Sí, era perfecta. A él le gustaban las mujeres que parecían mujeres, no esas chicas flacas que parecían chicos.

–No trabajo aquí pero tampoco soy una invitada exactamente. He venido para cuidar de una de las invitadas más jóvenes… –Tally tuvo que tragar saliva. No sabía por qué, pero la mirada de aquel hombre le hacía sentir un cosquilleo entre las piernas al que no estaba acostumbrada–. Si veo a alguien del servicio, le diré que suba.

–Soy Sander Volakis, por cierto –se presentó él, sus ojos clavados en ella como los de un halcón en su presa.

Era diferente a las chicas que conocía y, después de haber roto con su última amante debido a sus insistentes demandas de atención, estaba de humor para algo diferente. Alguien menos caprichoso y mimado, una mujer que pudiese apreciar su interés sin querer convertir una simple aventura en el romance del siglo. Una chica trabajadora sería un buen cambio, pensó. Nada que ver con las modelos y aspirantes a actrices con las que solía salir.

Si no tenía interés en los proverbiales quince minutos de fama sería digna de confianza y seguramente no vendería su historia a las revistas como habían hecho otras. Algo que él odiaba profundamente.

Tally asintió con la cabeza. No reconocía el nombre pero le gustaba su acento.

–Encantada, Sander.

–¿Y tú eres...?

–Tally Spencer.

–¿Y Tally es el diminutivo de…?

La gente no solía preguntar y, con desgana, Tally tuvo que admitir:

–De Tallulah.

Sander sonrió, divertido.

–Yo me llamo Lysander –le confesó–. ¿En qué estarían pensando nuestros padres?

Tan sorprendida se quedó Tally después de aquel encuentro que estuvo a punto de chocar con una columna del pasillo. Sacudiendo la cabeza para aclarar sus ideas, bajó la escalera riendo al recordar que se había quedado como hipnotizada por Sander Volakis.

Por lo visto, era más susceptible a los hombres guapos de lo que había pensado. No le hacía mucha gracia la reacción de su cuerpo… no, de hecho le irritaba y le avergonzaba.

Ningún hombre la había hecho sentir eso. Pero Lysander Volakis, griego, llamado así por un general espartano y con el físico de un general espartano, no era un hombre como los demás.

Suspirando, encontró a alguien del servicio y le pasó la nota sobre los sándwiches y el café.

Luego se dirigió al salón, donde Cosima estaba en medio de un grupo de chicas. Y no hizo falta la mirada de advertencia de su hermanastra para saber que no había sitio para ella entre ese grupo de niñatas. Todas tenían una copa en la mano y Tally se preguntó si Cosima estaría bebiendo… y si a su padre no le importaría que una chica menor de edad bebiese alcohol. Pero, para no discutir con su hermanastra, decidió salir a explorar el jardín.

Eleni Ziakis, la prometida de su difunto hermano, le llevó café y sándwiches a la habitación… y luego se quedó inmóvil, como si sus piernas se hubieran vuelto de piedra. Tan interesada estaba la morena en atenderlo, pendiente de sus palabras como si fueran el Evangelio, que Sander perdió el apetito.

Aquél empezaba a convertirse en un fin de semana infernal, decidió cuando por fin Eleni salió de su habitación. Los Ziakis no estaban allí para hacer de anfitriones y sólo había una pandilla de adolescentes correteando de un sitio a otro, entre ellas la hermana pequeña de Eleni, Kyra.

Sander se había encontrado con dos ex novias en cuanto llegó y, aunque se alegró de ver a una de ellas, ver a Birgit Marceau no le hizo ninguna gracia. Birgit, la tempestuosa hija de un magnate francés de la construcción, se había tomado su breve aventura del año anterior demasiado en serio y estaba dolida con él. Y aunque Sander sabía que no había hecho nada malo, se sentía incómodo con los ojos tristes de Birgit siguiéndolo por todas partes.

Tally estuvo una hora explorando el jardín antes de terminar en los establos. Los mozos le ofrecieron montar a una yegua muy tranquila, pero tuvo que decir que no porque no sabía montar a caballo. Aunque le encantaría aprender. Crystal había insistido en que hiciera ballet, algo que Tally odiaba, pero se había negado a que su hija, a quien ella veía como un chicazo, tomase clases de equitación.

Como no le interesaban la ropa, el dinero o los hombres, Tally no tenía mucho en común con su madre. Su decisión de vivir dentro de sus posibilidades y sus sueños de tener algún día una empresa de decoración eran algo extraño para Crystal, que odiaba ajustarse a un presupuesto y esperaba que los hombres la mantuviesen. El entusiasmo de Tally por la vida y su energía también eran algo extraño para su indolente madre.

–¿Dónde has estado? –le espetó Cosima cuando entró en el salón.

–Fuera, viendo a los caballos.

Cosima arrugó la nariz.

–¡Desde luego, puedo olerlo!

–Me daré una ducha antes de cenar –Tally se dirigió alegremente a la escalera… justo cuando Sander bajaba, guapísimo con un pantalón de sport y una camisa.

–Veo que has estado dando un paseo.

Estaba despeinada y tenía las mejillas coloradas. Parecía más sensual, más llena de vida que antes. Y le encantaba que no le importase su aspecto.

–He estado saludando a los caballos –le contó Tally, mirando esos ojos dorados rodeados de largas pestañas. De cerca era tan guapo que se le doblaban las rodillas.

–Tal vez ahora que te has tomado un descanso podrías planchar la ropa de Cosima. Mis empleados están muy ocupados este fin de semana –escucharon una voz femenina tras ellos.

Era su anfitriona, Eleni Ziakis.

–¿Por qué iba a planchar la ropa de Cosima? –preguntó Tally–. No soy su criada.

–No, no lo es –dijo su hermanastra. Sander suspiró, impaciente. Estaba claro que

Eleni había notado su interés por Tally y se alejó antes de que su presencia provocase más problemas.

Mujeres, pensó, exasperado, no se podía vivir ni con ellas ni sin ellas. Pero no pudo evitar girar la cabeza para mirar el redondo trasero de Tally mientras subía por la escalera… y la súbita tensión en su entrepierna le dijo que llevaba demasiado tiempo sin sexo.

Pero la sonrisa de aquella chica, y que apartase tímidamente la mirada, le decía que el interés era mutuo. No dormiría solo esa noche, pensó.

–¿De qué conoces a Sander Volakis, Tally? –le preguntó Cosima cuando se quedaron solas.

–Me lo he encontrado antes en el pasillo.

–Pues parece que a Eleni le ha molestado. Estuvo prometida con el hermano de Sander, Titos, pero el pobre murió en un accidente de coche el año pasado. Creo que Eleni sigue interesada en esa familia, pero lo tiene muy crudo porque Sander es un mujeriego.

Tally intentó esconder su interés.

–¿Ah, sí?

–Sale con una chica diferente cada mes. No pierdas el tiempo –le advirtió Cosima–. Todo el mundo sueña con casarse con Sander, pero es imposible.

–Yo no tengo ningún interés en él. Acabo de conocerlo.

No era verdad y saber que estaba mintiendo, algo a lo que no estaba acostumbrada, le molestó. Ella tenía suficiente sentido común como para no sentirse atraída por un hombre rico y arrogante que jugaba con las mujeres.

–No quiero menospreciarte, pero tú no eres su tipo. A Sander le gustan las modelos –siguió Cosima–. Tiene fama de ser…

–Ya te he dicho que no estoy interesada –la interrumpió Tally. Su hermanastra ni siquiera intentó disimular una expresión de sorna.

–Si yo tuviera alguna posibilidad, no le diría que no. Y a mi padre le encantaría. Sander es un soltero de oro y la chica que lo lleve al altar será muy afortunada.

–Supongo que es rico, claro –dijo Tally, enfadada consigo misma. El orgullo le decía que dejase el tema, pero la curiosidad era más fuerte que ella.

–Dicen que ganó su primer millón antes de terminar la carrera y, además, hay que tener en consideración la fortuna de su familia –respondió Cosima, con un brillo de avaricia en los

ojos–. Son armadores, los más ricos de Grecia según dicen.

Tally, de repente, sintió pena por Sander Volakis.

Evidentemente, su dinero y su familia lo convertían en objetivo de mujeres ambiciosas y buscavidas de todo tipo. Le parecía una ironía que Cosima, que nunca había tenido que preocuparse por el precio de nada, estuviera tan obsesionada por el dinero de los demás. Pero así eran las cosas; su hermanastra medía a la gente por el estado de su cuenta corriente y estaba claro en qué escalón la colocaba a ella.

En cualquier caso, cuando sacó un vestido arrugado de la maleta, Tally se compadeció de ella. Cosima no había planchado una prenda en toda su vida pero parecía dispuesta a aprender. Por primera vez, Tally se sintió como una hermana de verdad y acabaron muertas de risa con los patéticos esfuerzos de Cosima.

–¿Qué vas a ponerte tú para la cena?

–No lo sé, no tengo muchos vestidos.

–Yo te prestaría alguno de los míos, pero… –su hermanastra hizo una mueca. Cosima era alta y delgada, mientras que ella era bajita y voluptuosa. Jamás podrían compartir ropa.

–No pasa nada.

Habiendo crecido con una madre alta y esbelta que intentó ponerla a dieta a los nueve años, Tally estaba acostumbrada. Binkie, con su habitual tacto, había tenido que convencer a Crystal de que ninguna dieta conseguiría que tuviese el mismo aspecto que ella.

De modo que se puso un vestido negro comprado en las rebajas. Lo había comprado porque servía para cualquier ocasión, pero parecería un cuervo en medio de una bandada de pájaros exóticos.

Y, por primera vez, al mirarse al espejo Tally experimentó cierto anhelo por los atributos que no poseía. ¿Qué cruel jugarreta del destino le había dado una masa loca de rizos, pecas en la nariz y unos pechos como melones en lugar de una melena lisa y proporciones más femeninas?

Binkie había intentado inculcarle que el aspecto físico no era importante, pero Tally sabía que vivía en un mundo donde la apariencia lo era todo. Importaba cuando ibas a una entrevista de trabajo e importaba más cuando querías atraer a un hombre.

¿Quería ella atraer a un mujeriego?, se preguntó. Tally se regañó a sí misma por ser tan superficial mientras bajaba al comedor detrás de su alegre hermanastra.

Sander estaba sentado al lado de Eleni Ziakis, que llevaba un precioso vestido blanco con un hombro al aire, y Tally intentó no animarse al ver que parecía aburrido.

Pero Cosima no era buena compañía precisamente porque no paraba de reír con sus amigas, diciéndose cositas al oído y enviando y recibiendo mensajes de texto todo el tiempo.

Cuando la cena terminó, Eleni anunció que se servirían copas en el salón.

–Yo me voy a dormir –Cosima intentó disimular un bostezo–. Tengo sueño y mañana hay una gran fiesta.

Dejar de hacer el papel de carabina fue un alivio para Tally y, pensando en la novela que había llevado con ella, se dirigía a la escalera cuando Sander se interpuso en su camino.

–Hola…

Tally tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–Hola.

–Vamos a tomar una copa –sugirió él, mirando sus generosos labios y los voluptuosos pechos que el vestido destacaba.

–Yo estaba pensando irme a la cama… –empezó a decir ella, aunque sentía la tentación de decir que sí.

Pero al ver un brillo de confianza en los ojos dorados, se dio cuenta de que Sander Volakis esperaba que pasara la noche con él. En ese momento, vio a Eleni Ziakis mirándolos desde la puerta del salón y sintió que le ardían las mejillas.

–Gracias, pero no.

Sorprendido por la negativa, Sander frunció el ceño.

–¿Por qué no?

–Me apetece leer un rato antes de dormir –respondió ella.

Como Sander no parecía saber qué decir, seguramente porque nunca le habían dicho que no, Tally subió a su habitación y, agradeciendo que su desagradable compañera de cuarto no estuviera por allí, se metió en la cama con su novela.

Las aventuras de la heroína, que parecía atraer a una innumerable cantidad de hombres, a ninguno de los cuales quería, aburrieron a Tally y, finalmente, dejó a un lado la novela para apagar la luz.

Pero no era capaz de conciliar el sueño. No dejaba de pensar en la invitación de Sander, preguntándose por qué le había dicho que no de manera tan antipática. En fin, lo que estaba claro era que no volvería a pedírselo.

Que se acercase a ella cuando había tantas chicas guapas en la casa le había sorprendido. Ella no llevaba la ropa adecuada, ni tenía el acento adecuado, ni pertenecía a la familia adecuada. ¿Por qué la había elegido a ella precisamente? ¿Podría haber pensado que se sentiría halagada, impresionada? ¿O pensaba eso por su baja autoestima?

Después de todo, un hombre rico, guapo y sofisticado le había pedido que pasaran un rato juntos y ella lo había rechazado porque no estaba preparada y porque, en el fondo, era tan insegura que pensó que tendría algún motivo oculto para hacerlo.

Era patético, pensó, enfadada consigo misma.

Se quedó dormida deseando haber dicho que sí, deseando que Sander volviera a pedírselo…

Tally despertó poco después, sobresaltada, para ver a su compañera de cuarto buscando algo en un cajón.

–Perdona, no quería despertarte…

–No importa –murmuró, medio dormida.

Al sentarse en la cama, Tally vio un neceser en el suelo, al lado de la puerta. Era de Cosima y su hermanastra debía de estar buscándolo, de modo que se levantó de la cama y se puso un albornoz para llevarlo a su habitación.

Llamó suavemente a la puerta con los nudillos y, al no recibir respuesta, asomó la cabeza en la habitación.

–¿Cosima?

La luz estaba encendida, pero su hermanastra no estaba en la cama. Tally dejó el neceser sobre la cómoda y se asomó al cuarto de baño, pero tampoco estaba allí.

Cuando volvía a su habitación le pareció escuchar la voz de su hermanastra en el piso de abajo. Y sonaba extrañamente estridente. Acercándose a la barandilla de la escalera, Tally miró hacia abajo…

Y se quedó helada al ver a Sander Volakis llevando a Cosima hacia la escalera. ¿Habrían estado juntos en el jardín?

«Si yo tuviera alguna posibilidad, no le diría que no», recordó las palabras de Cosima.

¿Le habría dicho que sí cuando ella le había dicho que no?, se preguntó.

Pero no tuvo tiempo para seguir pensando porque Cosima subía parloteando por la escalera. Tenía hipo, se le había corrido el maquillaje y llevaba una falda tan corta que apenas le tapaba los muslos.

Estaba claro que había bebido demasiado y, como resultado, apenas podía caminar.

Atónita, Tally corrió escaleras abajo para averiguar qué había pasado…

Capítulo 2

–¿Que le has hecho? –exclamó Tally, furiosa.

Sander Volakis la fulminó con la mirada.

–Yo no le he hecho nada. Y no tengo por qué darte explicaciones. Tally se cruzó de brazos, interponiéndose en su camino.

–Yo creo que sí. Parece que Cosima ha estado bebiendo… ¿es que no sabes que es menor de edad?

–¿No se supone que eras tú la que debía cuidar de ella? –le espetó Sander–. Pues lo estás haciendo de pena.

Tally se sintió mortificada. Evidentemente, Cosima la había engañado al decir que se iba a la cama. Y después de darle esquinazo se había ido de fiesta con Sander.

Eleni Ziakis se acercó entonces y estaba mirándola con una ceja levantada cuando apareció su hermana pequeña.

–Kyra, lleva a Cosima a la cama, por favor. Evidentemente, ha bebido demasiado –dijo Eleni cuando su hermana desapareció escaleras arriba– pero no me parece buena idea montar una escena, señorita Spencer…

Tally apretó los labios.

–No sabía que estuviera montando una escena. Sencillamente, quiero saber qué ha pasado.

–Cosima no está en condiciones de contárselo y sus padres no querrían que esto se supiera –dijo Eleni, mientras Kyra se llevaba a Cosima a la habitación.

Sander abrió una puerta al otro lado del vestíbulo.

–Ven, Tally. Hablaremos aquí.

Evidentemente, se sentía ofendido porque no estaba acostumbrado a que nadie le llamase la atención. Tally sospechaba que tenía un carácter volcánico. Y algo que previamente había odiado en su impulsiva y a menudo porfiada madre de repente le pareció fascinante.

–No es necesario, Sander –intervino Eleni–. La señorita Spencer no tiene derecho a pedir explicaciones.

–Yo me encargo de esto –replico él, haciéndole un gesto a Tally para que entrase con él en el estudio y cerrando la puerta en las narices de su anfitriona.

–¿Adónde has llevado a Cosima? –le preguntó ella.

–No la he llevado a ningún sitio. ¿Por qué iba a hacerlo? Para mí es una niña –Sander dejó escapar un suspiro–. Creo que sus amigas y ella llamaron a un taxi para ir al pub del pueblo. Cuando llegué, el camarero se negaba a servirles más copas sin una prueba de que eran mayores de edad y Cosima estaba discutiendo con él.

–Por favor… –Tally se pasó una mano por la cara– me dijo que se iba a la cama.

–¿Una adolescente en la cama antes de las doce? –replicó él, irónico.

–Sí, bueno… ¿y qué pasó después?

–Tomé una copa en el pub y me marché media hora después. Pero cuando volvía aquí me encontré a Cosima en la carretera, a un kilómetro del pueblo…

–¿Sola?

–Estaba tan borracha que no podía tenerse en pie.

–Dios mío…

–No podía dejarla allí, como te puedes imaginar. Subió a mi coche y empezó a llorar como una histérica… aparentemente, había quedado con su novio en el pub pero él le había dado plantón.

Tally sintió que le ardía la cara cuando Sander clavó la mirada en el cuello del albornoz, el escote del camisón escondiendo apenas el nacimiento de sus pechos.

–No sabía que Cosima hubiera salido –dijo finalmente.

–Y si ha salido de aquí sin decírselo a nadie, no querías que se encontrase precisamente conmigo, ¿verdad?

–No sé qué intentas decir con eso –replicó ella.

–Tú sabes muy bien lo que quiero decir. Te he visto cuando apareciste en la escalera –dijo Sander, mirándola con sus increíbles ojos dorados–. No te ha gustado verme con Cosima porque te has puesto celosa.

Tally lo miró, perpleja.

–Eso es una tontería. No te conozco de nada… ¿por qué iba a ponerme celosa?

–Dímelo tú –Sander sonrió, insolente.

Y era una sonrisa preciosa, tuvo que reconocer Tally. Sander Volakis era un espécimen masculino casi perfecto, tan guapo que no podía dejar de mirarlo.

–Conozco lo bastante a las mujeres como para leer en sus ojos, *glikia mou*.

–¡Tú no has leído nada en mis ojos porque no hay nada que leer!

–Eso no es verdad.

Tally se puso tan furiosa que, por primera vez en su vida, estaba a punto de darle una bofetada a un hombre. En aquel momento entendía por qué una provocación podía hacer que alguien perdiese los nervios.

–Eres increíblemente arrogante –le espetó, viéndolo moverse por el estudio como un león por su jaula. A pesar de su enfado, no podía dejar de mirarlo, estudiando sus movimientos con una emoción que era nueva para ella–. Ni siquiera me caes bien.

–No necesito caerte bien –dijo él, clavando en ella sus ojos dorados–. Tan sólo necesito que me desees.

Tally sintió un cosquilleo en la piel, como si la hubiera tocado. Una parte de ella quería salir corriendo, pero otra parte quería quedarse. Tenía la sensación de que aquél era un momento importante en su vida; que estaba a punto de experimentar ese algo que había esperado tanto tiempo. Quería darle una bofetada, quería gritarle que era un tipo insoportable, pero todo eso se mezclaba con el poderoso deseo de besarlo.

Sander Volakis exudaba un atractivo masculino que la atraía y la repelía al mismo tiempo.

–Y me deseas –siguió él, aparentemente seguro de sí mismo. Por un momento se había preguntado si estaría equivocado. Después de todo, ella lo había rechazado cuando le pidió que tomasen una copa juntos. Pero al ver el brillo de deseo en sus ojos, se preguntó si la

negativa habría sido una argucia femenina para despertar su interés–. Como yo te deseo a ti, *glikia mou*.

Fue esa admisión lo que rompió las defensas de Tally como la eficiente hoja de un cuchillo. Hasta ese momento ningún hombre la había hecho sentir atractiva y sexy, pero Sander Volakis había conseguido ese milagro con una sola frase.

Mientras la estudiaba, con una intensidad y un ansia que no podía esconder, ella tuvo que sonreír, casi sin darse cuenta.

Al ver esa sonrisa, Sander la apretó contra su pecho y se apoderó de su boca con exigente ardor. Los sabios movimientos de su lengua entre sus labios abiertos le hicieron sentir una punzada de placer, casi como una descarga eléctrica, pero la dulzura inicial fue seguida por una fiera sensación de deseo.

El beso no era suficiente. Dejando escapar un inconsciente suspiro de insatisfacción, Tally puso las manos sobre sus hombros para apoyarse en el duro torso masculino. Necesitaba ese contacto para satisfacer la sensibilidad de sus pezones y el cosquilleo que sentía entre las piernas.

Como respuesta, Sander la envolvió en sus brazos y aplastó su boca, disfrutando del rico sabor a fresa de sus labios. Le gustaría tomarla en brazos y llevarla a su habitación para saciar el loco deseo que despertaba en él…

Excitado como nunca, enredó los dedos en la masa de rizos y echó su cabeza hacia atrás para mirar los gloriosos ojos verdes en contraste con la piel de porcelana. De nuevo, intentó entender aquella poderosa atracción.

¿Era la sinceridad que veía en esos ojos o la salvaje sensualidad con la que se había rendido a sus besos? En la cama, sospechaba, su pasión sería abrumadora.

Un móvil sonó en ese momento y Tally, parpadeando como si estuviera saliendo de un trance, levantó las manos para apartarse de él.

Sander frunció el ceño mientras apagaba el móvil después de mirar la pantalla.

–No seas así.

–¿Qué quieres decir?

Tally sentía que le ardía la cara y las piernas no le respondían. Atónita al descubrir que su albornoz estaba abierto, se abrochó el cinturón con manos nerviosas.

Respiraba con dificultad y sus pensamientos eran un caos, pero entendía que lo que acababa de pasar era enteramente nuevo para ella, una tentación con la que nunca antes se había encontrado. Lo que había sentido era tan increíblemente poderoso que sus pezones casi temblaban como respuesta y experimentaba un deseo que nublaba su visión. Y sólo podía pensar en repetir la experiencia…

Sander alargó una mano.

–Ven…

–¡No! –Tally dio un paso atrás, sintiéndose absurdamente como una mujer en peligro de perder su alma–. Buenas noches, Sander.

–¡No lo dirás en serio! –exclamó él, incrédulo, al ver que se dirigía a la puerta.

–Muy en serio –dijo ella, tomando el picaporte–. No va a pasar nada entre tú y yo.

Sander la vio salir del estudio conteniendo el aliento. ¿Qué le pasaba a aquella chica?

Nunca se había excitado tanto con una mujer para ver luego que le daba la espalda, dejándolo insatisfecho. Y tampoco nunca se había sorprendido tanto por el deseo que una mujer lo hacía sentir.

Darse una ducha fría para calmar un poco su ardor no le resultaba en absoluto apetecible, pero iba a ser totalmente necesario.

Tally encontró a Cosima profundamente dormida y, después de quitarle los zapatos, la cubrió con el edredón. Al día siguiente intentaría ganarse su confianza y tal vez tendría la oportunidad de convencerla de que no estaba compartiendo el fin de semana con una gobernanta.

Pero una vez en su habitación, no dejaba de darle vueltas a lo que había pasado. En lo que se refería al sexo opuesto, siempre había creído ser inteligente y sensata, menospreciando las aventuras románticas de su madre. Sí, la verdad era que se había sentido superior en ese campo, convencida de que ella nunca haría tonterías… pero tal vez había sido demasiado soberbia. Había creído saberlo todo, y había descubierto después que no era más sofisticada que una cría en lo que se refería a los hombres.

Porque, en veinticuatro horas, Sander Volakis le había enseñado cosas sobre sí misma que Tally no había querido saber. Conocerlo había resultado una experiencia iluminadora, pensó. Había descubierto que estar a su lado la mareaba, incapacitándola para pensar de manera racional.

Había descubierto que era humana y capaz de hacer tonterías. Y también que no dejarse llevar por el deseo podía doler.

Era comprensible que su madre hubiera roto tantas relaciones siendo infiel. Crystal Spencer nunca había dicho que no a una atracción así. Había hecho lo que quería, cuando quería y a menudo había pagado un precio muy alto por ello. Pero Tally también había tenido que pagar.

En más de una ocasión, se había encariñado con alguno de los novios de su madre y la consiguiente desaparición de ese hombre la había confundido y disgustado.

Siendo muy pequeña, había decidido que no se podía confiar en los hombres y que era más seguro no encariñarse con ellos. Sólo cuando tuvo cierta edad empezó a entender que era el comportamiento de su madre lo que destrozaba esas relaciones.

En cualquier caso, tener una relación con Sander Volakis no llevaría a ningún sitio.

Sólo la hubiera llevado a su habitación esa noche, pensó. Y también que retrasar una satisfacción no era algo de lo que Sander Volakis pareciese saber mucho. Los dos querían más después del beso y él no parecía entender por qué tenían que esperar.

Tally sabía muy bien lo que había pensado porque había sentido la urgencia de su deseo, reconociendo al mismo tiempo el suyo propio.

Tal vez sería virgen toda la vida, pensó, horrorizada. Viviría siempre sin ser tocada, sin ser deseada por un hombre.

Sander no iba a perseguirla esperando que cediese. Para un hombre como él, sería cosa de una noche.

Una locura, se decía a sí misma. No tenían nada en común aparte de que su padre era

griego… y Sander no lo sabía porque su padre no tenía intención de contarle al mundo quién era. Vivían en mundos diferentes. Él era un hombre muy rico mientras que ella era una simple estudiante. Ni siquiera tenía nada en común con Cosima, que venía del mismo mundo de riqueza y privilegios.

Supuestamente, aquél era el momento en el que debería cometer errores y descubrir quién era en realidad. ¿No era el momento de saltarse las reglas y experimentar un poco? Pero acostarse con Sander Volakis sería, definitivamente, un error. No había futuro para esa relación y...

¿Todas las relaciones deberían tener un futuro?, se preguntó entonces. ¿Siempre debería haber sentimientos serios, importantes? ¿No había sitio para algo ligero, sin complicaciones?

Tally daba vueltas y vueltas en la cama, indecisa. Ella no quería enamorarse y casarse de inmediato. Sólo tenía veinte años. Y tampoco era tan tonta como para soñar con que Sander se enamorase de ella. La hija de Crystal Spencer no podía ser tan ingenua porque, siendo adolescente, a menudo se había sentido mortificada al ver a algún extraño en la mesa del desayuno tonteando con su madre. Y Crystal jamás se había percatado de la turbación de su hija.

Como había amanecido antes de que pudiera conciliar el sueño, despertó muy tarde y totalmente desorientada cuando Cosima tocó su hombro.

–¿Qué hora es?

–Casi mediodía.

–¿Qué…? –Tally intentó apartar los rizos de su cara–. ¿A qué hora te has levantado tú?

Su hermanastra parecía irritantemente despierta y llena de energía para ser alguien que se había ido a la cama en estado de embriaguez.

–Temprano –respondió Cosima–. He tenido tiempo suficiente para desayunar y jugar un partido de tenis. Los hombres han ido a los establos y nosotras nos vamos de compras, así que…

–¿De compras? ¿Por qué? –exclamó Tally, apartando el edredón.

–La pregunta lo dice todo –replicó su hermanastra, haciendo una mueca–. No tiene que haber una razón para ir de compras. Esta noche hay una gran fiesta y no puedes volver a ponerte el vestidito negro. Además, yo también quiero ponerme algo nuevo.

–Sobre lo de anoche… –empezó a decir Tally.

–Por favor, no me eches la bronca –la interrumpió Cosima–. Pero sí te debo una disculpa por esta habitación. Es una pocilga.

Tally miró los muebles viejos y la pintura desconchada que, aparentemente, la familia de Eleni consideraba adecuada para el servicio pero no para los invitados.

–¿Qué pasó con Chaz anoche?

Cosima se puso a la defensiva.

–No apareció porque no pudo… se perdió –respondió. Pero su aire de desafío sugería que sus amigas tampoco se habían tragado esa excusa.

Tally se encontró siendo prácticamente empujada hasta un Range Rover que pertenecía a una de las amigas de Cosima, pero como no había tenido tiempo de comer nada su estómago

protestaba ruidosamente.

Durante el viaje a Londres, intentó que Cosima le hablase de Chaz, pero su hermanastra no parecía dispuesta a compartir esa información.

Westgrave Manor había sido tomada por un ejército de empleados de catering cuando Tally volvió en un taxi porque las otras chicas tenían cita en un salón de belleza. Su padre la llamó para saber cómo iba el fin de semana y Tally no le contó lo que había pasado, por supuesto, pero aprovechó la oportunidad para preguntarle por qué no le caía bien el novio de Cosima.

–Charles Roberts tiene antecedentes como traficante de drogas. Es un delincuente y no lo quiero cerca de mi hija –contestó Anatole Karydas.

Sí, razones más que suficientes.

Tally usó el cuarto de baño de Cosima, como le había pedido su hermanastra, para ducharse y lavarse el pelo. Aquella tarde había sido divertida, debía reconocerlo. Cosima había insistido en comprarle un vestido de satén azul turquesa con escote bordado de piedrecitas y, aunque era más corto de lo que ella solía llevar, se sentía muy guapa con él. Le encantaba el color y cómo parecía iluminar su cara.

No tenía ni idea de lo que había costado y no pensaba preguntar. A veces se sentía mayor de lo que era después de tantos años cuidando de su madre y, por una vez, quería sentirse joven y despreocupada.

La cena fue estilo bufé y, muerta de hambre como estaba, Tally llenó su plato. Le daba igual que la gente la viese comer como si llevara tres días sin hacerlo. Además, todo tenía una pinta estupenda.

Pero cuando sintió la mirada de Sander Volakis clavada en ella, su corazón se volvió loco. No podía creer que fuese tan inmadura, pero su corazón palpitaba con tal violencia que apenas podía probar bocado.

Un joven moreno se acercó entonces con una copa de champán en la mano. –Me parece que no nos conocemos –le dijo, con una agradable sonrisa–. Soy Robert Miller.

–Tally Spencer –se presentó ella–. Te daría la mano, pero tengo las dos ocupadas… –Tally rió intentando sostener el plato, la copa y el tenedor. Por no hablar del bolsito de noche que colgaba de su muñeca.

Robert tomó su plato y la llevó hacia una mesa.

–Ven, vamos a sentarnos un rato.

Al ver al mago de la informática, Robert Miller, flirteando con Tally, Sander tuvo que apretar los dientes.

Esa noche, Tally estaba increíblemente sexy con aquel vestido de color azul turquesa, el cuello bordado de piedrecitas acariciando el nacimiento de sus pechos y la falda por la mitad del muslo mostrando sus bien torneadas piernas.

La inmediata rigidez que sintió bajo el pantalón le sorprendió porque normalmente solía controlar su libido.

No sabía por qué aquella chica le gustaba tanto. Pero sí sabía que no le gustaba nada verla con Robert Miller.

Cuando Cosima pasó a su lado del brazo de un hombre alto y rubio, Tally la llamó y su hermanastra se detuvo con desgana para hacer las presentaciones. Mientras anunciaba que su novio iba a pinchar en una conocida discoteca más tarde, Tally observó los calculadores ojos azules de Chaz y la posesiva mano en el brazo de su hermanastra. Debía de tener al menos treinta años, era mucho mayor de lo que había esperado, demasiado para una chica de diecisiete.

–Me iré dentro de un rato con Chaz a la discoteca y seguramente no volveré –anunció Cosima–. Pero no se lo cuentes a mi padre…

–No voy a mentirle –le advirtió Tally.

–Pero tienes que hacerlo…

–Yo no tengo que hacer nada. Y tú tampoco. Creo que deberías pasar el fin de semana con tus amigas, como estaba previsto.

Cosima murmuró una grosería antes de alejarse. Haciendo una mueca, Tally se volvió hacia su acompañante.

–Lo siento, pero se supone que debo cuidar de ella.

–Y sospecho que no es fácil –comentó Robert, con la irónica sonrisa de un hombre acostumbrado a los caprichos de las adolescentes–. Es la hija de Anatole Karydas, ¿no?

–Sí.

–¿Trabajas para él?

Incómoda con el papel que Cosima le hacía interpretar, Tally carraspeó. –Algo así. Cuando miró hacia el otro lado del salón vio a Sander observándola e incluso a esa distancia sus preciosos ojos dorados podían hacerla temblar de deseo. Nunca había sentido algo así, y le fascinaba. Sander Volakis despertaba su sexualidad como ningún otro hombre.

Un camarero se acercó entonces con una copa.

–La señorita Karydas envía este cóctel para usted.

–Ah… –Tally tomó la copa y miró alrededor buscando a su hermanastra, pero no la encontró. ¿Sería su manera de pedirle disculpas?

–Se te va a enfriar la comida –le recordó Robert.

Apartar los ojos de Sander Volakis requirió de toda su disciplina. La tentación de admirar la masculina perfección de sus rasgos le avergonzaba, y cuando miró su plato se dio cuenta de que había perdido el apetito por completo. Tomó un sorbo del cóctel. Sabía a fruta y era más de su gusto que el champán, al que no estaba acostumbrada.

–Tally… –la saludó Sander entonces, mirando luego a su acompañante–. Hola, Robert.

Al darse cuenta de que estaba molesto, Tally se levantó. Y fue una reacción visceral. Era evidente que no le gustaba verla con otro hombre…

Sander estaba celoso.

Ningún hombre se había mostrado posesivo con ella y, aunque por primera vez en su vida sentía el poder de ser mujer, descubrió que no tenía el menor deseo de usarlo.

Además, ese carácter volcánico que Sander Volakis no podía esconder le fascinaba.

Eleni Ziakis se unió a ellos entonces y Tally se disculpó ante Robert con la mirada cuando Sander la tomó por la cintura para llevarla aparte, en un gesto que irritó a su anfitriona.

Tally no le hizo caso, feliz al estar con Sander pero ligeramente mareada.

–Esta noche estás conmigo –dijo él.

–¿Y mañana? –se aventuró a preguntar ella, tomando un sorbo del cóctel.

Sander alargó una mano para apartar los rizos de su cara. Los ardientes ojos dorados estaban clavados en los suyos y Tally no hubiera podido apartarse aunque le fuese la vida en ello.

–Mañana seguirás siendo mía, *glikia mou* –respondió él, tomándola por la cintura para apretarla contra su cuerpo–. ¿Qué estás bebiendo?

–No lo sé… me lo ha enviado Cosima. Me sorprendió porque acabábamos de discutir y estaba enfadada conmigo… –Tally frunció el ceño al notar que le costaba trabajo pronunciar bien.

–¿Por qué habéis discutido?

–Quería marcharse con su novio y le he dicho que no pensaba mentirle a su padre. Por lo visto, su novio tiene antecedentes por tráfico de drogas… Oye, no sé qué me pasa, no me encuentro bien.

–Espera, vamos a comer algo –dijo él. –No tengo hambre… de hecho, me siento muy rara. No la sostenían las piernas y apenas podía hablar porque se le trababa la lengua.

–¿Cuántas copas has bebido?

–Sólo este cóctel… no lo entiendo. No puedo creer que esté borracha con un solo cóctel…

Tally suspiró, aliviada, cuando Sander la llevó hasta una silla. Le pesaba la cabeza y tenía que apoyar la barbilla en una mano para mantenerse erguida. Se sentía fatal, como si todo diera vueltas.

–Lo siento… pero creo que estoy a punto de desmayarme…

Cuando empezaba a resbalar de la silla, Sander la sujetó mientras le hacía un gesto a Cosima para que se acercase.

–¿Quieres que se lo lleve a la policía? –le espetó, señalando el cóctel.

–¿La policía? –repitió Cosima, horrorizada.

–Has echado algo en el cóctel de Tally…

–No, eso no es verdad.

–¿Por qué lo has hecho? ¿Porque Tally no quería que te fueras con tu novio? –exclamó Sander–. Pues me acabas de estropear la noche a mí y te aseguro que no ha sido buena idea. Dime qué has echado en ese cóctel… y mientras tanto, tu novio puede ir marchándose con viento fresco. No creo que a Eleni le haga gracia que alguien eche sustancias raras en las bebidas de sus invitados.

Cosima miraba a Sander como una cobra mira a un encantador de serpientes.

Tally parpadeó, intentando concentrar la mirada y, finalmente, cerró los ojos. Ni siquiera una alarma de incendios podría haberla sacado de aquel estado comatoso…

Capítulo 3

Tally se sentía de maravilla cuando abrió los ojos y vio el precioso dosel que había sobre su cabeza…

¿Un dosel?

Súbitamente alarmada, se sentó en la cama y miró alrededor. Aquélla no era su habitación. La luz del sol se colaba por las cortinas, iluminando el opulento dormitorio lleno de antigüedades.

Tampoco era la habitación de Cosima, pensó.

Al ver un traje masculino colgado sobre el respaldo de una silla miró rápidamente bajo las sábanas y cuando comprobó que seguía llevando el sujetador y las braguitas suspiró, aliviada. Pero el vestido azul que había llevado por la noche estaba en el suelo, junto con los zapatos y el bolso.

Apenas recordaba nada de la fiesta y…

Entonces vio la marca de una cabeza en la otra almohada y, al mismo tiempo, escuchó el ruido de un grifo. ¿En el cuarto de baño?

Tally estaba desconcertada y consternada cuando Sander Volakis, tan guapo como siempre, entró en el dormitorio con una toalla atada a la cintura. Tenía un aspecto increíble, desde los anchos hombros a los abdominales y las largas y poderosas piernas.

–Ah, por fin estás despierta.

Tally se cubrió con la sábana.

–¿Se puede saber cómo he terminado aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Has dormido conmigo?

–Naturalmente, ésta es mi habitación –respondió él.

–¿Y qué hago yo aquí?

–Después de que el médico te examinara…

–¿Qué médico? –lo interrumpió ella.

–Eleni y yo pensamos que lo mejor sería llamar al médico, por si había que llevarte al hospital. Cosima juraba que sólo había echado una pastilla para dormir en tu cóctel…

–¿Qué?

–Una pastilla que le había dado un amigo, no su novio, según ella –siguió explicando Sander–. El médico le preguntó qué pastilla era, consultó con un colega por teléfono y decidió que no era nada grave. Y luego le echó tal bronca que Cosima se puso histérica.

–Dios mío…

No podía creer que su hermanastra hubiera hecho algo así y decidió tener una seria charla con ella.

Pero en aquel momento tenía cosas más importantes que hacer. Que llevase puesta la ropa interior sugería que no había ocurrido nada entre Sander y ella, pero necesitaba estar segura del todo.

–Entiendo que anoche… no pasó nada ente nosotros.

–No, me gusta que las mujeres estén despiertas –bromeó él–. Despiertas y dispuestas.

Nunca me aprovecharía de una mujer, te lo aseguro.

–No quería insultarte, pero sigo sin entender qué hago aquí. ¿Por qué no me llevaste a mi habitación?

–Cosima no se prestó voluntaria para ayudar y decidí no dejarte en manos de los empleados. Sólo quería comprobar que estabas bien.

–Gracias… –incapaz de seguir allí más tiempo cuando necesitaba ir al baño urgentemente, Tally saltó de la cama envuelta en la sábana y corrió al baño como una atleta profesional.

Sander soltó una carcajada cuando cerró la puerta. Le encantaba ese cuerpo pequeño pero voluptuoso y le encantaba que fuese tímida, algo a lo que no estaba acostumbrado. Tímida y seguramente un poco circunspecta. Y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado en absoluto, ya que las mujeres con las que solía compartir cama eran muy libres con respecto al sexo.

Pero había tenido que darse una ducha fría por la noche para apagar el incendio que el cuerpo de Tally provocaba.

Tally dejó escapar un gemido de horror al entrar en el baño, rodeado de espejos por todas partes. ¡Aquél era el baño del infierno!

Tomando un peine masculino que encontró en un cajón, intentó poner orden en sus rizos mientras intentaba controlar el encrespamiento.

Después de lavarse la cara y usar un cepillo de dientes nuevo, se metió en la ducha. Seguía avergonzada por haber salido corriendo, pero era algo que no podía evitar.

Sander Volakis se había portado como un caballero a pesar de su fama de playboy. Aunque apenas se conocían y su relación consistía en un par de besos, la noche anterior, cuando importaba de verdad, había cuidado de ella.

No todos los hombres habrían hecho lo mismo y que no se hubiera desentendido le parecía un detalle precioso.

Poniéndose un albornoz blanco que colgaba en la puerta, Tally guardó la ropa interior en uno de los bolsillos y volvió al dormitorio.

–¿Te apetece desayunar? –le preguntó Sander, señalando una bandeja que alguien había debido de subir mientras estaba en el baño.

Con el torso desnudo y un pantalón vaquero que se ajustaba a sus delgadas caderas y sus poderosos muslos, era el hombre más guapo que había visto en toda su vida.

–No, gracias. Tengo que volver a mi habitación.

–¿Por qué siempre sales corriendo? –preguntó Sander, frunciendo sus oscuras cejas.

Tally tuvo que reconocer que su innata cautela la urgía a mantener las distancias. Sander Volakis era un peligro porque con él quería olvidar la sensatez y soltarse el pelo. Sólo tenía que mirarlo para desear estar entre sus brazos, tocándolo, besándolo… de modo que retirarse le parecía lo más juicioso.

–No voy a salir corriendo, es que…

–Sientes lo mismo que yo –la interrumpió él.

Era cierto. Estaba tan cerca que apenas podía respirar y cuando tiró del cinturón del

albornoz para atraerla hacia él, no puso objeciones. Al contrario, rió, experimentando una sensación de libertad que no había experimentado nunca.

–Te deseo, *moli mou* –murmuró Sander, su acento como una caricia.

–No puedes tenerme –se atrevió a decir Tally.

–Sólo un beso antes de marcharte –dijo él, inclinando su arrogante cabeza para besarla.

Cuando tiró de su labio inferior con los dientes, Tally empezó a temblar y, sin darse cuenta, abrió la boca para recibir la invasión de su lengua. Sander puso una mano sobre su pecho, el pulgar masculino rozando la sensible punta por encima del albornoz...

«Hazlo», le decía una vocecita.

¿Pero hacer qué?

Sander se apoderó de su boca, el brazo que atrapaba su cintura apretándola contra su potente erección. Cuando la depositó sobre la cama, con él, el deseo era como un tren sin frenos.

Tally sabía que debería estar asustada, pero no era así. Estaba emocionada, sorprendida por su propia respuesta y por la sensación de que era allí donde debía estar. Sander le parecía el hombre que, secretamente, siempre había soñado amar y aunque una vocecita le advertía que acababa de conocerlo, ya se había ganado su confianza cuidando de ella la noche anterior.

Y la confianza lo era todo para Tally.

–Tienes unos pechos preciosos, *glikia mou* –murmuró él, abriendo el albornoz para acariciar los protuberantes pezones con sus largos dedos–. He estado fantaseando con esto desde que te conocí…

Tally no sabía qué decir y se sentía incómoda desnuda a la luz del día, pero antes de que pudiera reaccionar, Sander inclinó la cabeza para tomar un rosado pezón entre los labios, convirtiendo su pelvis en una bola de fuego. Por primera vez en su vida, el deseo le hacía perder la cabeza y no podía creer lo poderoso y tenaz que era.

Sander la besó de nuevo, un beso apasionado que la dejó sin aliento, y Tally dejó de pensar en absoluto, acariciando la satinada piel de sus hombros, deslizando las manos para tocar el vello que cubría su torso. El aroma a gel de ducha era como un afrodisíaco…

–¿Te quedas? –le preguntó él, su acento más pronunciado que nunca.

Por un momento, sin aire y ardiendo de deseo, Tally no entendió por qué le hacía esa pregunta.

Sander pasó un dedo por sus labios.

–Te deseo. Te he deseado desde el primer momento, pero me gusta jugar limpio. Quiero saber si estás recuperada del todo.

–Claro que sí.

«Te he deseado desde el primer momento».

Sí, le gustaba eso. Y ella sentía lo mismo, no podía negarlo.

El deseo había sido instantáneo, como una reacción química que no pudiese controlar. Tally lo miró a los ojos y su corazón se volvió loco, los músculos de su pelvis contrayéndose como respuesta.

Pero ese loco impulso de deseo la hacía incapaz de pensar con claridad. ¿Iba a acostarse con él? Deseaba hacerlo. Sabía que si lo pensaba un momento se le ocurrirían al menos veinte razones para no acostarse con él pero, por una vez, Tally se rebeló contra su sensata naturaleza.

Sander Volakis era un hombre guapísimo, sexy y sorprendentemente considerado. Y le parecía halagador que la encontrase tan atractiva.

Estaba convencida de que nunca encontraría un hombre tan adecuado como él para ser su primer amante.

–Tally…

Como temía estar pensando demasiado y perdiendo el valor y la espontaneidad, Tally empujó su cabeza para besarlo con toda la pasión que hasta ese momento había contenido.

Sander se quedó sorprendido por tal entusiasmo; era como una antorcha entre sus brazos y tenía el cuerpo de una diosa.

Ardiendo de deseo, pasó un dedo entre sus piernas y, al encontrarla húmeda y dispuesta para el siguiente paso, se quitó vaqueros y calzoncillos de un tirón y alargó una mano hacia la mesilla para sacar un preservativo, que se puso con manos nerviosas. Y luego, sin esperar más porque no podía hacerlo, abrió sus piernas con una rodilla.

Tally no dijo nada, pero al sentir el roce del masculino miembro en su entrada se puso tensa y la penetración le resultó dolorosa.

Al oírla gemir de dolor, Sander se detuvo, apartándose.

–¿Qué demonios…?

–No tienes que parar –dijo Tally.

–¿Cómo que no? Te he hecho daño…

–No sabía que fuera tan… incómodo la primera vez. Al apartarse un poco, Sander vio una manchita de sangre en el albornoz blanco.

–¿La primera vez? ¿Estás diciendo que eres virgen? Tally se concentró en uno de sus hombros para no mirarlo a los ojos.

–Pues… sí.

Sander saltó de la cama.

–¿Se puede saber a qué estás jugando? –exclamó, antes de entrar en el cuarto de baño.

–¿Perdona? –desconcertada, Tally abrochó el cinturón del albornoz y se sentó en la cama, mortificada por el ignominioso final de su encuentro.

Evidentemente, Sander no tenía deseos de continuar y parecía furioso. Y ella, que siempre había creído que para los hombres era imposible parar en el último momento, estaba totalmente sorprendida.

Sander apareció de nuevo en la habitación y se puso los calzoncillos que antes había tirado al suelo, mirándola con expresión furiosa.

–¿A qué estás jugando?

–No te entiendo.

–Eres virgen y yo no quiero ninguna complicación.

Tally empezaba a enfadarse con tan absurda actitud. –¿Cuál es tu problema? Tal vez debería habértelo advertido, pero…

–¡Pues claro que deberías haberme advertido! De haberlo sabido me habría tomado mi tiempo… yo no quería hacerte daño.

Tally volvió a atar el cinturón del albornoz antes de saltar de la cama.

–Bueno, no creo que sea para tanto. Agradezco que te preocupes, pero no creo que haya ninguna razón para que te enfades conmigo.

–No me gustan las sorpresas. Las mujeres normalmente tienen motivos ocultos y…

–Tal vez el motivo oculto en mi caso sea alejarme de ti todo lo posible –lo interrumpió ella.

–Las mujeres no suelen sacrificar su virginidad en un encuentro casual.

–Ah, pues siento mucho haberme saltado las reglas –replicó Tally, irónica–. ¿Con qué clase de mujeres sales tú?

Sander nunca había conocido a una mujer como ella. Incluso cuando era adolescente, sus amigas eran sofisticadas y despreocupadas sobre el sexo. En el mundo en el que se movía, todos eran expertos en ese tema y no se le había ocurrido pensar que, a pesar de su timidez, ella pudiera ser diferente.

–Eres mi primera virgen –admitió–. Y he oído que cuanta menos experiencia tiene una mujer, más espera de un hombre.

–Pues en lo que respecta a mí, estás equivocado. Yo no tengo experiencia pero no espero nada de ti. ¡Y mucho menos una charla sobre sacrificar mi virginidad! –replicó Tally, sus rizos moviéndose alrededor de su cara.

–De haber sabido que era tu primer amante no habría hecho nada. Imagino que habrá alguna razón por la que has esperado tanto tiempo para acostarte con un hombre…

Tally no estaba dispuesta a inflar su ego diciéndole que nunca había conocido a un hombre que la excitase como él.

–No soy precisamente vieja. Y tampoco soy tan rara como tú pareces creer. No todas las chicas van por ahí acostándose con unos y otros.

–¿Pero por qué me has elegido precisamente a mí? ¿O es una pregunta tonta?

–¿Una pregunta tonta? –repitió ella.

–Trabajas para la hija de Karydas… tal vez has descubierto que te gusta este estilo de vida y esperas conseguirlo a través de mí.

–Ah, ahora crees que soy una buscavidas… ¡por favor, estás tan obsesionado con el dinero como Cosima! –lo condenó Tally, indignada–. Yo no espero nada de ti, Sander. De hecho, no tengo intención de volver a verte.

Entró en el baño y salió unos minutos después, vestida. Y cuando Sander intentó detenerla, le espetó:

–¡Piérdete!

Y ella pensando que Sander Volakis era ese hombre especial, al que había buscado secretamente y temía no encontrar nunca…

Después de cambiarse de ropa y hacer la maleta, Tally sacó su móvil para comprobar el horario de los trenes y llamar a su padre. No le apetecía hacer esa llamada, pero lo más justo sería contarle lo que había pasado… por si su hija le contaba una versión diferente.

Después de hablar con Anatole Karydas, que se subió por las paredes al saber que Cosima se había emborrachado, Tally bajó a hablar con su hermanastra.

–Ah, eres tú –envuelta en un elegante kimono de seda, Cosima la dejó entrar en la habitación con gesto aburrido–. Supongo que esperarás que me disculpe, pero anoche deberías haberte metido en tus asuntos.

–¿Cómo? –Chaz no tuvo nada que ver con lo que pasó y lo echaron de la fiesta. ¡Supongo que estarás contenta!

–Mira, Cosima, en este momento tu novio me importa un bledo –replicó Tally, airada–. Gracias a ti me desmayé y tuve que depender de la amabilidad de los extraños porque estaba inconsciente. ¿Cómo pudiste hacerme eso? Es una broma muy peligrosa y, te lo aseguro, una experiencia que no le deseo a nadie.

Cosima la miró, desafiante.

–¿Y qué? Yo no te quería aquí este fin de semana.

–No te preocupes, no volverá a pasar –le aseguró Tally, dirigiéndose a la puerta–. Nos veremos… o tal vez no.

–¿Adónde vas? –preguntó Cosima al ver la maleta en el pasillo.

–A tomar el tren…

–Pero tienes que quedarte conmigo hasta esta tarde –protestó su hermanastra.

–No, me voy a casa. Te deseo lo mejor, Cosima –se despidió Tally antes de darse la vuelta.

Capítulo 4

Después de desayunar, Sander estaba leyendo la sección financiera del periódico en el porche cuando vio a Tally salir de la casa tirando de una maleta.

Preguntándose cuál sería la causa de tan abrupta partida de Westgrave Manor, Sander farfulló una palabrota. No era culpa suya que esa niña mimada, Cosima, hubiera despedido a su ayudante, se dijo.

Pero, un momento después, empujado por el mismo instinto que una vez le había hecho buscar durante una semana a su perro cuando era niño, se levantó.

No era porque lamentase lo que le había dicho a Tally Spencer, no lo lamentaba. Él no quería acostarse con una virgen. Ni siquiera estaba tan interesado.

A él le gustaban las cosas sencillas y su frustrante encuentro con aquella chica lo había convencido de que apartarse del tipo de mujer con el que solía salir era un error. En lugar de disfrutar de las diferencias eligiendo a una chica normal, se había encontrado con una virgen de mucho carácter… y muy desagradecida.

Pero en el futuro se limitaría a las chicas sofisticadas a las que estaba acostumbrado.

Tally giró la cabeza al escuchar el motor del deportivo a su lado, pero al ver a Sander tras el volante levantó la barbilla en un gesto de orgullo.

–¿Qué quieres?

Su pelo se movía con la brisa en un espectacular torrente de rizos. Sus vívidos ojos verdes brillaban bajo el sol y los carnosos labios que sabían a fresa estaban ligeramente abiertos y húmedos. La ya familiar punzada de deseo irritó a Sander, que la estudió con el ceño fruncido, preguntándose qué tenía aquella chica que lo excitaba tanto.

–Te llevo a donde quieras –le dijo.

–Gracias, pero voy a la estación y está aquí al lado –respondió Tally, convencida de que sólo la había seguido por compasión.

Sus bronceadas facciones eran tan atractivas que la necesidad de mirarlo era imperiosa, pero hizo un esfuerzo por seguir caminando. Se había acostado con él y, aunque no habían llegado a la natural conclusión, seguía siendo un desastre…

Sander detuvo el coche y tomó su maleta para guardarla entre los dos asientos del deportivo.

–Vamos, sube.

Como no quería tener una pelea con él frente a la mansión, Tally apretó los labios y subió al coche, incómoda y enfadada.

–¿Esa boba te ha despedido? –le preguntó Sander, intentando no fijarse en cómo el jersey se pegaba a sus pechos o recordar ese glorioso cuerpo desnudo en la cama.

–No… hemos decidido despedirnos antes de lo previsto –respondió Tally.

No quería contarle la verdad. Él era griego y se movía en los mismos círculos que su hermanastra. Y ella era demasiado orgullosa como para admitir cuál era su verdadera relación con Cosima cuando su padre prefería ignorar su existencia.

–Como siga así, esa chica va a acabar mal –dijo Sander.

–Es muy joven, pero imagino que pronto aprenderá.

–¿Cuántos años tienes tú?

–Veinte.

–Pareces mucho más madura –murmuró Sander, sorprendido y nada contento de que fuera poco más que una adolescente.

–Pero no lo bastante como para que lo pasaras bien esta mañana –replicó ella, irónica.

–No te lo tomes así –dijo él, mirando su perfil mientras aparcaba en la estación.

Tally lo fulminó con la mirada.

–¿Cómo esperas que me lo tome? ¡Ha sido una experiencia horrible y, encima, me has insultado!

Salió del coche y alargó una mano para tomar su maleta, pero Sander se lo impidió.

–Yo lo haré.

Al ver sus luminosos ojos verdes llenos de furia, Sander se sintió divertido e intrigado a la vez. Las mujeres nunca se peleaban con él y rara vez lo criticaban. De hecho, sentía la tentación de tomarla entre sus brazos y transformar esa «horrible» experiencia en un orgasmo, y le molestaba saber que no iba a tener oportunidad.

–Deberíamos cenar juntos esta noche –sugirió.

–¡Lo dirás de broma! –replicó Tally.

–No sabes lo que te pierdes, *glikia mou.*

–¡Ya te he dicho lo que pienso de ti! –exclamó ella, dirigiéndose hacia el andén–. Y no me llames «cariño». Yo no te tengo cariño alguno.

–¡Qué maravilla! –exclamó Binkie, enterrando la nariz en el fragante ramo de rosas que acababa de llegar.

–Dios mío –murmuró Tally, entrando en la cocina–. ¿Alguno de los novios de mi madre cree que ha vuelto de Portugal?

–No son para tu madre, son para ti –respondió Binkie.

–¿Para mí? –Tally prácticamente le quitó la tarjeta de las manos. Rasgando literalmente el sobre, leyó la nota que había en el interior: dos palabras y un número de teléfono.

¿Cenamos? Sander

Tally soltó la tarjeta como si quemara, preguntándose por qué Sander Volakis enviaba mensajes tan conflictivos. ¿De verdad pensaba que lo llamaría como una niña obediente, agradecida por sus atenciones y dispuesta a olvidar que la había ofendido sólo por unas flores?

Cinco días antes, Sander había dejado dolorosamente claro que no quería saber nada de ella y la insinuación de que se había acostado con él porque era rico le había ofendido en lo más hondo. Unas horas después, cuando sugirió que cenasen juntos, ella había dejado claro que no estaba interesada… ¿entonces por qué le mandaba flores? Y un extravagante y carísimo ramo de rosas, además.

Binkie quería saberlo todo sobre el hombre que le había enviado las flores y Tally tuvo que admitir que había conocido a Sander en Westgrave Manor. Como no quería disgustarla, no le contó lo que había hecho Cosima. Pero cuando le habló de la fama de mujeriego de Sander, el brillo de romántica esperanza en los ojos de Binkie empezó a esfumarse.

Tally se encargó de colocar las rosas en un jarrón, pero no tenía intención de llamar a Sander. En un momento de debilidad había buscado su nombre en Google y fue inmediatamente recompensada con más razones para mantener las distancias. Aparentemente, Sander Volakis estaba especializado en rubias altas y delgadas, modelos, aspirantes a actrices o celebridades de cualquier tipo. Salía con chicas que llevaban vestidos diminutos o biquinis y que salían retratadas saliendo de discotecas y posando en yates.

Y tuvo que recordarse a sí misma que esa mañana había estado a punto de darle una bofetada.

Al recordar eso, Tally tuvo que reconocer que era perverso por su parte pensar en aquel griego todas las noches. Su cerebro le decía que Sander Volakis y ella eran totalmente incompatibles, pero algo menos racional y más primitivo lo mantenía vivo en sus pensamientos.

Pero desde luego le había hecho aborrecer el sexo, tuvo que admitir, mortificada. Había sido muy excitante hasta un punto… y luego una terrible desilusión.

Había aprendido una buena lección, se dijo a sí misma: acostarse con un extraño no era buena idea. Sander había supuesto que iba a sacrificar su virginidad para impresionarlo. ¿Entonces por qué no había entendido el mensaje cuando se negó a volver a verlo?

Cosima la llamó esa misma mañana y le contó que Sander le había pedido su dirección.

–¿Estás saliendo con él?

–No, pero me ha enviado flores –respondió Tally.

–Mi padre se ha quedado muy impresionado cuando se lo he contado…

–Pues no deberías haberlo hecho –la interrumpió ella–. No va a pasar nada.

–Tal vez lo ha hecho por una apuesta o algo así –sugirió su hermanastra–. ¿Por qué si no te mandaría flores?

–No lo sé, pero parece que tú tienes más ideas al respecto que yo –replicó Tally, irónica.

Su madre volvió esa noche, después de un mes en la villa portuguesa de su último amante. Bronceada y con un montón de collares dorados, Crystal observó a su hija trabajando en un proyecto de interiorismo y dejó escapar un suspiro.

–¿No te cansas nunca de ser sensata, Tally?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella, sorprendida al ver que su madre tenía unas profundas ojeras.

–Peter ha decidido que debemos dejar de vernos durante un tiempo –su madre se encogió de hombros, pero el gesto no la engañó–. Las cosas se estaban poniendo muy serias. Al fin y al cabo, hemos estado prácticamente viviendo juntos durante los últimos seis meses…

Tally se dio cuenta de lo que pasaba y se levantó para abrazarla. Crystal podía tener una

vida amorosa menos que recomendable y ser un desastre con el dinero, pero ella la quería y no soportaba verla sufrir.

–Lo siento mucho, mamá.

–Me ha dejado –le confió Crystal entonces, con lágrimas en los ojos–. Soy yo quien normalmente deja a los hombres, pero la verdad es que no lo había visto venir. He sido una tonta… pensé que Peter estaba interesado en una relación de verdad…

–No te preocupes, ya conocerás a otro.

–Ya no es tan fácil –su madre suspiró–. Voy a cumplir cuarenta y tres años, no veintitrés. Los hombres de mi edad buscan mujeres más jóvenes… y las consiguen, que es lo peor.

Lamentarse no era típico de su madre y, unos días después, había recuperado el buen humor. Su extensa red de contactos y su apretado calendario social fueron una gran ayuda, de modo que ese fin de semana Crystal se marchó con una amiga a pasar una semana en un castillo escocés.

Tally, que intentaba mantener los asuntos económicos de su madre en orden, se quedó en casa, atónita cuando llegó la factura de sus tarjetas de crédito. Crystal gastaba como si el dinero no fuera a acabarse nunca y Peter, un jubilado rico, ya no estaba allí para pagar los gastos. Una vez más, tendría que intentar convencerla de que no podía vivir por encima de sus posibilidades… aunque sabía que no serviría de mucho.

A principios de la semana siguiente, Binkie se marchó a Polonia, adonde solía ir una vez al año para visitar a sus parientes, y Tally se quedó sola en casa.

Al día siguiente, a las siete, sonó el timbre. Últimamente, a los niños del barrio les había dado por llamar a los timbres de las casas y salir corriendo y Tally abrió con cara de pocos amigos, dispuesta a echarles una bronca…

Pero cuando se encontró con Sander Volakis, muy elegante con un traje de chaqueta gris y una corbata de seda, se quedó de piedra.

Una parte de ella quería darle con la puerta en las narices, pero era más bien porque no se había peinado desde la hora del almuerzo y no llevaba maquillaje. Siendo una joven sensata, se quedó sorprendida por tan repentino ataque de vanidad. Pero otra parte de ella, la más dominante, no podía dejar de mirarlo.

Y cuando Sander clavó sus ojos dorados en ella, tuvo que tragar saliva.

–Hola –dijo él, con una sonrisa en los labios.

Tally nunca se arreglaba demasiado y la falda vaquera y la camiseta blanca no podrían ser más sencillas. Y, sin embargo, Sander nunca se había sentido más atraído por las curvas de una mujer.

–¿No me invitas a entrar?

–No –respondió ella, apoyando una mano en el quicio de la puerta.

–¿Tanto miedo te da lo que pueda pasar? –bromeó él.

–No va a pasar nada –replicó Tally–. Lo que tenía que pasar, ya pasó.

–Pero no es verdad, apenas hemos empezado –dijo Sander, frustrado por su negativa.

–Lo siento, pero he decidido que no va a pasar nada más.

–Pues entonces te equivocas –insistió él, con esa innata seguridad en sí mismo.

–Ya, claro, porque no es lo que tú quieres. Y estoy segura de que tú sólo haces lo que quieres.

–Las mujeres no suelen discutir conmigo.

–Pues entonces no te molestes en pasar tiempo conmigo. A mí me gusta discutir.

Esa réplica lo hizo reír; una risa que alivió la intensidad del encuentro.

–Me estás retando…

–Algo que tú disfrutarías durante unos cinco minutos –volvió a interrumpirlo Tally–. ¿Sabes cuál es tu problema? Que estás aburrido. Ésa es la única razón por la que pierdes el tiempo enviándome flores y apareciendo donde no eres bienvenido.

Sander se quedó helado al darse cuenta de que era verdad. Últimamente las mujeres con las que se acostaba se habían vuelto predecibles y no lo excitaban en absoluto. De hecho, no recordaba cuándo fue la última vez que una mujer le había interesado tanto como Tally Spencer, y se preguntó si su obstinada negativa era la razón por la que insistía tanto.

Por una vez, una mujer no caía rendida en sus brazos ni hacía esfuerzo alguno para conquistarlo.

Al contrario, Tally Spencer no parecía en absoluto interesada y no tenía la menor reserva en dejarlo bien claro.

–Hablé con franqueza y te ofendí sin querer. ¿Eso es todo lo que tienes contra mí?

–No, no es todo. Eres un hombre rico y mimado y crees que mereces un trato especial. No tenemos nada en común, Sander.

–Salvo esto, que no puedes negar…

Antes de que Tally pudiese adivinar sus intenciones, Sander dio un paso adelante para sellar su boca con un beso que la dejó sin aliento. Temblando, Tally experimentó un cosquilleo entre las piernas que no podía controlar.

Sander levantó la cabeza, clavando en ella sus ojos dorados.

–Cenaremos juntos mañana. Vendré a buscarte a las ocho. Y con esa arrogancia suya, se dio la vuelta sin esperar respuesta.

Tally parpadeó varias veces antes de cerrar la puerta. Ese beso, que había acelerado su corazón hasta el punto de impedirle respirar, había matado cualquier pensamiento racional. Pensó no estar en casa a las ocho cuando fuera a buscarla, pero le pareció una cobardía.

Más tarde cayó en la cama, agotada. Su cerebro estaba en guerra con un profundo e indefendible deseo de volver a verlo…

Capítulo 5

Tally fue a cenar con sus mejores vaqueros y un top rojo con la espalda al aire.

No iba a lamentarse por lo inadecuado de su vestuario ni a gastar dinero en un vestido que no podía permitirse. Nada podía ilustrar mejor las diferencias entre ellos, pero no pensaba sentirse avergonzada.

Aunque se sentía menos orgullosa de haber buscado entre los cosméticos de su madre… y, además, había usado el lápiz de ojos por segunda vez en su vida.

–¿Qué has hecho hoy? –le preguntó Sander, admirando el delicado balanceo de sus pechos bajo la delgada tela del top mientras subía al coche. La convicción de que no llevaba nada debajo avivó el fuego de anticipación en sus entrañas.

No había dejado de pensar en Tally desde que la conoció y eso interfería con su trabajo, algo totalmente inusual para él. Pero la lascivia tenía su propio ímpetu y Sander reconocía que una vez que su deseo hubiera sido satisfecho volvería a ser el mismo de siempre.

–Trabajar para una empresa de Putney –respondió ella. Aunque no le dijo que, por el momento, no podía tratar directamente con los clientes y se limitaba a anotar mensajes y hacer pedidos–. Dentro de un par de meses tengo los exámenes finales, así que pronto empezaré a buscar trabajo.

–¿Estás estudiando? –exclamó él–. ¿Y cómo encuentras tiempo para trabajar con Cosima Karydas? Tally hizo una mueca. Nunca sería una buena mentirosa, pensó.

–Bueno, eso sólo era una cosa temporal –respondió, incómoda–. En realidad, estoy estudiando diseño de interiores y éste es mi último año.

–No sabía que estuvieras estudiando.

–Pues ya lo sabes –Tally se encogió de hombros–. Bueno, háblame de ti –dijo luego, deseando cambiar de tema.

Sander mencionó intereses en propiedades inmobiliarias, hoteles y empresas farmacéuticas y le confesó que siempre estaba buscando nuevas oportunidades para invertir. Tally se quedó impresionada por sus largas horas de trabajo y por su ambición, pero intuyó que no estaba satisfecho con su vida y se preguntó por qué.

Poco después llegaban a un edificio reformado en el centro de la ciudad, con un vestíbulo de ensueño.

–¿Dónde está el restaurante? –preguntó Tally cuando Sander señaló el ascensor.

–No hay ningún restaurante –dijo él, apartándose para dejarla pasar y sacando una tarjeta magnética del bolsillo–. Vamos a cenar en mi casa.

Tally no sabía que fueran a cenar solos y habría preferido hacerlo en un restaurante, rodeados de gente. Pero la curiosidad por ver su casa hizo que no dijera nada.

Los suelos de madera, el cristal y los muebles oscuros eran muy masculinos y había aprovechado bien las proporciones clásicas de las habitaciones, pero cuando vio una mesa con mantel de lino blanco, rosas y velas encendidas apretó los labios.

–Me habría gustado más cenar en un restaurante.

–¿Por qué?

Tally arrugó la nariz.

–Porque lo tienes todo preparado. La mesa, las velas… parece una escena de seducción.

–¿Qué quieres decir con eso?

Una mujer con delantal apareció con una bandeja en la mano y se quedó en la puerta del comedor, insegura.

Sander le dijo en griego que podía marcharse después de servir la cena y Tally se sentó a la mesa, incómoda.

–Creo que está muy claro –respondió cuando se quedaron solos.

–No, para mí no. Explícamelo.

La tensión en el ambiente había despertado un ejército de mariposas en el estómago de Tally.

–Has preparado la cena en tu casa porque esperas que me acueste contigo esta noche –dijo por fin, mirándolo con esos ojos verdes como los tréboles después de la lluvia–. Menuda cara tienes.

Sander había esperado precisamente eso, de modo que no podía negarlo.

–¿Tengo que disculparme por desearte?

–No, pero… yo soy algo más que un cuerpo. Soy una persona y si en lo único en lo que estás interesado es eso, prefiero marcharme ahora mismo. Él hizo una mueca, preguntándose qué podía contestar.

–Me gustaría que te quedases. Te deseo y creo que es lo más natural.

Tally apretó los labios. Se había arrinconado ella misma con esa declaración, dejando claro que aunque él sólo deseaba su cuerpo, ella deseaba algo más. Pero ésa no había sido su intención.

–No me gusta que piensen por mí.

–Tienes derecho a decir «no» –le recordó Sander.

–¡No te pongas condescendiente! –exclamó ella entonces, tirando la servilleta sobre la mesa en un gesto de furia.

–Tienes mucho carácter.

–No me gusta que me traten como si fuera tonta.

Sacudiendo la cabeza, Tally tomó la servilleta y empezó a comer, sin saborear la deliciosa ensalada griega.

–Siempre estás dispuesta a pelearte conmigo –se quejó Sander entonces.

–Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí, la verdad.

–Ah, eso es fácil: estás conmigo por la misma razón por la que yo estoy contigo. Te gusto y no puedes decirme que no.

La verdad de esa afirmación golpeó a Tally como una bofetada. Tenía razón, era como si la hubiese hechizado.

El deseo había clavado sus avariciosas garras en ella, despertando sus hormonas y robándole la libertad de elegir. Sander la había insultado y, sin embargo, había aceptado cenar con él…

De repente, más enfadada consigo misma que con él, se levantó.

–No debería estar aquí. Lo siento, me voy a casa.

Sander se levantó también, sus ojos dorados clavados en ella.

¿Siempre eres tan impetuosa? Tally palideció, preguntándose si tendría más en común con su madre de lo que había pensado. Aquel hombre despertaba una faceta de sí misma a la que no estaba acostumbrada: ardiente, caprichosa, insegura. Y todo eso la hacía increíblemente vulnerable. De repente, no era la chica sensata, estable y lógica que había sido siempre. Sander le hacía desear cosas que nunca había querido… como tener el pelo liso, un cuerpo delgado y unas piernas interminables. Le hacía desear ser irresistible, la clase de mujer por la que los hombres se peleaban y amaban hasta la locura.

–Tú me haces ser impulsiva –admitió, con desgana.

–Tú también me afectas de una manera extraña –le confesó él entonces–. Estaba convencido de que no quería saber nada más de ti, pero en cuanto te vi salir de Westgrave Manor tuve que ir a buscarte.

La inseguridad de Tally desapareció después de tan reveladoras palabras. No sonaba como la típica frase de un hombre decidido a acostarse con una mujer… y ella las había escuchado casi todas. Parecía estar diciendo la verdad, como si también él estuviera perplejo por lo que le hacía sentir.

De nuevo, Tally se sentó a la mesa y, por fin, empezó a relajarse. Mientras comían, le hizo preguntas sobre su casa, sobre la efectiva combinación de decoración clásica y contemporánea…

Sander le contó que había reformado todo el edificio para hacer apartamentos, conservando el más espacioso para él. Tally le habló de sus estudios y bajó la guardia hasta el punto de tener que tragarse una referencia sobre su padre antes de contarle que algún día esperaba tener su propia empresa de decoración.

Cuando terminaron de cenar fueron al salón y Sander abrió una botella de champán. La encontraba entretenida, una compañía muy agradable. No tenía nada ensayado y no era vanidosa y superficial como la mayoría de las mujeres que él conocía.

La intensidad de sus ojos verdes lo enardecía y, sin pensar, alargó una mano para quitarle la copa. Sin la menor vacilación, Tally fue hacia él, necesitando tocarlo, conectar con él de alguna forma.

Poniendo una mano sobre su hombro, Sander inclinó la cabeza para jugar con sus labios hasta hacerle sentir un cosquilleo de anticipación entre las piernas. Lo que más sorprendía a Tally era lo rápidamente que podía excitarla, casi sin hacer nada.

La besó suavemente primero y luego el beso se volvió apasionado, sus labios exigentes. Tally se agarró a él como si fuera un ancla en medio de una tormenta, dejando escapar un gemido cuando él metió una mano bajo el top para acariciarle los pechos. Mientras le masajeaba los prominentes pezones con los dedos, el deseo se convirtió en una ola imparable...

–Vamos al dormitorio –dijo Sander con voz ronca, tomándola en brazos y deteniéndose en la puerta para besarla con una apasionada dominación que encendía cada célula de su cuerpo.

El deseo llegó a un punto álgido y Tally le echó los brazos al cuello para devolverle el beso con el mismo ardor, adorando el sabor de su boca y el aroma de su piel.

Dejando escapar un ronco gemido de satisfacción, Sander entró en el dormitorio y la dejó sobre la cama. Pero, de repente, se apartó.

–Se me había olvidado aclararte algo –empezó a decir, sus preciosos ojos dorados clavados en los suyos–. No me interesan las relaciones exclusivas…

–Ah, muy bien. Tú no estás interesado en relaciones exclusivas y yo no estoy interesada en una relación que sólo consista en sexo –dijo Tally.

–No puedes decirlo en serio.

–¿Las demás mujeres se tragan esa tontería de que no estás interesado en relaciones exclusivas?

Sander hizo una mueca.

–Con la cantidad de opciones que hay ahí fuera, ¿quién quiere atarse a una sola persona? Claro que lo aceptan.

Tally suspiró.

–Pues lo siento, pero yo no –le dijo, casi con tono de disculpa.

Él dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

–No te entiendo, de verdad.

–Tú decides –lo retó ella, intentando controlar ese cosquilleo entre las piernas que no la dejaba pensar.

–Esto es ridículo –insistió Sander, frustrado–. Ya ni siquiera eres virgen.

–No pienso compartir cama contigo mientras sigas saliendo con otras mujeres –dijo Tally, levantándose de la cama.

–¡Eso es un chantaje! –exclamó él, incrédulo–. ¿Cómo puedes ser tan exigente?

–Tú eres un buen profesor –Tally estuvo a punto de soltar una carcajada al ver su expresión de desconcierto, pero estaba decidida. En Westgrave Manor se había dejado llevar como una tonta, pero esa vez iba a cuidar de sí misma porque sabía que una relación con Sander Volakis podría hacerle mucho daño si no tenía cuidado.

Era como una batalla de voluntades y él parecía incapaz de rendirse. Rígido, intentando controlarse mientras echaba fuego por los ojos, la vio tomar su bolso…

–Llamaré a un taxi.

Sin pensar, Sander se levantó y la aplastó contra la puerta, apoderándose de su deliciosa boca en un beso cargado de pasión.

–Mientras estemos juntos no habrá nadie más –le prometió, sin aliento–. Pero puede que no duremos ni cinco minutos…

Tally reconoció que aquél era un gran paso para él y tuvo que contener una sonrisa de triunfo. Su explosivo carácter despertaba en ella tal ola de ternura que se puso de puntillas para besarlo.

Sander le quitó el top de un tirón, pero tuvo que tomarla entre sus brazos para evitar que cayera al suelo, tan enérgico había sido.

–Perdona, estoy fuera de mí…

–No importa.

Después de desnudarla, dejándola sólo con las braguitas, la tumbó sobre la cama, sus ojos dorados clavados en aquellos soberbios pechos.

Mientras tiraba de sus pantalones, Tally casi se mareó por su propio atrevimiento. El anhelo de sentirlo dentro de sí era tan fuerte que no podía luchar y estaba intentando ceder con elegancia, olvidando la timidez que le hacía tan difícil estar desnuda delante de él.

Se quedó sin aire cuando Sander tomó un tierno y rosado pezón entre los labios mientras se quitaba el pantalón y los calzoncillos, impaciente.

La ardiente lava entre sus piernas se convirtió en un río al sentir el roce de su miembro en la cadera. El recuerdo de la primera experiencia, tan dolorosa, no la desanimó cuando él pasó un dedo por las húmedas braguitas. Era una parte tan privada de su cuerpo, una parte que nadie más que él había tocado…

Sander tiró del elástico hacia abajo para quitárselas.

–Será maravilloso, *glikia mou* –le prometió.

Tally, inmóvil, sin saber qué hacer, cerró los ojos mientras él deslizaba las manos por su cuerpo, acariciando cada curva, cada resquicio. La aprensión fue desapareciendo poco a poco, reemplazada por un calor desconocido y un cosquilleo entre las piernas…

Sander pasó la lengua por su canalillo, deteniéndose para jugar con sus pezones, y luego siguió hacia abajo, sobre su estómago y la delicada piel rosada entre sus muslos.

–No –murmuró ella de repente, cerrando las piernas. Sin decir nada, Sander pasó un dedo por sus labios.

–Quiero darte el máximo placer posible –dijo al fin, con voz ronca–. Quiero reescribir nuestra historia.

–No puedes… lo que pasó, pasó –protestó Tally mientras él abría sus piernas con una rodilla.

–Confía en mí.

Al primer roce íntimo, Tally cerró los ojos y apretó los puños, pues tenía un miedo instintivo a perder el control… pero también un anhelo salvaje por lo desconocido.

Sander exploró la tierna piel entre sus muslos, despertando terminaciones nerviosas que Tally no creía poseer y que se volvieron locas ante el asalto de su lengua. Cuando, a la vez, tiró de sus protuberantes pezones, el placer fue como un relámpago.

Tally gritó, sorprendida, ante ese placer desconocido, a punto de perder la cabeza.

Los espasmos del orgasmo no habían terminado cuando Sander se enterró en ella, dejando escapar un gemido ronco.

Después de un clímax abrumador, Tally seguía tan sensible que volvió a gritar, experimentando un placer que era casi insoportable; un placer que empezó a crecer de nuevo con la fricción de sus cuerpos.

Sander levantó sus piernas para colocarlas sobre sus hombros, moviéndose adelante y atrás con los ojos cerrados hasta que sus contracciones internas lo lanzaron al abismo. Echando la cabeza hacia atrás, las venas del cuello marcadas, dejó escapar un gemido ronco

mientras se vaciaba dentro de ella.

Asombrada por lo que acababa de experimentar, Tally se quedó inmóvil hasta que los espasmos terminaron, devolviéndola a la tierra por fin. Le sorprendía haber ignorado tanto tiempo lo que su cuerpo era capaz y le asustaba también porque sabía que un placer así tenía que ser adictivo.

Sander la apretó contra su agitado corazón.

–Eres asombrosa –murmuró–. Sabía que sería mágico contigo, *glikia mou*.

–Tengo tanto que aprender... –dijo Tally.

–Lo sé y estoy deseando enseñarte –anunció él, con una sonrisa cargada de sensualidad.

–Entonces, esto no ha sido un revolcón de una sola noche.

–Dejé eso atrás cuando era un adolescente –Sander tomó su mano para ponerla sobre su erección y, en silencio, le enseñó cómo darle placer.

Al notar lo susceptible que era a sus caricias, Tally descubrió que excitarlo también la excitaba a ella. Y, aparentemente, no había límite para su placer porque de nuevo el mundo pareció desintegrarse y llegó a alturas que no había imaginado nunca. Horas después, estaba más cansada de lo que lo había estado en su vida.

–Creo que es hora de llevarte a casa –sugirió Sander, saltando de la cama y entrando en el baño.

Media hora después, mientras recorrían las tranquilas calles de Londres, él le dijo:

–¿Puedo darte un consejo sin que te ofendas?

–Depende del consejo –respondió Tally.

–No te tomes esto en serio. Lo hemos pasado bien, pero yo no estoy buscando esposa y tampoco una relación seria.

–Por favor…

–Bueno, ahora que lo he dicho no habrá malentendidos –insistió Sander–. Y puede que también fuese buena idea que pensaras en tomar la píldora.

Ella levantó los ojos al cielo.

–Eso es asunto mío, ¿no?

–Mientras compartamos cama, es asunto de los dos.

–No voy a quedarme embarazada –le aseguró Tally.

Pero, aunque habían tomado precauciones cuando hicieron el amor, ya había decidido visitar a su ginecólogo y tomar medidas.

–He visto a muchos amigos pasar por esto y siempre acaba siendo un problema –insistió él–. No me hagas pasar por eso, Tally.

Ella soltó una carcajada.

–¿Siempre te imaginas lo peor?

Sander giró la cabeza para mirarla, su expresión seria.

–En ese tema, sí.

Capítulo 6

–Date prisa –dijo Sander, impaciente, sosteniendo el móvil entre el cuello y el hombro–. Estoy aparcado en doble fila.

–¡Estoy llegando! –gritó Tally, sin aliento mientras corría hacía el Ferrari plateado.

Sujetando con una mano las carpetas que llevaba, abrió la puerta y se lanzó sobre el asiento del pasajero, riendo.

Sander había estado toda la semana en Atenas y lo echaba de menos. Por eso se había saltado una clase para verlo esa tarde, algo que no hacía nunca. Y mientras lo miraba con los ojos brillantes, sus estudios era lo último en lo que podía pensar.

Sander había visto por el espejo retrovisor a un guardia de tráfico a punto de multarlo, pero cuando Tally subió al coche, con sus vaqueros y su camiseta de colores, se olvidó de él y levantó una mano para acariciar sus rizos.

Como siempre, no paraba de hablar, su alegría al verlo era casi infantil. Aquella calidez y naturalidad atraían a Sander, que había crecido en un ambiente más bien frío, y la claridad de sus ojos, su piel perfecta y esos labios que se moría por besar eran una tentación irresistible.

Sin dudarlo, inclinó la cabeza para apoderarse de su boca en un beso que la dejó sin aliento… pero antes de que el guardia de tráfico terminase de anotar la matrícula, Sander arrancó a toda velocidad.

Tally lo miraba, contenta. Había temido que hubiese encontrado a otra mujer mientras estaba en Atenas, pero verlo tan excitado la tranquilizó. Aunque sabía que con Sander Volakis no había garantías.

Después de todo, se había dicho desde el principio que no se haría ilusiones. La reputación de Sander, su edad y las diferencias entre ellos le decían que no debía ser optimista. Pero, a pesar de todo eso, llevaban siete semanas juntos y la atracción que había entre ellos seguía siendo tan fuerte como el primer día.

Binkie lo había conocido una tarde, cuando fue a buscarla a casa, y había dicho que era «encantador». Por el contrario, Crystal, que estaba en España con una amiga que había enviudado recientemente, le había advertido que tuviese cuidado.

–Lo único que puedes tener con Sander Volakis es una tórrida aventura. Luego se aburrirá y buscará a otra mujer. Te lo digo por tu propio bien, si estás preparada te dolerá menos.

–Sé que Sander no está enamorado de mí –admitió Tally, intentando que la sonrisa no se borrara de sus labios–. Pero eso no significa que no pueda ser feliz mientras dure.

–Si aceptas que no hay futuro para esa relación…

–Lo he aceptado desde el principio. Los dos somos solteros y jóvenes, así que no va a durar para siempre.

Aunque eso era lo que quería pensar, Tally se había dado cuenta ese mismo día de que no engañaba a nadie y menos a sí misma. Adoraba a Sander, sencillamente lo adoraba. El sonido de su voz por teléfono la hacía feliz y el brillo de sus preciosos ojos dorados podía

hacerla arder de deseo. Aunque no había querido enamorarse de él, había ocurrido sin que pudiera evitarlo.

Afortunadamente, Sander aún no conocía a su madre. Crystal nunca había podido superar el desprecio con que el padre de su hija la había tratado y Tally temía que hiciese algún comentario despectivo sobre su familia griega.

Sander seguía sin saber que Anatole Karydas era su padre y ella no veía razón para contárselo. ¿Para qué? ¿De qué iba a servir? Anatole no se tomaba el menor interés por su vida ni mantenía contacto con ella de forma habitual.

Mientras corría hacia el ascensor para seguir las largas zancadas de Sander, Tally empezó a sentirse ligeramente mareada. No era la primera vez que se encontraba mal en las últimas semanas y, de nuevo, decidió ir al médico en cuanto encontrase tiempo. Había empezado a tomar la píldora y sospechaba que no le estaba sentando bien.

Las puertas del ascensor se abrieron directamente en el recibidor de Sander, que la abrazó y la besó en la boca apasionadamente; la frialdad que mostraba en público iba desapareciendo mientras le acariciaba los pechos por encima de la camiseta, dejando escapar un gemido ronco de deseo.

–Podría tomarte aquí mismo…

–Yo también te he echado de menos –le confesó Tally, intentando quitarle la chaqueta.

–*Skase!* Hablas demasiado…

Mientras se besaban, sin aliento, Sander la tomó en brazos para llevarla al dormitorio. Su deseo de hacerle el amor emocionaba a Tally, compensando otras omisiones. Aún no le había presentado a ningún amigo, aparte de aquéllos con los que se habían encontrado casualmente, y nunca le había pedido que se quedase a dormir.

La llamaba siempre con cuarenta y ocho horas de antelación para quedar y no decía nada que le hiciera pensar que seguirían juntos.

Después de desnudarla, Sander se quedó frente a la cama, mirándola. Estaba tan excitado que le dolía y apenas había pegado ojo la noche anterior pensando en ella. Nunca había sentido una atracción como la que sentía por Tally y se alegraba de que ella no conociera a ninguno de sus amigos… o sus enemigos. Era exclusivamente suya como no lo había sido ninguna otra mujer, y su propia creación entre las sábanas. Estaba convencido de que por eso disfrutaba tanto estando con ella y la razón por la que no se aburría.

Viendo a su amante desnudarse, Tally se puso de rodillas sobre la cama. Se tomaba esa erección como un cumplido y el cosquilleo de respuesta que sentía en la pelvis hizo que inclinase la cabeza para acariciar el erguido miembro con la lengua y los labios hasta que lo oyó suspirar de placer.

–Quiero correrme dentro de ti –murmuró Sander, enterrando los dedos en su pelo para sujetar su cabeza–. Y estoy demasiado excitado, *latria mou.*

Sander se había hecho recientemente un chequeo y sabía que ella tomaba la píldora, de modo que podían hacer el amor sin preservativo. Tally sabía que la confianza era mutua porque Sander le había confesado que nunca había confiado en una mujer lo suficiente como para hacer eso.

Abriéndole las piernas con una rodilla, Sander se enterró en su túnel de miel,

ensanchando las delicadas paredes con su miembro. Tally gritó, disfrutando de la sensación, agarrándose a él con manos frenéticas mientras empezaba a moverse adelante y atrás.

Tan intensa era la excitación que se revolvía debajo de él en un paroxismo de placer, las olas cada vez más altas, más embriagadoras… hasta que la pasión los llevó a los dos a la inevitable conclusión.

El clímax fue tan increíble que Tally levantó las caderas, gritando al sentir cómo el magnífico cuerpo de Sander se estremecía. En el mismo instante, él se dejó ir, lanzando un desinhibido grito de placer.

Después de unos segundos, cuando por fin pudo llevar aire a sus pulmones, Sander clavó en ella sus ardientes ojos dorados.

–He perdido un poco la cabeza… ¿te he hecho daño?

–No, claro que no –respondió ella, echándole los brazos al cuello.

–Nunca olvidaré la primera vez, *latria mou* –Sander toleraba ser abrazado e incluso disfrutaba de sus gestos de cariño, algo que no le había ocurrido nunca. Tally era una chica muy cariñosa que se derretía con los animales, los niños y las historias de amor.

–¿Qué has hecho en Atenas? –le preguntó.

–No quiero hablar, quiero dormir –bromeó él.

–No puedes… ¡llevas una semana fuera! –se quejó Tally–. Bueno, cuéntame qué tal en Atenas.

–Mi padre quiere que me vaya a vivir allí y lleve la empresa familiar y mi madre quiere que me case con una buena chica griega.

–¿Ah, sí? –Tally apartó la mirada.

–Incluso me preparó una encerrona. Organizó una cena en casa a la que invitó a las hijas de unos amigos…

Nada de eso alegraba a Tally, pero siguió sonriendo como pudo.

–¿Y te gustó alguna de ellas?

–No, qué va. Y tampoco me gusta la idea de casarme –respondió él, acariciándole los pechos–. ¿Por qué iba querer a nadie más en mi cama? ¿Sabes una cosa? Creo que tus preciosos pechos son un poco más grandes que antes.

Tally se puso colorada.

–Debe de ser por la píldora.

Sander sonrió.

–Y yo no me quejo… me encanta tu cuerpo. Por cierto, esta noche vamos a salir.

–¿Adónde vamos?

–Un amigo organiza una fiesta en un club privado –contestó Sander, incorporándose–. Hora de ducharse, perezosa.

Tally estaba encantada de conocer a sus amigos por fin.

–Pero tengo que ir a casa a cambiarme…

–No, de eso nada.

–No puedo ir en vaqueros…

–Ya me he encargado de eso.

–¿De qué estás hablando?

–Ya lo verás… –tirando de ella hacia la ducha, Sander se echó un poco de gel en las manos para frotarlo sobre sus pechos, dejando claro que no estaba pensando en la higiene personal.

–¿Me deseas? –murmuró, acariciándole los pezones con la punta de un dedo.

–Mucho… –respondió ella, temblando de deseo.

Sander la apoyó en la pared de la ducha y lo que siguió fue tan enérgico, tan increíblemente excitante, que dejó a Tally agotada.

Después, envuelta en una toalla en la habitación, descubrió a qué se refería cuando dijo que no tendría que ir a casa a cambiarse.

Sander apareció con un montón de bolsas que dejó sobre la cama.

–Ropa nueva –anunció.

Tally se quedo inmóvil, desconcertada.

–¿Me has comprado ropa?

–¡Si tengo que volver a verte con el vestidito negro o con el otro que tiene piedrecitas en el cuello me los cargo! –bromeó él–. Necesitas un vestido nuevo, Tally. Venga, abre las bolsas.

Ella abrió la primera y sacó un vestido de color verde esmeralda. Pero al ver el nombre de un famoso diseñador en la etiqueta, dio un paso atrás.

–Esto debe de costar un dineral… lo siento, no puedo aceptarlo.

Sander tuvo que contener una respuesta airada. Él sabía lo importante que eran las apariencias entre sus amistades y, aunque agradecía que Tally, al contrario que muchas de sus predecesoras, no esperase recibir regalos caros, le parecía que llevaba su independencia demasiado lejos.

Sin decir nada, abrió otra de las bolsas y tiró el contenido sobre la cama. Tally se puso colorada al ver el conjunto de ropa interior, tan fino como una tela de araña, medias y zapatos a juego con el vestido.

–¿Que no tenga ropa elegante te avergüenza? –le preguntó.

–No, a mí no. Pero conozco a las mujeres lo suficiente como para saber que tú te avergonzarías si no llevaras algo adecuado esta noche –respondió él.

Mortificada por su sinceridad, Tally apartó la mirada. Era la primera vez que el dinero provocaba un problema entre los dos, pero su orgullo le decía que no debía aceptar unos regalos tan caros. Y se preguntó si su falta de vestuario adecuado era lo que había impedido que Sander le presentase a sus amigos.

–Me sentiría más avergonzada por aceptar estos regalos –dijo finalmente–. Pero sé que lo has hecho de buena fe. Eres muy considerado y yo no quiero ser desagradecida pero, por favor, no vuelvas a comprarme ropa.

–No quiero que te sientas fuera de lugar o incómoda entre mis amigos.

Tally estuvo a punto de decir que, de ser así, el problema era de sus amigos, pero se mordió la lengua.

–Es un color precioso –dijo, tomando el vestido.

–En cuanto lo vi, pensé que te quedaría de maravilla –afirmó Sander, antes de besarla.

Y Tally lo perdonó por completo, aunque sabía que estaba mal dejar que le comprase cosas tan caras.

–¿Y si no me queda bien?

–No es la primera vez que compro un vestido para una mujer…

–Déjalo, no me lo cuentes –murmuró ella, entrando en el baño para arreglarse el pelo.

–También te he comprado unos pendientes de esmeraldas y diamantes.

Cuando Tally se volvió para mirarlo, atónita, Sander se encogió de hombros como diciendo: «De perdidos al río».

–No, gracias. No voy a aceptar joyas.

Él se acercó a la puerta del baño.

–¿Por qué no?

–Porque no.

–¿Por qué te parece mal que te muestre mi afecto con unos pendientes?

Tally sacudió la cabeza.

–No quiero aceptar regalos tan caros.

–No te pongas difícil –dijo Sander entonces.

–No me estoy poniendo difícil. Sencillamente, yo soy como soy.

–No deberías cuestionar la generosidad de los demás.

–Y tú no deberías cuestionar mis valores –replicó ella, molesta.

–De acuerdo, no quiero discutir. Pero al menos póntelos esta noche.

Tally suspiró.

–Muy bien. Pero sólo esta noche.

Seguramente otras chicas aceptarían regalos sin el menor problema, pensó. Pero si no tenía cuidado, amar a Sander la convertiría en una cobarde y se concentraría tanto en hacerlo feliz que se olvidaría de sí misma. Y no estaba dispuesta a hacer eso.

Mientras se secaba el pelo frente al espejo, se juró a sí misma no dejar que el amor la convirtiese en un felpudo. No, el amor no le haría hacer o aceptar cosas en las que no creía.

Aunque le habría gustado poder criticarlo, el vestido era maravilloso y le quedaba perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida, tuvo que reconocer.

Sander abrió una caja de terciopelo de la que sacó unos pendientes en forma de estrella, con una esmeralda en el centro.

–Acéptalos, Tally. Los he comprado porque me recordaban a tus ojos.

Finalmente, ella se los puso. Los pendientes eran preciosos y reflejaban la luz de la lámpara cada vez que movía la cabeza. El efecto de las joyas y el vestido era tan impresionante que parecía otra persona, tuvo que admitir.

Sander la llevó a un elegante club en la mejor zona de Londres, conocido porque acudían muchos ricos y famosos, y mientras iban hacia su mesa la gente lo saludaba como si fuera por allí a menudo. Él pidió champán, pero Tally tenía el estómago revuelto y decidió tomar agua mineral.

Mientras le presentaba a unas jovencitas que apenas la miraron, Tally vio que una de ellas metía algo en el bolsillo de su chaqueta y cuando se quedaron solos le preguntó qué era.

Sander sacó una tarjeta de visita con un número de teléfono y un mensaje escrito a mano… pero rompió la tarjeta sin leerlo.

–Me pasa todo el tiempo –le confesó, mientras Tally miraba la tarjeta con perplejidad.

–¿Ah, sí?

–Algunas de estas mujeres matarían por casarse con un millonario, pero yo nunca acepto invitaciones.

Tally se quedó sorprendida y turbada por el número de «invitaciones» que recibió mientras ella estaba a su lado. Chicas con minifaldas que revelaban más de lo que escondían se acercaban continuamente a la mesa y, finalmente, para evitar interrupciones, Sander la llevó a la zona VIP, protegida por guardias de seguridad.

Pero allí, irónicamente, se encontraron con la única mujer que preocupó a Tally, una preciosa chica griega.

–Oleia Telis, una vieja amiga –la presentó Sander–. Tally Spencer…

–Encantada.

Oleia, que era bajita y tan delgada que Tally se sentía como un elefante, consiguió seguir sonriendo mientras la fulminaba con una mirada cargada de hostilidad. La morena hablaba con Sander en griego y lo que decía debía de ser muy divertido porque él no paraba de reír. Tally, que no podía entender la conversación, se dedicó a mirar alrededor… pero unos minutos después, Oleia había escurrido su delgada figura entre los dos, poniendo una mano posesiva sobre la pierna de Sander.

Cuando la coqueta morena le pidió que bailasen y él aceptó, Tally se dirigió al lavabo, donde se encontró con las tres jovencitas que le había presentado Sander.

–¿Por qué no te vas a casa? –le espetó una de ellas, con tono venenoso–. Sander está bailando con Oleia y no te necesitan para nada.

–Yo he venido con él –replicó Tally, decidida a no dejarse intimidar.

–Sander conoce a Oleia de toda la vida –intervino otra de las chicas–. ¿Por qué no desapareces? Estás molestando.

Furiosa, Tally volvió a la zona VIP… para ver a Oleia aplastada contra el torso de Sander en la pista de baile, los brazos alrededor de su cuello.

La diminuta morena apretaba la pelvis contra él en un gesto descarado… y Sander no se apartaba.

Con el corazón encogido y el estómago revuelto, Tally sacó el móvil del bolso para enviarle un mensaje de texto: *No voy a soportar que estés con otra mujer. Hemos terminado, me voy a casa.*

Luego salió del club y subió a un taxi, incrédula y dolida como nunca… aunque se tomó su tiempo, con la esperanza de que leyera el mensaje inmediatamente y saliera a buscarla.

¿Cómo podía terminar todo de esa forma? ¿Sin previo aviso? ¿Sin que Sander le hubiera demostrado que había perdido el interés por ella?

Tal vez la morena había sido una tentación irresistible para él, pensó mientras entraba en

su casa.

Atónita, Tally dejó el móvil sobre la mesilla y se tumbó en la cama, incapaz de dormir, esperando que Sander contestase a su mensaje.

Pero no hubo respuesta ni esa noche ni a la mañana siguiente, cuando despertó al amanecer, y el silencio de Sander confirmó que su relación había terminado.

Pero, además de eso, en cuanto puso un pie en el suelo tuvo que correr al baño a vomitar. Todo parecía ir mal.

Pero pasara lo que pasara, no perdonaría a Sander ni perdonaría su comportamiento con Oleia Telis.

Con una jaqueca espantosa, Tally fue a clase y pidió cita con su médico esa tarde porque sus problemas digestivos empezaban a ser preocupantes.

La cita fue muy breve. Una vez que le contó los síntomas, el médico empezó a hablar de otros métodos anticonceptivos, pero como su relación con Sander se había roto, Tally no veía razón para seguir tomando la píldora.

El médico sugirió que se hiciera un análisis de sangre y, al día siguiente, después de pasar por la consulta, Tally fue de nuevo a clase.

Pero cuando volvió a casa por la tarde, Binkie le dijo que habían llamado de la clínica para decir que debía hacerse otro análisis.

–¿Para qué?

–No lo sé, no me lo han dicho. Ah, por cierto, tu madre vuelve esta noche de España.

Tally despertó a la mañana siguiente más triste que nunca. No sabía nada de Sander y su silencio era insultante, decidió. La trataba como si hubiera sido un revolcón de una noche. Evidentemente, no había significado nada para él y el lazo que había creído que existía entre ellos estaba sólo en su imaginación.

No debería haberse enamorado.

Saber que ya ni siquiera podía mandarle mensajes hizo que se sintiera vacía, sola. Todo había terminado de verdad, pensó mientras entraba en la consulta del médico, que la saludó con una tensa sonrisa, indicándole que se sentara.

–Te he pedido que vinieras porque el análisis de sangre que te hiciste ayer revela que estás embarazada.

Tally palideció. –Pero eso no es posible… estaba tomando la píldora.

–Es una píldora de dosis baja. ¿Tomaste otras precauciones?

–No…

–¿Olvidaste tomar alguna píldora?

–No, creo que no…

–Pero sé que tomaste antibióticos para la gripe durante la segunda semana. Cualquiera de esas cosas podría haber afectado a la efectividad de la píldora.

Tally abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla enseguida. Se le había olvidado tomar la píldora una noche y Sander había dejado de usar preservativo antes del final de la tercera semana. En cuanto al riesgo añadido de los antibióticos, ella no sabía que la medicación pudiese interferir con la efectividad de la píldora. Atónita, subió a la camilla para

que el médico la examinase antes de preguntar, casi sin voz, de cuánto tiempo estaba embarazada.

–De unas seis semanas.

Apenas escuchó los consejos del médico para que descansara y comiese de manera saludable porque no podía pensar. Iba a tener un hijo… iba a tener un hijo con Sander Volakis cuando ya había roto con él.

A Sander ni siquiera le importaba lo suficiente como para ponerse en contacto con ella.

Desesperada por hablar con alguien, se saltó las clases de esa tarde y fue a casa para contárselo a Binkie.

–Ay, cariño… –murmuró la mujer, angustiada–. ¿Qué vas a hacer?

Ella suspiró.

–Voy a tener el niño. Mi madre me tuvo a mí en circunstancias similares.

–Tus padres estaban prometidos y tu madre esperaba que Anatole se casara con ella.

–Sander y yo ya no estamos juntos –admitió Tally.

–Pero tienes que decirle lo del niño…

–¿Por qué habláis en voz baja? –escucharon entonces una voz en la puerta–. ¿Qué niño?

El corazón de Tally se encogió al ver a su madre en la puerta de la cocina, con un camisón de encaje negro.

–Tally está embarazada –dijo Binkie–. Os dejo solas par que habléis.

–¡Embarazada! –exclamó Crystal–. ¿De Sander Volakis?

Ella asintió con la cabeza.

–Pero aún no se lo he dicho.

–Cariño, qué ingenua eres. Cuando se lo cuentes, no volverás a verlo.

–También es su hijo y debería saberlo. Desgraciadamente, hemos roto.

–¡Ya verás cuando tu padre se entere de esto! –Crystal casi parecía saborear la idea de contárselo, sus ojos verdes brillando con un toque de malicia.

Tally arrugó el ceño. –¿Por qué iba a contárselo a mi padre? No quiero que lo sepa, no es asunto suyo.

Aunque, en realidad, le daba igual que se lo contase o no. Que ella supiera, la hostilidad de Anatole hacia Crystal, la madre de su hija ilegítima, no había desaparecido con el paso de los años.

–Sigues siendo demasiado joven para tener un hijo –Crystal suspiró–. Deberías pensarlo bien.

–Lo pensaré –asintió Tally, antes de subir a su habitación para enviarle un mensaje a Sander diciendo que tenía que verlo.

No había manera diplomática de dar una noticia como aquélla y cuanto antes lo hiciese mejor. A él no le haría ninguna gracia, estaba segura. Pero, en el fondo, albergaba la tonta esperanza de que su reacción ante el anuncio del embarazo fuese por lo menos comprensiva.

Capítulo 7

Furioso, la ira iluminando sus ojos dorados hasta convertirlos en oro bruñido, Sander tomó aire cuando su ayudante entró en el despacho para anunciar que Tally Spencer estaba esperando.

Se alegraba de haberle dicho que se verían en la oficina porque el ambiente profesional haría que la reunión fuese breve y concisa. Después de todo, ¿qué podían decirse?

Que se hubiera marchado del club sin decirle una palabra lo había puesto furioso. Había llevado a unos amigos a la zona VIP con intención de presentársela… y había descubierto que se había ido. Y su mensaje de texto, que era un juicio sin abogado defensor, había exacerbado su mal humor.

Tally entró en el despacho un segundo después, con un pantalón oscuro, zapatos de tacón y una camisa de color frambuesa. Quería tener un aspecto normal, no como si se hubiera arreglado especialmente para él. Y, sin embargo, había estado una hora frente al espejo y se había cambiado de ropa tres veces antes de decidirse.

Sander estaba tan guapo como siempre, tuvo que admitir ella; su aspecto mediterráneo, su estatura y la anchura de sus hombros le daban un aspecto imponente. Estaba reclinado en un sillón detrás de un enorme escritorio en actitud relajada, sin duda ensayada, pensó. Esa actitud tan insolente era tan típica de Sander que Tally tuvo que disimular una mueca. Porque no se dejaba engañar, la tensión de sus hombros y sus labios apretados dejaban claro que estaba tan incómodo como ella.

Y que fingiera estar tranquilo la sacaba de quicio. Le daban ganas de abofetearlo y decirle que se portase como un ser humano normal. Pero tenía que hablarle de su hijo, el hijo de los dos, pensó, sintiendo una extraña ola de orgullo y alegría que tal vez estaba fuera de lugar en aquella situación.

–No sé qué tienes que decirme después de ese mensaje –le espetó él, a modo de saludo.

Sander estaba siendo deliberadamente cruel porque creía que había ido a verlo para decir que había cambiado de opinión. Pero no le pasó desapercibida la curva de sus pechos bajo la camisa, y recordó el sabor a fresa de sus labios.

Intentando controlar su libido, la miró a los ojos, censurando mentalmente una excitación que no debía sentir.

–No tiene nada que ver con lo que pasó en el club –empezó a decir ella–. Te portaste mal conmigo y no tengo nada más que decir al respecto.

Sander apretó los labios al notar ese tono de maestra de escuela regañando a un alumno.

–Te portaste como una cría…

–No, una cría hubiera montado una escena y yo no lo hice –lo interrumpió Tally.

Esa noche, en el club, había entendido que seguramente Sander Volakis se portaba así con todas las mujeres. Siendo un hombre rico y apuesto, las mujeres eran algo que disfrutaba y descartaba como si fueran objetos. Y, sin duda, muchas de ellas soportaban ese comportamiento.

Fuerte y orgullosa como era, Tally no estaba dispuesta a soportarlo. No iba a perdonar que hubiese flirteado con Oleia Telis a menos que tuviera una excusa o una explicación, pero

era evidente que no estaba de humor para dar ninguna.

–Te marchaste porque Oleia estaba tonteando conmigo. Estaba borracha y, además, es una amiga de toda la vida.

–No vi que tú te apartases.

–No soy un eunuco y no te pertenezco –replicó Sander.

–Y tampoco yo te pertenezco a ti, por eso me marché –dijo Tally–. Pero no es por eso por lo que he venido a verte.

–Quieres volver conmigo –afirmó él, absolutamente seguro de sí mismo.

–No, no quiero volver contigo.

Aunque no era verdad porque, a pesar de todo, quería volver con él. O, más bien, soñaba con volver con él. Seguía enamorada, pero el sentido común le decía que era imposible a menos que le pidiese perdón, y ella conocía a Sander lo suficiente como para saber que no lo haría nunca.

–¿Entonces qué haces aquí?

Tally respiró profundamente.

–Iré directamente al grano: ayer estuve en el médico y acabo de descubrir que estoy embarazada.

El silencio que siguió al anuncio podía cortarse con un cuchillo.

–¿Embarazada? –repitió Sander.

–De unas seis semanas.

Él la miraba sin expresión, aunque se había puesto pálido. –Evidentemente, fue un error por mi parte confiar en ti.

–No me he quedado embarazada a propósito –replicó Tally–. Pensé que no había riesgo de embarazo cuando empecé a tomar la píldora, pero mi médico me ha explicado que hay ciertas cosas que reducen su efectividad y…

–No malgastes saliva. Si estás embarazada, puedo sumar y dos yo solito –la interrumpió Sander–. ¿Y debo suponer que piensas tener el niño?

–Sí.

–Naturalmente.

–¿Qué significa eso? –exclamó ella, a la defensiva.

–Que tener un hijo mío te da la excusa perfecta para vivir a mi costa durante al menos dieciocho años, por eso has decidido tenerlo –respondió Sander, sin disimular su desprecio–. Concebir un hijo mío ha sido una idea muy astuta, una buena inversión.

Tally sentía que le ardía la cara.

–Nos arriesgamos los dos. Una mujer no se queda embarazada sola –le recordó–. Te aseguro que yo no había planeado esto y no tengo la menor intención de vivir a tu costa.

–Un hombre rico siempre es objetivo para este tipo de engaños…

–Esto no es ningún engaño. ¡Por última vez, no quiero tu dinero! –exclamó ella, airada–. Fue un accidente y ahora mismo no estoy más contenta que tú. Después de todo, esta situación va a afectarme a mí mucho más que a ti.

–Confié en ti –insistió Sander, condenándola con la mirada–. Pero debería haberlo imaginado… una chica de mi círculo social nunca haría algo así.

–¿Quién demonios crees que eres para hablarme así? –exclamó Tally entonces, indignada–. Mis padres rompieron cuando mi madre se quedó embarazada y nunca he tenido una verdadera relación con mi padre porque se odiaban. Soy la última persona en el mundo que querría tener un hijo en circunstancias similares porque sé muy bien el daño que puede hacerle a un niño.

Sander sacudió la cabeza, como si no estuviera escuchándola. –Evidentemente, haré lo que tenga que hacer por ti y por el niño. Os pasaré una pensión mensual.

Una pensión mensual. A Tally le dolía en el alma esa actitud tan fría sobre un tema tan importante como un hijo.

–Deberías conocerme lo suficiente como para saber que yo nunca haría esto a propósito. Sander levantó una ceja, sus ojos cargados de recelo.

–No pensaba que fueras a sorprenderme con una noticia así, pero parece que estaba equivocado. ¿En qué más cosas me he equivocado, Tally?

Destrozada por esa admisión, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas pero hizo un esfuerzo para contenerlas.

–Hace unos días éramos felices…

–Y ahora no lo somos, así es la vida –la interrumpió Sander–. Agradezco que hayas venido a contármelo pero si ya has dicho todo lo que tenías que decir, no tenemos nada más que hablar. Mi abogado se pondrá en contacto contigo.

Tally se quedó desolada. –Pensé que te conocía mejor, pero veo que estaba equivocada.

–Tú sabías que no quería tener un hijo… ni siquiera una relación seria, te lo dije muy claro desde el principio –le recordó Sander.

–A veces la vida te da sorpresas y no es culpa de nadie –replicó ella–. Pero el niño sólo será una catástrofe si nosotros dejamos que lo sea…

–Ahórrate la charla para alguien que quiera escucharte –la interrumpió él–. Ya te he dicho que mi abogado se pondrá en contacto contigo.

Pálida como un fantasma, Tally se dirigió a la puerta.

–No me gusta que me traten como si fuese una embaucadora.

–Y a mí no me gusta que me obliguen a ser padre –replicó él.

–Te recuerdo que yo voy a ser madre sin haberlo planeado –dijo Tally antes de salir del despacho dando un portazo.

Una semana después de ese encuentro, Sander se quedó sorprendido cuando su ayudante le dijo que Anatole Karydas quería verlo.

Aunque su padre hacía negocios con Karydas, Sander sólo lo había visto en un par de ocasiones y, además, no le gustaban sus métodos. Anatole era, sin embargo, un hombre muy influyente, con intereses en muchos mercados. También era notorio por su mal carácter, por ser un matón temido por sus empleados y sus competidores y por no olvidar un error o un desprecio.

–Volakis… –Anatole, un hombre bajito y grueso de ojos inteligentes y aire pomposo, le

ofreció su mano–. Creo que conociste a mi hija en Westgrave Manor hace unos meses.

–Sí, conocí a Cosima allí –asintió Sander, sorprendido.

–Tally me ha dicho que hiciste de buen samaritano –siguió Anatole–. Y, aunque no es algo que suela contar, debo decirte que Tally Spencer también es hija mía.

Sander miró al otro hombre, convencido de haber oído mal.

–Tally… ¿es tu hija?

–Nunca me casé con su madre, por supuesto, y mi mujer y Cosima no quieren que reconozca públicamente la relación. Para ser franco, nunca me he involucrado en la vida de Tally porque no soporto a la arpía de su madre –le confesó Anatole, haciendo una mueca–. Pero es hija mía y no voy a dejar que destroces su vida.

Si Tally hubiera estado allí en ese momento, Sander la habría estrangulado por no contarle que era hija de Anatole Karydas. Desde el momento que se conocieron lo había engañado deliberadamente fingiendo trabajar para su hermanastra Cosima…

Sander, que no estaba acostumbrado a las sorpresas, empezaba a pensar que no conocía a Tally Spencer en absoluto.

–Supongo que sabes que Tally va a tener un hijo mío.

–Sí, lo sé. Por eso estoy aquí.

–Yo no le doy la espalda a mis responsabilidades. Te aseguro que ayudaré a Tally en todo lo que pueda...

–Has dejado embarazada a mi hija y tienes que casarte con ella –lo interrumpió Anatole–. Cualquier otra forma de apoyo o ayuda es un insulto para mí y para mi familia.

El tono de Anatole Karydas y su intento de interferir en su vida privada eran sumamente desagradables, pero no era una sorpresa que un hombre tan engreído viese la situación de Tally como una afrenta personal a su dignidad.

–No tenía intención de insultarte.

Cansado de la conversación, Anatole apretó los puños.

–O te casas con ella o le quito la venda de los ojos a tu padre.

Sander se quedó helado.

–¿Qué estás diciendo?

–La naviera Volakis ha contraído deudas muy peligrosas. Tu difunto hermano pidió préstamos que ahora no se pueden pagar y tu padre necesita el contrato de TKR para que la empresa siga siendo solvente –dijo Anatole–. Pero si yo dijese una palabra en el sitio adecuado, otra naviera se quedaría con el contrato y Volakis se hundiría.

Sander estudió a Anatole como si mirase a un insecto. Él sabía que la empresa de su familia tenía problemas. Su hermano Titos se había arriesgado demasiado en un campo donde la competencia era brutal, y ciertamente Anatole Karydas podía cargarse el contrato con TKR sólo con susurrar algo en el oído adecuado. Y la naviera Volakis se hundiría...

Sospechaba que su padre, Petros, era demasiado viejo para llevar la empresa y se sintió culpable por no haber hecho algo antes. La sensación de responsabilidad aumentó al pensar en lo que su relación con Tally podía costarle a su familia.

–Tengo que pensarlo –le dijo, con los dientes apretados, aunque le habría encantado

darle un puñetazo a ese hombre–. ¿Tally te contó que estaba embarazada?

–No, me lo contó su madre. Tally no sabe que estoy aquí.

Anatole se marchó poco después y Sander se dejó caer sobre el sillón, atónito, su mundo a punto de ponerse patas arriba. ¿Iba a tener que casarse con Tally para salvar la empresa de su familia?

Estuvo a punto de golpear la pared con el puño. Se sentía atrapado. No quería casarse...

Una vez, cuando era prácticamente un adolescente, había querido casarse con Oleia, pero ese sueño se fue al traste poco después. Había aprendido mucho de esa desilusión, aunque estaba claro que no tanto como creía.

Tally lo había engañado. ¿Una chica normal? Sander tuvo que contener una carcajada. No había nada normal en Tally Spencer, la hija ilegítima de Anatole Karydas. Pero no había tardado mucho en demostrar quién era.

¿Cómo iba a creer que ella no había informado a Anatole de la situación? ¿Un embarazo accidental? ¿También tenía que creer eso?

Anatole Karydas era un hombre astuto y calculador y, aparentemente, Tally había heredado más que su corta estatura de los genes paternos.

Karydas lo estaba chantajeando…

Sander apretó los dientes, incrédulo. De no ser por sus padres, le habría dicho que se fuera a paseo. Sabía que en los últimos años no había sido un hijo leal y, aunque nunca había mantenido una relación muy cordial con sus padres, seguía queriéndolos y le importaba lo que les pasara.

Él no dependía de Anatole Karydas, pero la empresa familiar sí. Seis generaciones de Volakis habían sudado sangre para levantar la naviera y en tres años, con su determinación de modernizar y ampliar el negocio, su hermano había estado a punto de destruirla. Sus padres se quedarían desolados si perdieran la empresa, por no hablar de su cómodo estilo de vida, sus amistades, su puesto en la alta sociedad…

No, no podía dejar que eso pasara. Era su hijo y tenía un deber hacia ellos. No podía quedarse de brazos cruzados mientras la naviera Volakis se hundía sólo para mantener su independencia y su libertad.

Y Tally era, si debía ser sincero, su fantasía hecha realidad en la cama. En una lista de pros y contras, eso era un pro, aunque el niño que esperaba era todo lo contrario.

No podía creer que hubiera perdido la cabeza hasta el punto de no usar preservativo como había hecho siempre, por mucho que Tally tomase la píldora. ¿Por qué lo había hecho? Después de todo, él odiaba la idea de ser padre, jamás había querido serlo. O al menos no había querido serlo tan pronto.

Los niños lloraban, llevaban pañales sucios, había que estar pendiente de ellos y olían mal. En resumen, siempre le habían parecido un aburrimiento. Cuando empezaban a caminar se caían, rompían cosas, exigían juguetes continuamente y sus malos hábitos se volvían más pronunciados y molestos con el paso de los años. Además, había notado la tendencia de las esposas a concentrar toda su energía en sus hijos y no en sus maridos.

Y un niño… la idea de que una cosa tan pequeña interrumpiera su vida y coartase su libertad lo dejaba helado.

Aunque seguramente no tendría mucho que ver con él porque contrataría a un ejército de niñeras, se dijo a sí mismo, desesperado.

Casarse con Tally…

Se sirvió un whisky y echó la cabeza hacia atrás, paladeándolo. Sabía que iba a emborracharse antes de ir a verla al día siguiente, pero no mencionaría la visita de su padre.

Intentando contener su rabia, recordó que había sido brutalmente sincero con ella cuando le contó lo del embarazo y ahora tendría que hacer las paces…

Y también tendría que hacer la proposición más honorable en respuesta al más deshonroso de los chantajes.

Capítulo 8

Como no le gustaba nada la gente que se miraba el ombligo, Tally se dio a sí misma veinticuatro horas para olvidar la destemplada reacción de Sander.

Aunque desde el principio él había dejado claro lo que pensaba sobre las relaciones sentimentales y los compromisos, su grosería había sido una desagradable sorpresa. Y su decisión de no volver a verla le recordaba que su hijo sería sólo una responsabilidad económica para él.

¿Iba a comportase como lo había hecho su padre?, se preguntó. ¿Su hijo sería un error de juventud, un sucio secreto? ¿De verdad creía que ella quería vivir a su costa?

Si era así, estaba ciego.

¿Pero no era eso lo que había hecho su madre?, le preguntó una vocecita. Sí, tal vez Crystal lo había hecho, pero ella no era su madre.

Crystal había dejado de trabajar cuando su padre tuvo que pasarle una pensión económica por orden del juez. Y Tally sabía que había mujeres dispuestas a concebir un hijo para retener a un hombre o para atraparlo. Pero ella no era de esas mujeres y no se había quedado embarazada a propósito. Y tampoco pensaba convertirse en una amargada como le había pasado a su madre sólo por un error de juventud.

A pesar de eso, Tally había llorado durante toda la noche. Había perdido al hombre del que estaba enamorada y, al mismo tiempo, se veía obligada a reconocer que, debido a su condición, Sander quería apartarla de su vida para siempre. Su incomprensión y sus recelos le habían dolido en el alma.

–Sé realista, Tally –le dijo Crystal a la mañana siguiente–. ¿Qué habías esperado?

–Pensé que le importaba… sabía que no estaba enamorado de mí, pero creía que le importaba un poco. Sin embargo, cuando le dije que iba a tener un hijo me trató como si fuera una chica con la que se hubiera acostado una sola noche.

Crystal frunció el ceño.

–Qué ingenua eres. Sander estaba contigo para pasarlo bien y muy pocos hombres ven un hijo como una diversión. No es lo que buscan.

–No, ya me doy cuenta –murmuró Tally, conteniendo el deseo de decir que tampoco era lo que ella había buscado porque entonces Crystal volvería a mencionar la idea del aborto.

Su madre había dicho que la apoyaría decidiera lo que decidiera y Tally agradecía su apoyo, pero estaba demasiado asustada como para escuchar a Crystal hablando del impacto que un hijo tenía en la vida de una mujer, robándole su libertad y la posibilidad de salir con amigos…

A Tally le asombraba que su madre y ella tuvieran tan diferentes recuerdos de su infancia, pero no dijo nada.

–Al menos, Sander no ha negado ser el padre del niño y ha prometido ayudarte económicamente… se ha portado mucho mejor que tu padre.

Con los exámenes finales a la vuelta de la esquina, Tally no podía permitirse el lujo de quedarse charlando o ponerse a llorar, de modo que se retiró a su habitación para estudiar. Además, estando embarazada era más importante que nunca terminar la carrera.

Pero, a finales de la semana, sonó el teléfono y se quedó sorprendida al ver el número de Sander en la pantalla.

–Tenemos que hablar –le dijo él, a modo de saludo–. Iré a buscarte a las ocho…

–No –lo interrumpió ella–. No tienes que venir a buscarme. Nos veremos en… algún sitio.

Sander sugirió su apartamento y, aunque Tally habría preferido un sitio que no le recordase tiempos más felices, allí podrían hablar en privado.

¿Pero de qué podría querer hablar? Su actitud en la oficina había sido tan definitiva, tan clara, que no entendía que podía querer de ella.

Sentía una gran curiosidad por saberlo, pero Sander no le dio ninguna explicación durante su breve llamada.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Tally respiró profundamente, pasando las manos por su falda. El único esfuerzo especial que había hecho ese día era erradicar las ojeras, pero su corazón latía con tal fuerza que estuvo a punto de poner una mano sobre su pecho para contenerlo mientras entraba en el apartamento.

Sander tenía un objetivo: hacer lo que debía hacer y seguir adelante. Había lidiado con problemas muchas veces y estaba acostumbrado a hacerse cargo de situaciones difíciles, pero cuando Tally entró en el apartamento notó que estaba inusualmente seria. Las sonrisas y los gestos de felicidad habían desaparecido.

Casi sin darse cuenta, intentó ver si le encontraba algún parecido con Anatole Karydas pero, aparte de la corta estatura, no había mucho más.

Tally se concentró en la poderosa figura de Sander, intentando tragar saliva. Era tan guapo que aún podía hacer que se le encogiera el estómago, pero la tensión podía cortarse con un cuchillo.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó él.

–No, gracias.

Intentando mostrarse tranquila, Tally se sentó al borde del sofá de piel, las rodillas juntas, el bolso a sus pies.

Sus rizos tenían una tonalidad ambarina y la camiseta que llevaba se volvía casi transparente a la luz de la lámpara. Sander clavó la mirada en las voluptuosas curvas bajo la prenda y un deseo que despreciaba se apoderó de él, pero rápidamente volvió a mirarla a los ojos.

–Dijiste que teníamos que hablar... Empieza –lo urgió Tally.

–La semana pasada me pillaste por sorpresa y me temo que no reaccioné muy bien –empezó a decir Sander.

Preguntándose qué querría decirle, ella juntó las manos.

–No, aunque supongo que fue una sorpresa para ti. También lo fue para mí.

–Pero, como tú misma dijiste, la llegada de un hijo no tiene por qué ser una catástrofe –dijo Sander, tomando un trago de whisky. Necesitaba el alcohol para forzar unos sentimientos falsos.

Tenía veinticinco años y no estaba preparado para ser padre. Él no tenía nada contra los

niños en general, pero no quería uno propio. Al menos, por el momento. Además, no le gustaba mentir. Decir la verdad cayese quien cayese era lo suyo, pero no quería arriesgarse a interrogarla antes de que estuviesen casados. No, no pondría en peligro la empresa de su padre.

De modo que apretó los dientes porque no tenía otra opción. Anatole Karydas le había robado la libertad de elegir y había puesto la lealtad familiar por delante de todo.

–Sería mucho mejor tratar esta situación de una manera civilizada –dijo Tally, pensando en la animosidad que seguía habiendo entre sus padres a pesar del tiempo transcurrido.

–Yo tengo la intención de ayudarte con el niño –se apresuró a decir Sander–. Aunque puede que eso te sorprenda después de mi comportamiento del otro día…

–No, no me sorprende –lo interrumpió Tally, esbozando una sonrisa–. Sé que no eres un irresponsable, sólo estabas enfadado.

Desconcertado por su actitud comprensiva, Sander tomó el resto de whisky y dejó el vaso sobre la mesa.

–Quiero que te cases conmigo –anunció.

Y como necesitaba que se casase con él para salvar la naviera Volakis, la proposición salió de sus labios de manera totalmente convincente. Tally lo miró, perpleja. Eso era lo último que había esperado.

–¿Lo dices en serio?

–¿Crees que bromearía sobre algo así?

–Pero tú no quieres casarte conmigo… sería un grave error. Sorprendido por tan inesperada respuesta, Sander frunció el ceño.

–Sí quiero casarme contigo.

Tally se pasó la lengua por los labios resecos. Su corazón latía con tal fuerza que lo notaba en la garganta. Le gustaría decir que sí. Después de todo, lo amaba y él le estaba ofreciendo hacer realidad su sueño: la relación amorosa que hasta ese momento había creído que existía sólo en su imaginación.

Pero era eso, un sueño. Y lo último que deseaba era casarse con él sólo porque estaba embarazada. Sabía que si Sander echaba de menos su libertad, el matrimonio nunca podría sobrevivir.

–Al final, al niño le dará igual que estemos casados o no. Y no llevamos tanto tiempo juntos como para hablar de matrimonio. Sólo lo dices porque estoy embarazada.

–¿Hay algo malo en eso? En mi familia nos casamos antes de tener hijos y cualquier otro remedio es inaceptable para mí –contestó Sander.

Tally notó que se había puesto colorada. Él sabía que sus padres no estaban casados y estaba dejando claro que él provenía de una familia más convencional.

–No quiero que me lo pidas sólo por el niño –insistió ella–. No es suficiente para sostener una relación y tampoco es tu estilo. Sé que valoras mucho tu libertad.

Sander se preguntó si estaba riéndose de él o si quería impresionarlo con su reticencia.

–Por supuesto que valoro mi libertad, pero he decidido que quiero tenerte en mi cama todas las noches.

–Pero hace diez días era a Oleia Telis a quien querías en tu cama –le recordó ella.

–Han pasado más de cinco años desde la última vez que me acosté con Oleia y te aseguro que no estoy interesado en resucitar esa relación –afirmó Sander.

–Pero es evidente que te parece atractiva –insistió Tally.

–No, ella sigue encontrándome atractivo –la corrigió Sander con su habitual arrogancia–. Es un juego perverso al que jugamos de vez en cuando.

–No te entiendo.

–Cuando yo tenía veinte años estaba enamorado de ella, pero se acostó con otro hombre y la dejé. Ha estado intentando volver conmigo desde entonces pero nunca podré perdonarla por lo que hizo.

De modo que Oleia lo había traicionado y su infidelidad le había roto el corazón. Tally lo conocía lo bastante como para saber que hacer que Oleia lo persiguiera era para él una forma de vengarse.

–Así que te divierte que Oleia te persiga, aunque estés saliendo con otra persona.

–No significa nada para mí. La otra noche, en el club, no sabía que estuvieras mirando… o que fueras tan rígida.

Tally se irguió, sorprendida. –No soy rígida, cualquier mujer hubiese reaccionado igual que yo.

–Las mujeres que yo conozco son más… relajadas con respecto al sexo.

–Pues a mí no me gusta la gente que mantiene relaciones sexuales con cualquiera. Ésa es la razón por la que yo crecí sin un padre.

–Pero Anatole sigue viéndote como su hija…

–¿Qué? ¿Sabes que Anatole Karydas es mi padre?

–Sí, lo sé. Lo que no entiendo es por qué no me lo has contado tú misma.

–No te lo había contado porque no tiene nada que ver conmigo. Pero ¿cómo te has enterado?

–Me lo contó él mismo –tuvo que decir Sander, enfadado consigo mismo por haber hablado demasiado–. Y también admitió que su mujer y su hija no quieren que la gente sepa de tu existencia.

Aliviada al saber que ya no era un secreto, aunque le sorprendía que su padre se lo hubiera contado, Tally murmuró:

–Cosima no quería que nadie supiera la verdad, por eso me hice pasar por su ayudante personal.

–Ah, ya veo.

–¿Cómo has conocido a mi padre?

–Mi padre tiene intereses comunes con él –respondió Sander, haciendo un gesto con la mano, como si el asunto no tuviera importancia–. Quiero que nos casemos en cuanto sea posible…

–¿Pero por qué? Tú no me quieres.

–Te deseo más de lo que he deseado nunca a una mujer y eso es importante para mí

–dijo él, mirándola con un brillo de deseo en los ojos–. De hecho, ahora mismo sólo quiero cortar el rollo y llevarte a mi cama...

Tally tuvo que tragar saliva. Reconocía el deseo sexual que los unía, era imposible negarlo.

–La gente no se casa sólo para compartir cama.

–¿Por qué no? Me casaré contigo, me haré cargo del niño y cuidaré de ti. Es lo más normal.

Ésa era una proposición muy seductora para una joven que nunca había tenido el cariño de sus padres.

–¿Pero eso sería suficiente para ti?

–¿Por qué no iba a serlo? –Sander se pasó una mano por el pelo, impaciente–. ¿Por qué lo estás complicando tanto?

–Porque no quiero que ninguno de los dos cometa un error –respondió Tally–. Cuando fui a tu oficina no parecías querer saber nada de mí.

–Pero ahora que he tenido tiempo para pensarlo, me doy cuenta de que el niño también es hijo mío.

–Pero estabas muy enfadado…

–Eso fue injusto por mi parte –admitió él.

–Ah, menos mal que lo reconoces.

–No usé preservativos, de modo que es tan culpa mía como tuya.

Tally lo pensó un momento.

–Si de verdad quieres casarte conmigo… si lo dices de corazón, de acuerdo –asintió finalmente, preguntándose por qué demonios se sentía tan inquieta. ¿Era porque le parecía demasiado bueno para ser verdad que Sander quisiera casarse con ella?

–Muy bien, entonces lo haremos lo antes posible –dijo él–. La semana que viene me vendría bien…

–¿La semana que viene? –repitió Tally–. No, imposible. Durante estas dos semanas tengo exámenes finales.

–No creo que tardemos mucho en organizar una ceremonia civil.

–Yo prefiero casarme por la iglesia, Sander. Pero podría ser una ceremonia discreta. Él apretó los labios en un gesto de impaciencia que no se molestó en disimular.

–Si tú lo dices… me da igual cómo sea la ceremonia mientras lo hagamos enseguida.

Tally había leído que los hombres no mostraban mucho entusiasmo por los preparativos de una boda. ¿Pero por qué tenía tanta prisa? Pasarían varios meses antes de que se le notase el embarazo… ¿le daba vergüenza casarse con una mujer visiblemente embarazada? No, no creía que le importasen esas cosas.

–Tal vez deberíamos pensarlo un poco –sugirió, su sentido común ganando al deseo de no dejar escapar aquella oportunidad.

Sander arrugó el ceño.

–Pero has dicho que te casarías conmigo.

–Sí, lo sé. Pero esto es algo muy serio y me preocupa que tengas tanta prisa.

Él dejó escapar un largo suspiro, mirándola con expresión retadora.

–No sé qué más quieres de mí.

Tally se preguntó si esperaba demasiado. Después de todo, ella quería su corazón y Sander no se lo estaba ofreciendo. Oleia parecía haber plantado un tacón de aguja en ese órgano cuando era muy joven y las mujeres con las que se había relacionado desde entonces sólo habían aumentado su cinismo y su desconfianza.

–Necesito saber que de verdad quieres formar una familia, que esto no es un impulso insensato que lamentarás dentro de unos meses.

Sander sonrió, irónico.

–¿De verdad me conoces tan poco? ¿O te sientes ofendida porque no he hecho una proposición de matrimonio a la vieja usanza?

–Tal vez eres tú quien no me conoce a mí –replicó Tally–. Sólo ha pasado una semana desde que dijiste que me guardase «mi charla» para quien quisiera escucharla –le recordó después, tomando su bolso, decidida a marcharse antes de tener otra discusión.

Impaciente y frustrado, Sander tiró de ella para apretarla contra su torso. –Dejemos de hablar, está claro que no nos lleva a ningún sitio. Vamos a la cama –sugirió.

Y el ardiente deseo que provocó esa invitación no dejó sitio sin tocar. Los pezones de Tally se endurecieron, sus pechos se hincharon y sintió un río de lava entre las piernas. Deseaba decir que sí con tal intensidad que tenía el monosílabo en la punta de la lengua porque sabía que el sexo aliviaría la tensión que había entre ellos y le permitiría estar cerca de él.

Necesitaba saber que Sander seguía encontrándola deseable porque sólo eso podía hacer que se sintiera segura sabiendo que no la amaba. Pero, a un nivel más racional, sabía que sería un error.

–No, creo que es mejor que me vaya a casa –respondió finalmente.

Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar el deseo que Sander despertaba en ella. No sabía cómo explicar sus conflictivas emociones, sólo sabía que no quería añadir un encuentro apasionado a tan frágil situación.

Temía que el sexo la hiciera sentirse utilizada porque lo que realmente quería de él eran palabras cariñosas. Y no tenía sentido esperarlas de Sander Volakis.

Sander se pasó una mano por el corto pelo negro, murmurando algo en griego que ella no entendió.

–Pensé que lo celebraríamos.

–En este momento, mis hormonas están enloquecidas –se disculpó Tally–. La semana pasada ha sido traumática para mí y necesito tiempo para pensar y, sobre todo, para estudiar. Dentro de poco tengo los exámenes finales...

–¿Cuándo vamos a fijar una fecha para la boda? –la interrumpió él.

–Hablaremos mañana –Tally se puso de puntillas para darle un beso en la cara. Quería que fuese un gesto de amistad, pero no sirvió de nada porque Sander sujetó su torrente de rizos con una mano para besarla con la intensidad de un relámpago. Aun así, tuvo fuerzas

para apartarse, llevándose una mano a la boca.

–¿Cuándo? –insistió él.

–En tres semanas –respondió Tally–. Nos casaremos en tres semanas, ¿de acuerdo?

Una vez solo, Sander se recordó a que en cierto modo había conseguido lo que quería. ¿Era demasiado cínico por su parte sospechar que Tally había decidido negarle su cuerpo hasta que tuviese una alianza en el dedo? ¿La chica natural y cándida que había conocido en Westgrave Manor estaría sólo en su imaginación? Era una sospecha deprimente.

De manera inusual, Crystal estaba despierta cuando llegó a casa y Tally decidió darle la noticia:

–Sander me ha pedido que me case con él. La boda será dentro de tres semanas.

El rostro de su madre se iluminó como si alguien hubiera encendido una bombilla en su interior y, en un raro momento de afecto, la abrazó.

–¡Eso es maravilloso, cariño! Será complicado organizarlo todo con tan poco tiempo, pero estoy de acuerdo en que esperar más sería absurdo. ¡Mira lo que me pasó a mí!

Tally contuvo el deseo de recordarle que ella había sido la culpable de la ruptura con Anatole Karydas.

–Si Sander cambia de opinión no se lo tendré en cuenta. El matrimonio es un paso muy importante.

–Y tener un hijo también. ¿Por qué iba a cambiar Sander de opinión? –exclamó Crystal, mientras sacaba una botella de vodka del armario.

–Seguramente pensarás que soy tonta, pero no quiero que sienta que tiene que casarse conmigo por el niño –dijo Tally.

–¿Y qué importa eso? Cariño, no puedo creer que lo hayas conseguido.

Tally frunció el ceño.

–¿Qué he conseguido?

–Has cazado a un multimillonario y vas a ser una respetable señora casada. ¡Yo no lo he conseguido nunca!

–Supongo que también se puede ser respetable siendo soltera, mamá –dijo Tally, irónica.

Pero su madre no estaba escuchando.

–Y tampoco tuve una gran boda, pero tú…

–Sander no quiere una gran boda y tampoco quiere que nadie sepa lo del niño todavía –la interrumpió Tally, deseando que no insistiera tanto en el tema del millonario–. La verdad es que me quedé muy sorprendida cuando me pidió que me casara con él y tengo miedo de que no lo haya pensado bien.

Crystal hizo un gesto con la mano. –Qué bobada. ¿Por qué siempre buscas problemas donde no los hay?

–No lo sé. Tal vez no me siento lo bastante guapa o lo bastante importante como para casarme con un hombre como Sander Volakis –le confesó, con su natural honestidad–. Sander es un hombre guapísimo, rico y…

–Y el padre de tu hijo –le recordó Crystal–, así que te mereces un anillo. ¿Por qué vas a tener que luchar toda tu vida para criar sola a tu hijo? El niño es de los dos.

–Muchas mujeres lo hacen.

–Tally, quiero que tengas lo que yo nunca tuve –afirmó su madre, con un brillo de emoción en los ojos.

Durante los días que siguieron, Tally se concentró en estudiar para los exámenes finales. Sander se había ido a Brasil en viaje de negocios y no la llamaba tan a menudo como a ella le gustaría pero empezaba a acostumbrarse.

Una vez que le dieron a Anatole la noticia de la boda, obviando el embarazo, y él confirmó que se encargaría de pagar las facturas a pesar de que no acudiría al enlace, Crystal se volvió loca.

Y cuando Tally se dio cuenta de que su madre estaba viviendo el sueño que para ella nunca se había hecho realidad, decidió dejarla hacer.

Crystal contrató a una conocida organizadora de bodas y se puso en marcha a partir de ese momento, elaborando la lista de invitados, preparando el banquete en un lujoso hotel, encargando flores exóticas y todo tipo de extravagancias, incluso la aparición de dos primas a las que Tally apenas conocía como damas de honor.

Ella intentó convencerla de que no necesitaba nada de eso, pero todo fue en vano. Aun así, no se le ocurrió que fuese un problema hasta que Sander apareció en su casa la semana anterior a la boda.

–¡No sabía que hubieras vuelto a Londres! –exclamó, nerviosa porque llevaba un pantalón de chándal y una camiseta vieja mientras que él llevaba un estupendo traje de chaqueta azul con una camisa de rayas.

Sander clavó sus ojos en ella, su expresión tensa.

–Pero aquí estoy.

–¿Qué ocurre?

–¡Mis padres han recibido una invitación para una boda de doscientas personas cuando ni siquiera sabían que iba a casarme! –exclamó él, airado.

–¿No se lo habías contado a tus padres?

–No es la clase de anuncio que uno hace por teléfono. Pensaba ir a Atenas esta misma noche para contárselo...

–Deberías habérselo contado hace dos semanas –replicó Tally, desmoralizada por esa admisión.

¿Por qué no le había dicho nada a sus padres? ¿Se avergonzaba de ella o sencillamente había intentado olvidar el hecho de que pronto sería un hombre casado con un hijo en camino?

–¡No me advertiste que fueras a montar un circo mientras yo estaba fuera de Londres! –replicó Sander–. Te dije que quería una ceremonia sencilla…

–¡Como no te has tomado el menor interés en nada que tuviese que ver con la boda y no me has hecho una sola pregunta las pocas veces que has llamado, no veo por qué te importa tanto de repente! –exclamó Tally, ofendida–. ¿Te das cuenta de que hace cinco días que no me llamas?

–¡Si crees que voy a estar llamándote a todas horas como si fuera un crío vas a llevarte

una desilusión!

–¿Qué? Lo que deberías hacer…

–¡No me digas lo que tengo que hacer!

–¿Alguien quiere café? –ofreció Binkie desde la puerta.

–No, gracias –respondió Sander con sequedad–. Tengo que volver a la oficina antes de irme a Atenas y dudo mucho que nos veamos antes de la boda.

Decepcionada, pero decidida a no demostrarlo, Tally se cruzó de brazos.

–No te preocupes, sobreviviré.

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Binkie.

Tally no contestó. Un sexto sentido le decía que algo iba muy mal, pero no quería reconocerlo. No quería preguntarse si debía casarse con un hombre a quien su boda le importaba un bledo.

En lugar de eso, escuchó a Binkie diciendo que pocos hombres tenían paciencia con la organización de una boda, que Sander estaba muy ocupado...

Y, cuando estaba más convencida de que iba a cometer un error casándose con un hombre que no mostraba el menor entusiasmo, le llegó un paquete por mensajero.

Sorprendida, Tally miró la firma de Sander en la tarjeta antes de rasgar el papel y sacar una caja de terciopelo. Cuando abrió la tapa, se encontró con un precioso solitario de diamantes.

Emocionada, se lo puso en el dedo antes de llamar a Sander, que estaba en el aeropuerto.

–Gracias, es precioso –le dijo.

–Deberías olvidarte de los exámenes y venir a Grecia conmigo –respondió él.

A Tally le habría encantado, pero era una persona responsable y sus estudios eran lo primero en aquel momento.

–Me encantaría, pero llevo cuatro años estudiando y quiero terminar la carrera.

Todo estaba bien entre ellos, se dijo mientras intentaba conciliar el sueño esa noche. El anillo había sido un bonito regalo, calculado para hacerla sentir… no estaba muy segura de cómo había querido Sander que se sintiera, tal vez más que una novia normal.

Tenía que dejar de preocuparse y concentrarse en lo que era realmente importante. Y lo realmente importante era que estaba a punto de casarse con un hombre del que estaba locamente enamorada y de quien esperaba un hijo, se recordó.

Capítulo 9

Tally había elegido su vestido de novia, sin hacer caso de su madre. Crystal había hecho lo que quería en todos los demás departamentos, pero Tally se había reservado el derecho de elegir el vestido sin intromisiones de nadie.

Por esa razón, el vestido no era ni el más caro ni el más elegante ni lo había elegido para que la gente lanzase exclamaciones de admiración durante la ceremonia.

Mientras que Crystal iba vestida de diseño de los pies a la cabeza, Tally había elegido un discreto vestido de encaje con una cola mínima que destacaba su voluptuosa figura. El velo corto y los adornos de piedrecitas en el pelo eran elegantes pero discretos también.

Aunque las damas de honor lanzaban frenéticamente pétalos de rosa al paso de la novia, su madre iba a su lado con un vestido plateado de escándalo y varias docenas de palomas blancas saldrían volando después de la ceremonia para conmemorar la ocasión, Tally se dirigía al altar con aparente calma. Sus exámenes habían terminado y era libre para disfrutar del día...

Pero su compostura desapareció al encontrarse con la helada mirada de los padres de Sander, que parecían estar en un funeral. Se le encogió el corazón al ver el brillo de desaprobación en sus ojos, y cuando Sander giró su hermosa cabeza para mirarla, ella lo recompensó con una sonrisa de alivio.

Sander tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, tuvo que reconocer, casi mareada por la emoción. En unos minutos, Sander Volakis sería su marido y ella apenas podía creer su buena fortuna.

Aunque apenas lo había visto desde el día que acordaron contraer matrimonio, sabía que había estado trabajando sin parar; una revista económica acababa de publicar un artículo sobre él, citando su inteligencia y astucia en los negocios y también que pronto se haría cargo de la naviera Volakis. Tally se había sentido tan orgullosa al leer ese artículo que se lo había enseñado a todo el mundo.

Sander vio el brillo en los ojos de su prometida y supo que era feliz… de hecho, estaba emocionada. Al menos, alguien estaba emocionado, pensó, irónico, recordando la bronca que había tenido con su padre, que prefería que cancelase la boda a última hora antes que casarse con una mujer a la que había descrito como «el secreto de Anatole Karydas».

Ni siquiera contarles que estaban esperando un hijo había logrado que sus padres se emocionasen. De hecho, su madre se había referido al niño como «el truco mas viejo del mundo».

Por otro lado, ni su padre ni su madre sabían que había sido chantajeado por Anatole Karydas para casarse con Tally, y a Petros Volakis no parecía preocuparle que el importantísimo contrato con TKR aún no se hubiera firmado.

Sander prefería que su familia no supiera nada sobre las amenazas de Anatole porque no tenía sentido revelar que estaba sacrificándose por ellos. Y, además, eso sólo serviría para que odiasen más a su mujer.

Los nervios y las hormonas hicieron que Tally se marease un poco en los escalones de la iglesia, donde los reporteros hacían fotos de los novios. Pero, afortunadamente, Sander la tomó por la cintura.

–¿Te encuentras bien?

–Un poquito mareada –admitió ella.

Pero cuando lo miró a los ojos, Tally tuvo una intuición: Sander no quería recordar que estaba embarazada y no quería que nadie lo supiera. O tal vez sólo era impaciencia, pensó, desesperada por encontrar una explicación razonable.

Era un hombre joven, lleno de vida y poco acostumbrado a debilidades. Además, habían pasado varias semanas desde la última vez que hicieron el amor y Sander tenía una libido poderosa.

Seguramente no sabría mucho sobre embarazos o sobre los cambios hormonales y físicos en una mujer. Y tal vez temía que se convirtiese en una persona frágil e intocable.

–Tienes que presentarme a tus padres –le recordó mientras entraban en la limusina–. ¿Saben que estoy embarazada?

–Sí, claro.

Tally intentó no pensar en ello, aunque en poco tiempo todo el mundo se daría cuenta.

–Es muy raro que no los conozca todavía.

–Entre tus exámenes y mi trabajo no ha habido oportunidad –Sander intentó disimular una mueca al ver que alguien soltaba un montón de palomas blancas–. Pero a partir de ahora será más fácil. Viviremos en Atenas durante unos meses.

Como no había mencionado eso hasta aquel momento, Tally lo miró, perpleja.

–¿Vas a hacerte cargo de la empresa de tu padre?

Él asintió con la cabeza.

–No puedo esperar más y la verdad es que no sé si quiero. La empresa pertenece a mi familia desde hace muchos años… aunque si mi hermano Titos no hubiera muerto, yo no habría tenido que hacerlo.

Tally había notado que nunca hablaba de su hermano.

–¿Cómo era Titos?

–Un tipo decente e inteligente, pero no tenía cabeza para los negocios. Nunca hubiéramos podido trabajar juntos, pero era una persona tan importante para mis padres que están como perdidos sin él.

–Pero siguen teniéndote a ti –dijo Tally.

Sander hizo una mueca.

–Titos era el hijo favorito. Su muerte los dejó destrozados y que yo viva sólo les recuerda lo que han perdido.

Ella frunció el ceño, sorprendida. ¿Por qué sus padres no los apreciaban?, se preguntó. Desearía abrazarlo en ese momento, pero se contuvo porque sabía que él no aceptaría su compasión.

Unos minutos después se hicieron las presentaciones en el hotel donde tendría lugar el banquete. Pero Petros Volakis y su alta y elegante mujer, Eirene, no se molestaron en darle la bienvenida a la familia.

El ambiente era tenso, pero Sander no parecía afectado en absoluto. De hecho, se alejó un poco para hablar con su padre, dejándola sola con su madre.

–Hablo algo de griego –empezó a decir Tally.

–Imagino que tu madre te enseñó todo lo que sabía –replicó Eirene, despreciativa–. Empezando por la lección más importante: cómo cazar un marido rico con un hijo inesperado. Aunque a ella no le salió bien, a ti sí.

Atónita por tan desagradable respuesta, Tally dio un paso atrás. Pero como ella no era una persona maliciosa, no se le ocurrió replicar en el mismo tono.

–Mi madre nunca aprendió griego...

–¿Ah, no?

Tally se apartó a toda prisa y Crystal la tomó del brazo.

–¿Qué te ha dicho esa bruja?

–Creo que podemos decir casi con toda seguridad que yo no estaba en su lista de candidatas a esposa de Sander.

–No te disgustes –intentó animarla su madre, aunque también ella se había puesto pálida.

Sander vio a Tally apartarse de su madre con expresión nerviosa. Estaba mordiéndose los labios en un gesto que ya conocía y que hacía cuando algo le había disgustado… y podía imaginar la razón.

La rabia que sintió en ese momento le sorprendió porque también él tenía serias reservas en cuanto a su flamante esposa. Sus padres se mostraban superiores y soberbios en una boda en la que había más brillos que buen gusto, pero que insultaran a su mujer era una afrenta inaceptable.

–Mi madre se ha dejado llevar –intentó explicar Tally, mirando el centro de flores con plumas en la mesa de los novios–. Yo debería haberlo impedido, pero la pobre lo estaba pasando tan bien…

–No importa –la interrumpió Sander, pensando que la natural bondad de Tally no se correspondía con su convicción de que había escondido deliberadamente la identidad de su padre para sacarla después como una pistola con objeto de llevarlo al altar.

¿Estaba enamorada de él?, se preguntó por primera vez. ¿Era por eso por lo que se había quedado embarazada?

Él no había usado preservativo, pero sólo cuando Tally le aseguró que no habría ningún problema porque tomaba la píldora. Si lo había atrapado por amor, ¿debería perdonarla?

Sander no tenía deseos de perdonar, de hecho se sentía como un animal salvaje enjaulado de repente.

Había perdido su libertad, pensó. Supuestamente, el matrimonio debería convertirlo en un hombre fiel y monógamo… aunque él nunca había sentido el deseo de ser ni lo uno ni lo otro.

El banquete seguía en todo su apogeo, pero los invitados de la novia y los del novio no se mezclaron en ningún momento. Los padres de Sander se marcharon en cuanto les fue posible, sin llamar la atención, y Tally se relajó un poco, incluso bailó con su marido. Sander apretaba su cintura y el delicioso aroma de su colonia masculina la hacía so-ñar…

Hasta que un dolor en el vientre hizo que se doblara sobre sí misma. Sin decir nada,

subió a la suite que habían reservado para los novios y allí, con el corazón encogido, descubrió que estaba sangrando un poco.

Consternada, se preguntó si estaría perdiendo el niño…

No sabía qué hacer, pero cuando llamó a Crystal su madre no perdió el tiempo y llamó a Sander de inmeditato. Y él, a su vez, llamó a un primo suyo que era médico.

–Tenemos que ir al hospital –dijo luego.

–¡Pero es nuestra noche de bodas! –protestó Tally.

–Estas cosas pasan –Sander se encogió de hombros, intentando tranquilizarla como le había indicado su primo.

Una hora y media después, Tally estaba en una clínica privada y el día de su boda había terminado. Crystal se quedó en el hotel para ejercer como anfitriona, pero la novia no había tirado el ramo, no había bailado con todos sus amigos ni se había despedido de ellos…

Sander estaba sentado en un sillón al lado de la cama, pensativo.

–Lo siento –se disculpó Tally.

Él se levantó bruscamente del sillón, pasándose una mano por el pelo.

–No seas boba, no es culpa tuya.

Tally tuvo que parpadear varias veces para controlar las lágrimas. –No tiene sentido que te quedes aquí. Vuelve al hotel y disfruta con tus amigos…

–Son las dos de la mañana –dijo él–. No puedo dejarte sola.

–¿Por qué no? Estoy a punto de dormirme y aquí no tienes nada que hacer.

Sander se encogió de hombros, en silencio, expresando en ese gesto una preocupación que no quería poner en palabras. El médico había dejado claro que no podían hacer nada. Si perdían el niño, lo perderían. No había cura ni magia posible.

Y no sabía qué sentía sobre la posible pérdida del niño, no quería pensar en ello. Su única preocupación en aquel momento era Tally. Sander quería que volviera a ser la misma chica alegre de siempre. La mujer pálida y llorosa que estaba en la cama le parecía una extraña.

–Los médicos te llamarían por teléfono si ocurriese algo –insistió ella–. Por favor, márchate… me sentiría mejor.

Finalmente, Sander se marchó, prometiendo que volvería a primera hora de la mañana. Pero cuando Tally miró el sillón vacío, sus ojos se llenaron de lágrimas. Desde luego, no era así como había soñado que sería su noche de bodas.

Suspirando, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la almohada, intentando decirle a su hijo que aguantase, como si sus buenos deseos pudieran solucionar el problema.

Cuarenta y ocho horas después, y aún embarazada, el sangrado terminó. Había sido una falsa alarma, aunque los médicos le dijeron que debía descansar.

Tally salió del hospital y fue directamente al aeropuerto, donde la esperaba el avión privado que los llevaría a Atenas. Sander estaba ya a bordo del avión y pasó la mayor parte del vuelo trabajando en su ordenador. La naviera Volakis, le contó, necesitaba una reorganización total e iba a tener que trabajar día y noche para solucionar los problemas.

El apartamento de Sander en la ciudad era claramente un apartamento de soltero; la

cocina era minúscula y en el salón había tantos aparatos electrónicos como en una tienda.

Sabiendo que su esposa no tendría nada que hacer cuando él estuviera en la oficina, Sander sugirió que visitara a su madre y que Eirene le presentaría a más gente. Así no se encontraría tan sola.

Tally intentó disimular una mueca. No estaba dispuesta a soportar más groserías de la señora Volakis, de modo que, en lugar de visitar a su suegra, compró un libro de cocina, decidida a impresionar a Sander.

Desgraciadamente, sus esfuerzos no fueron recompensados porque Sander trabajaba hasta muy tarde todas las noches y llegaba a casa cuando ella estaba dormida. Compartían el apartamento, pero no la había tocado desde que estuvo en el hospital, algo que sorprendía a Tally.

Una noche, mientras él se desnudaba para meterse en la cama, reunió valor para decírselo:

–¿Sander?

–Perdona, ¿te he despertado?

–No pasa nada, yo quería que me despertases. No te veo nunca…

–Ya sabes que tengo mucho trabajo –la interrumpió con cierta brusquedad.

Tally suspiró, apartando los rizos de su cara.

–Según mi ginecólogo, podemos hacer el amor sin ningún problema.

–Esta noche estoy cansado –dijo él, entrando en el cuarto de baño.

Tally se mordió los labios. Tal vez la amenaza de aborto le había asustado, por eso no quería mantener relaciones sexuales. No sabía qué otra razón podía haber.

Claro que tampoco sabía por qué Sander la dejaba fuera de su vida. Nunca le hablaba de su trabajo ni de lo que hacía durante el día o si tenía algún problema. Tenía la sensación de que estaba enfadado con ella, de que tras esa capa de civismo y amabilidad era como una bomba a punto de explotar.

¿Era su imaginación o Sander estaba evitándola? Pensó en su seriedad desde que llegaron a Atenas, en el antagonismo que había notado en sus silencios. No, Tally estaba convencida de que el enfado no era cosa de su imaginación.

¿Pero por qué estaba enfadado?, se preguntó. ¿Seguía dolido con ella por el inesperado embarazo? Había sido él quien le había propuesto matrimonio, de modo que… tal vez la realidad del matrimonio le parecía aburrida, frustrante para un hombre acostumbrado a cambiar de pareja a menudo. ¿O habría decidido que no quería estar con ella después de todo?

Poco antes, se habían reído de las mismas cosas, discutían sobre política o sobre cine y compartían una poderosa atracción sexual pero, de repente, cuando estaba a su lado cada noche, Sander decidía apartarse.

Tal vez estaba cansado, pensó. Después de todo, trabajaba muchas horas en la naviera Volakis y Tally sospechaba que su padre y él no se entendían en la oficina; eso debía de ser muy estresante para un hombre acostumbrado a dar órdenes y hacerse cargo de todo.

Al día siguiente, Tally le envió un mensaje de texto invitándolo a cenar en casa a las ocho

y luego, olvidando sus inhibiciones, fue a comprar un conjunto de ropa interior muy sexy que volvería loco a cualquier hombre de sangre caliente.

Poco antes de las ocho, encendió las velas y se miró al espejo, un poco avergonzada por su atuendo. Aunque no sabía si podía llamar «atuendo» a un conjunto de braguita y sujetador de seda casi transparentes, zapatos de tacón, medias con liguero y un picardías que revelaba más de lo que escondía.

A Sander no le quedaría duda de que aquello era una invitación y, en cierto modo, su orgullo se resentía por tener que ser ella quien diera el primer paso.

Pero lo importante era que amaba a Sander y esa simple verdad anulaba cualquier otra consideración.

No podía seguir así indefinidamente, preguntándose qué le ocurría a su marido. Si Sander quería recuperar su libertad, lo mejor sería descubrirlo cuanto antes.

Sus padres, Crystal y Anatole, se odiaban tanto que no podían estar en la misma habitación, pero Tally estaba dispuesta a hacer lo imposible para mantener una relación civilizada con su marido… fuese cual fuese el resultado de su matrimonio. Su hijo no sufriría lo que ella había tenido que sufrir de pequeña.

Tally sacó la cena del horno, temiendo que se enfriase porque los minutos pasaban y Sander no aparecía. A las ocho y media empezó a preocuparse y a las nueve, sin noticias de su marido, estaba al borde de las lágrimas.

No se había sentido más sola en toda su vida y, furiosa, tiró la cena a la basura y se refugió en la habitación.

Sander entró en el apartamento a las dos de la madrugada. Había pasado gran parte de la noche bebiendo vodka con un grupo de empresarios rusos con los que acababa de firmar un lucrativo contrato y estaba increíblemente sobrio pero casi borracho de agotamiento.

La luz de la cocina estaba encendida y, al ver los platos en el fregadero, hizo una mueca. Durante esas semanas, mientras intentaba mantener a flote el negocio familiar, casi había olvidado que estaba casado.

Mientras sacaba de la nevera un cartón de zumo de naranja, recordó que Tally le había enviado un mensaje invitándolo a cenar…

Pero había apagado el móvil cuando llevó a los rusos al club. Tenía intención de llamar para decirle que llegaría tarde, pero lo había olvidado por completo.

Murmurando una palabrota, pasó por el comedor, donde la mesa seguía puesta, las velas que Tally había debido de encender para la ocasión casi consumidas, goteando cera sobre el mantel...

Sander miró los restos de la cena a la que no había acudido con un nudo en la garganta.

Tally despertó bruscamente al oír ruido en la cocina.

Sander estaba en casa. Se había molestado en pasar por su casa, pensó, irónica.

Cuando iba a saltar de la cama se sorprendió al descubrir que seguía llevando los zapatos… se había quedado dormida sobre el edredón después de llorar hasta que no le quedaron lágrimas.

Apartando los rizos de su frente, se dirigió al salón, dispuesta a tener una seria charla con su marido.

Sander se quedó atónito al ver lo que llevaba puesto. Tally nunca usaba ropa interior sexy pero esa noche había tirado la casa por la ventana. Sus preciosos pechos prácticamente se salían del escote del sujetador y aquella especie de camisón corto apenas ocultaba sus muslos…

Su cuerpo reaccionó de manera involuntaria, con el ansia de un hombre que había contenido su apetito sexual durante semanas.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la mirada de aquellas deliciosas curvas.

–Te debo una disculpa, *moli mou*. Debería haberte llamado por teléfono –empezó a decir, mirando unos ojos verdes llenos de ira.

Capítulo 10

Esas palabras eran demasiado poco y demasiado tarde para Tally, que había sufrido su abandono en silencio. No había exigido nada, no le había pedido explicaciones, no se había quejado. Al contrario, había intentado ser una esposa comprensiva con un marido que trabajaba largas horas… por humillante que fuese el hecho de que no pareciera quererla o desearla en modo alguno.

No se sentía como una esposa y Sander no la trataba como tal. Ni siquiera había intentado pasar un rato con ella los fines de semana, ni le preguntaba qué hacía todos los días, si había hecho amigos en una ciudad en la que estaba sola…

Cosima no había acudido a su boda ni había contestado al mensaje en el que le daba el número de su móvil, dejando claro que no quería saber nada de ella aunque ahora vivieran en el mismo país.

Sander no podía haber dejado más clara su falta de interés y, de repente, Tally no podía creer que hubiera tolerado esa indiferencia durante tanto tiempo.

–Me debes algo más que una disculpa por el último mes. Me debes una explicación –le dijo.

Sander levantó una ceja.

–¿Una explicación?

Tally lo miró, sus ojos verdes llenos de furia.

–Me has tratado como si fuera invisible desde el día de la boda… no, desde antes de la boda. ¿Por qué demonios querías casarte conmigo si pensabas portarte así? ¿Para qué tanta insistencia?

Sander dejó escapar un suspiro de agotamiento. –Estoy demasiado cansado como para discutir ahora. Hablaremos mañana…

–No, mañana probablemente no te veré –lo interrumpió–. ¿O no te has dado cuenta de que te marchas al amanecer y vuelves a las dos de la mañana?

–No estoy de humor para discusiones…

–¡Me da igual de qué humor estés! –volvió a interrumpirlo–. ¡Tengo derecho a saber dónde estoy! ¡Tengo derecho a preguntar por qué demonios te has casado conmigo cuando no pareces querer una esposa!

Sander la miró con expresión sarcástica.

–Será mejor que no hablemos de eso.

–¿Por qué no?

–¡Porque no te gustaría la respuesta! –replicó él, sin pensar, su temperamento y el cansancio pillándolo desprevenido.

Estaba agotado y lo único que quería era dormir. Incluso el suelo de madera le parecía invitador en ese momento.

–¿Por qué no me gustaría?

–Déjalo, Tally –Sander suspiró de nuevo, pasando a su lado para entrar en el dormitorio.

–¿Y qué pasa si no lo dejo? –insistió, siguiéndolo de cerca.

–Que desearás haberlo hecho, te lo aseguro –contestó él mientras se quitaba la chaqueta–. Mira, admito que tienes derecho a quejarte. Hasta ahora no he sido el más considerado de los maridos, pero esta noche no es el mejor momento para hablar de ello porque estoy exhausto. Llevo horas intercambiando anécdotas con un par de empresarios rusos que podrían beberse el Volga y seguir en pie.

–No puedes decir algo así y luego negarte a explicar a qué te refieres.

–No hay nada que explicar –insistió Sander, mientras se quitaba la corbata.

–¡Quiero saber por qué te casaste conmigo!

–No porque te pongas a gritar a las tres de la mañana exigiendo respuestas voy a decírtelo –dijo él, irónico.

–Quiero saber la verdad. Es obvio que sólo te casaste conmigo porque estoy embarazada.

Sander hizo una mueca.

–Mañana, Tally…

–¡No, ahora! –insistió ella–. Tú has controlado esta relación desde el principio, pero ahora es mi turno. ¿Por qué me pediste que me casara contigo?

De repente, Sander sintió una rabia tan incontenible que no pudo controlar sus palabras.

–¡Porque tu padre amenazó con hundir la naviera Volakis si no lo hacía!

Sorprendida por una respuesta que no esperaba en absoluto, Tally parpadeó.

–¿Cómo? ¿Mi padre te ha amenazado…? ¿Cuándo? ¿Tú... le dijiste que estaba embarazada?

–No, yo no le dije nada.

–¿Entonces quién..?

–No lo sé. Pensé que habías sido tú, tu madre o incluso tu hermanastra… alguien le contó a Anatole lo del embarazo, eso desde luego. Tu padre estaba furioso y fue a mi oficina exigiendo que me casara contigo.

–¿Pero qué podía hacer él contra ti?

–Me amenazó con hacer que la naviera Volakis perdiese un contrato fundamental para su supervivencia. Tu padre es un hombre muy influyente en el mundo de los negocios y tiene relaciones con gente muy importante…

–Yo no se lo conté –dijo Tally, incrédula–. Y Cosima no sabía que estuviera embarazada, de modo que tuvieron que ser tus padres… o mi madre. Pero me asombraría que se lo hubiera contado mi madre porque nunca habla con Anatole.

–Mis padres no han dicho nada, de modo que tiene que haber sido ella. Pero la verdad es que yo creía que habías sido tú quien se lo contó para que me presionara –Sander hizo un gesto con las manos–. Me alegro de que no sea así.

Por fin, Tally entendía por qué estaba tan enfadado y se sintió tan herida que no podía mirarlo siquiera.

Su padre lo había chantajeado para que se casase con ella.

Era tan horrendo, tan incomprensible, que sintió como si la hubieran golpeado en el estómago, dejándola sin aire. Era increíble que un padre al que apenas conocía pudiese tener tanto poder como para amenazar a Sander. Pero también le sorprendía que a Anatole le

hubiese importado su futuro hasta el punto de presionar al padre de su hijo para que se casara con ella. De hecho, no tenía ningún sentido.

–Mi padre no me quiere, nunca se ha preocupado por mí –le contó–. Me ha pasado una pensión desde que era pequeña porque un juez lo obligó a hacerlo, pero nunca ha querido verme. De hecho, no reconoce nuestra relación públicamente y ni siquiera vino a la boda, aunque corrió con todos los gastos. De modo que no entiendo por qué te forzó a casarte conmigo.

–Era una cuestión de principios para él. Que estuvieras embarazada y soltera era una afrenta a su dignidad –le explicó Sander–. A Anatole Karydas le importa mucho su imagen.

–Sólo estaba salvando su reputación... –murmuró Tally–. ¿De verdad tenía poder para hundir la naviera Volakis? Yo no sabía que fuera tan importante.

–Con una sola palabra en el sitio adecuado podría haberse cargado un contrato que era primordial para la empresa de mi familia. Desgraciadamente, mi hermano dejó la empresa en muy mala situación… aunque yo lo he descubierto después de la boda. Mi padre hace negocios a la antigua, no entiende que los mercados se mueven ahora de manera diferente –admitió Sander–. Si yo no fuera tan orgulloso le habría ofrecido mi ayuda mucho antes pero, tristemente, hizo falta que tu padre me amenazase para que me diera cuenta de la importancia de los lazos de sangre.

Pero Tally no estaba escuchando ese discurso. La sorpresa había hecho que se le cerrara el estómago, y le sudaban las manos. Y cuando se miró al espejo pensó lo triste que era llevar un conjunto de ropa interior sexy para atraer a un hombre que evidentemente no la quería.

A toda prisa, entró en el dormitorio para vestirse. Qué ironía que tuviese que darles las gracias a sus padres por aquella humillación...

Entonces recordó la actitud de su madre cuando le contó que Sander le había pedido que se casara con él. No había parecido sorprendida en absoluto. Al contrario, se había mostrado triunfante, feliz. Sin duda, era ella quien le dio a Anatole la noticia de su embarazo. Seguramente porque sabía cuánto le enfadaría que la historia fuera a repetirse en la siguiente generación.

Tal vez su padre había temido que su relación con ella fuera expuesta públicamente, junto con la noticia de que estaba embarazada de otro magnate griego. Fuera cual fuera la razón, Anatole había forzado a Sander a casarse con ella amenazando el futuro de la naviera Volakis.

No había manera de olvidar un golpe tan devastador, pensó Tally. Sander había sucumbido al chantaje para proteger los intereses de su familia…

¿Por qué no había sospechado que ocurría algo?

El contraste entre su reacción cuando le dio la noticia del embarazo y su comportamiento una semana más tarde, cuando le pidió que se casara con él, era tan enorme que no podía entender por qué no le había hecho más preguntas.

¿Cómo podía haber sido tan ingenua?

La triste verdad era que Sander había dicho lo que ella quería escuchar y por eso había confiado en él. La gente rara vez quería matar al portador de buenas noticias.

–Tally… –Sander la miró con el ceño fruncido–. ¿Estás bien?

Ella irguió los hombros y levantó la barbilla, intentando disimular que tenía roto el corazón.

–Claro que sí.

Pero no era verdad. Estaba pálida y temblaba como si tuviera frío… y Sander se sintió horriblemente culpable, maldiciéndose a sí mismo por haberle contado la verdad empujado por el rencor. Por supuesto que estaba disgustada. ¿Cómo no iba a estarlo?

Suspirando, tomó su mano para sentarla al borde de la cama.

–Pareces tan agotada como yo. Y es demasiado tarde para hablar de esto… hablaremos mañana, ¿te parece? –le dijo–. Voy a ducharme y luego me iré a la cama.

Tally asintió como una marioneta pero en cuanto la puerta del baño se cerró, se levantó de un salto para entrar en el vestidor.

Abriendo cajones a toda prisa, guardó en su bolsa de viaje algo de ropa y las cosas que no quería dejar atrás. Las lágrimas rodaban por su rostro y tenía el corazón encogido cuando cerró la cremallera, pero se relajó al escuchar el grifo de la ducha.

Poniéndose una chaqueta, salió del apartamento y bajó en el ascensor hasta el portal.

Su matrimonio, aunque apenas podía llamarse así, se había roto por completo y no había nada más que decir. Sander no la amaba. Incluso había sospechado que ella había utilizado a su padre para obligarlo a casarse.

La desconfianza de Sander era lo único que podía hacerle abandonar ese matrimonio; ésa era la gota que colmaba el vaso.

Todo lo que él había dicho cuando le pidió matrimonio era mentira. Evidentemente, sólo lo había dicho para proteger la naviera Volakis de las amenazas de su padre.

El guardia de seguridad del edificio paró un taxi con destino al aeropuerto y, mientras el coche atravesaba las calles iluminadas por farolas, Tally se preguntó cómo iba a vivir en un mundo en el que ya no estaba Sander.

No debería amarlo cuando él no la amaba, pero había dejado de intentar explicarse a sí misma el sentimiento que había experimentado desde el día que lo conoció. No había sido feliz viviendo con él, pero sabía que sería aún más infeliz sin él. Al menos, mientras estaban juntos existía la esperanza de que las cosas mejorasen.

Pero ahora… Tally veía delante de ella un túnel oscuro y solitario y no había una luz visible al final.

Cuando llegó al aeropuerto, dejó escapar un suspiro de angustia. Había olvidado la huelga de pilotos en Grecia… la terminal estaba llena de gente y las colas eran interminables. Después de una larga espera, descubrió que tardaría horas en embarcar, pero no tenía sentido ir a un hotel.

Estaba mirando el escaparate de una de las tiendas para pasar el rato cuando levantó la cabeza y vio a Sander al otro lado de la terminal, mirándola fijamente.

Después de contarle la verdad a Tally, Sander se sentía menos desconfiado, menos tenso. En realidad, era como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

Después de ducharse, había vuelto al dormitorio más relajado, pensando que podrían hablar con tranquilidad, pero al ver que Tally no estaba en la habitación miró en el salón y en la cocina... donde tampoco la encontró.

Sorprendido, volvió al dormitorio y notó que faltaba una ranita de jade que Tally tenía siempre sobre la cómoda. Era su «rana de la suerte», un amuleto que solía llevar consigo en ocasiones importantes.

Preocupado, Sander entró en el vestidor y vio varios cajones abiertos…

Tally se había marchado.

No podía creerlo, no quería creerlo. Tally poseía una cualidad que siempre había admirado: la sensatez. Era una persona cabal, no una chica impulsiva dada a montar escenas o hacer tonterías.

«Hasta que le has dicho que su padre te obligó a casarse con ella».

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había esperado demasiado.

Recordaba su vida en Londres con Tally, una vida divertida, llena de risas, con ella siempre interesada por lo que hacía a diario.

Y se dio cuenta de que no había más recuerdos, nada que le interesase. Había pasado de las fiestas y la procesión de novias a estar casado. Había ido de una cosa a otra sin darse cuenta, sin que le importase, sin echar nada de menos. Incluso había empezado a pensar de vez en cuando en el niño…

Sander tiró la toalla sobre la cama y se vistió a toda prisa. Pero antes de salir del apartamento abrió un cajón de la cómoda y sacó algo que había comprado esa semana. Era insignificante y no tenía valor económico; una compra impulsiva que debería ser un símbolo de futuro.

El guardia de la puerta lo miró y, sin que Sander tuviese que preguntar, le dijo adónde había ido su mujer mientras paraba un taxi.

Por un momento, Sander pensó decirle que él iba a otro sitio, pero no lo hizo. ¿Para qué? ¿A quién iba a engañar?

Se había acostumbrado a ver a Tally en su casa, pensó, sintiendo algo parecido al pánico. Las velas alrededor de la bañera, los cojines de colores en el sofá de piel, los mensajes de texto, largos y conmovedores, que lo hacían sonreír por muy ocupado que estuviera.

Tally era su mujer.

Qué curioso que no hubiera querido pensar en ella de ese modo hasta ese momento, cuando podría ser demasiado tarde. ¿La había tratado como si fuera invisible?, se preguntó. Sí, seguramente tenía razón, tuvo que admitir.

Pero había notado su presencia en su vida a todas horas: el aroma de su perfume, el jabón de manzana que tanto le gustaba, su pasión por las nueces y la música que sonaba en el estéreo del dormitorio mientras él veía las noticias, luchando contra la tentación de ir con ella. Tal vez si hubiera luchado menos contra esa tentación, su mujer no se habría marchado.

Las mujeres no solían dejarlo y mucho tiempo atrás había entendido por qué la traición de Oleia lo había herido tanto cuando era un crío. Él adoraba a Oleia Telis, pero enamorarse de ella lo había convertido en un tipo aburrido, posesivo y pesado.

El amor nunca le había hecho ningún favor, por eso siempre había intentado que sus relaciones fuesen temporales, sin ataduras.

Sus recuerdos de infancia eran turbadoras imágenes de su madre apartándolo cuando iba a darle un abrazo. Los rechazos habían sido continuos y, sin embargo, su hermano no

había recibido el mismo trato. Por eso, Sander había aprendido pronto a ser independiente, mientras aprendía también a unir amor con dolor y debilidad.

–Tally…

Paralizada, Tally miró la alta y poderosa figura masculina. Estaba sorprendida porque no había esperado que fuese tras ella. Y, por una vez, su reputación de hombre elegante estaba en peligro. Sander llevaba unos vaqueros gastados, una camisa arrugada y una chaqueta negra. Tenía una marcada sombra de barba y su pelo negro estaba despeinado…

–¿Qué haces aquí?

Él se pasó una mano por el pelo.

–¡Estás aquí! –exclamó, como si eso lo explicara todo.

–¿Por qué me has seguido? –insistió ella.

–Mira, no podemos hablar aquí –dijo él, pasándole un brazo por la cintura–. Vamos a tomar un café y…

–¿No te has dado cuenta de que hay huelga en el aeropuerto? Todo está lleno de gente, no hay sitio en ninguna parte –protestó Tally, apartándose–. Además, no creo que tengamos nada que hablar. Después de lo que me has contado, nuestro matrimonio es nulo.

–¿Cómo puede ser nulo? ¡Vas a tener un hijo mío!

Tally se quedó desconcertada por esa respuesta. Sander jamás había mencionado su condición, ni siquiera la había acompañado al ginecólogo…

Notó que sus ojos se habían oscurecido mientras la llevaba a uno de los cafés del aeropuerto y lo observó, asombrada, mientras se acercaba a una pareja de chicos y sacaba la cartera del bolsillo para comprarles el asiento.

–Dame cinco minutos –le suplicó.

«Vas a tener un hijo mío».

¿Por fin lo había entendido?

Tally, una persona leal por naturaleza, había tenido que convencerse a sí misma de que estaba haciendo lo correcto al hacer la maleta y desaparecer de su vida. De hecho, había creído que sería un alivio para Sander que lo dejase sin montar una escena. Y, por supuesto, jamás imaginó que iría tras ella.

Sander se acercó a la barra y, un minuto después, volvió con una taza de té para ella y un café solo para él. La ansiedad en sus ojos dorados era palpable.

–No entiendo qué estamos haciendo aquí –empezó a decir Tally–. Sería más fácil que me dejases ir…

–No puedo dejarte ir –la interrumpió él.

Tally lo miró, atónita.

–¿No puedes dejarme ir? Durante el último mes te has comportado como si yo no existiera aunque vivíamos bajo el mismo techo –le recordó. –No lo he hecho a propósito. Yo no soy como tú… no pienso tanto las cosas.

–¿Qué quieres decir?

–Que no te he hecho sufrir premeditadamente –Sander clavó en ella unos ojos llenos de anhelo–. Estaba tan enfadado…

–Lo sé y lo comprendo. Lo que no comprendo es por qué mi padre te obligó a casarte conmigo.

–Estaba furioso y la naviera Volakis estaba a punto de hundirse… –siguió él mientras tomaba un sorbo de café.

–Pero imagino que el contrato con el que mi padre te amenazó ha salido adelante.

–Sí, el contrato ha salido adelante pero me temo que eso es sólo la punta del iceberg. Me daba miedo que fuese demasiado tarde y no sabía si podría salvar la compañía –le confesó Sander, como si le arrancaran cada palabra de esa confesión–. Así que no estaba pensando en nuestro matrimonio durante estas últimas semanas.

Tally lo entendió, de verdad. Los negocios eran lo primero para él cuando su padre lo forzó a casarse con ella y los negocios seguían siendo lo primero cuando descubrió que tal vez no podría salvar la compañía a pesar de haber sacrificado su libertad.

El móvil de Sander sonó en ese momento y él contestó brevemente en griego antes de guardarlo en el bolsillo de la chaqueta.

–Vamos –dijo después, tomando su maleta.

–¿Adónde?

–He reservado habitación en un hotel cercano. Esto… –Sander miró el bar lleno de gente–. Esto es imposible. Aquí no podemos hablar.

Tally tenía que admitir que la cafetería de un aeropuerto no era el mejor sitio para solucionar sus problemas, pero tampoco quería ir a un hotel con él.

–No creo que tengamos nada que decirnos –protestó, intentando seguir sus pasos.

Cansado de hablar, Sander se detuvo para tomarla entre sus brazos y buscar sus labios en un beso cargado de pasión.

El beso provocó sensaciones de tal intensidad que Tally empezó a temblar. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la había tocado que no pudo contener un gemido de placer al notar el roce de su lengua… y la perspectiva de una unión mucho más íntima hizo que un río de lava corriera entre sus piernas.

–Sí… sí, necesitamos hablar –dijo abruptamente, pensando que usar la habitación del hotel para algo más básico sería mucho más natural en aquel momento–. Pero eso es todo. Sólo vamos a hablar.

Sabía que era una locura dejar que Sander la llevase a un hotel, pero se movía casi como un autómata, rezando para que él tuviese algún argumento, para que la convenciera.

Tenía su billete de vuelta a Londres en el bolso y, por el momento, no había nada que le impidiera tomar ese avión, se recordó.

En el hotel, descubrió que Sander había reservado una suite porque era la única habitación libre que quedaba.

–Sé que has intentado salvar la naviera Volakis, pero no me has contado nada durante todo este tiempo, como si yo no estuviera allí, como si no compartieras tu vida conmigo –empezó a decir Tally–. ¿Cómo va a haber un futuro para este matrimonio si no compartes conmigo algo tan importante?

–Es fácil compartir cuando las cosas van bien, pero cuando es al contrario… hablar de

ello me hace sentir débil –Sander se encogió de hombros, incómodo–. Y no me gusta sentirme así.

–¿Entonces sólo vas a darme buenas noticias? Eso es ridículo… –Tally se dio cuenta de algo entonces–. Creías que yo había presionado a mi padre para que te chantajease.

Él negó con la cabeza.

–Lo creía, sí, pero en cuanto he visto tu cara me he dado cuenta de que no era verdad.

–¿Pero cómo pudiste pensar que yo era capaz de tal cosa?

–Culpa al mundo en el que vivo, *moli mou*. Mis competidores usan cualquier arma que tengan a su disposición para sacar ventaja.

–Pero yo no soy así –replicó ella.

–Y yo lo creía, pero entonces te quedaste embarazada y empecé a tener dudas. El chantaje de tu padre me hizo dudar aún más, pero no podía arriesgarme a discutir contigo antes de la boda.

Con cierta reticencia, Tally aceptó que no había podido ser sincero con ella en ese momento. Pero tenía tantas preguntas que hacerle…

–¿Por qué has venido a buscarme entonces? ¿Por qué no me has dejado marchar?

–¡Porque no puedo! –exclamó él–. Pensé en mi vida antes de conocerte y la verdad es que no echo nada de menos. No quiero mi libertad, quiero que te quedes conmigo.

–Te sientes mal por lo que ha pasado. Creo que es tu conciencia…

–No, no es eso. Si hubiera pensado que sería más feliz sin ti, no estaría aquí –respondió Sander–. No soy tan tonto.

Tally se dejó caer sobre un sillón.

–Tú no me quieres. ¿Para qué voy a quedarme?

Sander estudió su firme aunque pequeña figura, preguntándose cómo iba a explicarle por qué la quería a su lado cuando no podía explicárselo a sí mismo.

Tally levantó la cabeza entonces, los rizos del color de la mermelada de melocotón acariciando su cara…

Murmurando una palabrota, Sander levantó las manos en un gesto de frustración.

–Yo no sé lo que es el amor, pero hay muchas otras cosas que puedo ofrecerte, *pedhi mou* –anunció, con vehemencia–. Estaré a tu lado cuando te encuentres sola, asustada o enferma. No habrá ninguna otra mujer en mi vida. No dejaré que el negocio se interponga entre nosotros de nuevo. Buscaré tiempo para que estemos juntos… serás el centro de mi universo y te juro que te daré a ti y al niño todos los caprichos…

Hablaba con emoción y el brillo de sus ojos le decía que era sincero. Tally estaba impresionada y absolutamente conmovida.

–Nunca mencionas al niño –le reprochó.

Sander sacó del bolsillo de la chaqueta.

–Lo compré hace unas semanas. Lo vi en un escaparate…

Tally tomó el trenecito de colores con los ojos húmedos. Era un juguete con varios componentes diminutos y sería muy peligroso para un recién nacido. Pero Sander, por

supuesto, no tenía ni idea. Y en ese caso, lo importante era la intención.

–Las chicas también pueden jugar con trenecitos.

–Pues claro –asintió Tally.

«Serás el centro de mi universo».

Eso y una promesa de fidelidad serían suficiente para ella, pensó. El amor debería ser la guinda del pastel, el amor haría que todo fuese perfecto. Y, aunque sabía que no iba a ser fácil, aún no había perdido la esperanza. Tal vez algún día Sander se enamoraría de ella…

Él la abrazó entonces casi como si quisiera dejarla sin oxígeno y ese abrazo dijo mucho más que sus palabras.

–Quiero que seas mi mujer, Tally. Quiero que seas algo permanente en mi vida, *pedhi mou*. Y te prometo que no lo lamentarás.

–Será mejor que no –le advirtió Tally cuando logró controlar las emociones que paralizaban sus cuerdas vocales. Y, al ver un sospechoso brillo en los ojos dorados de Sander, se dio cuenta de que también él estaba intentando controlarlas–. Pero tendrás que portarte bien.

Sander sonrió mientras la tomaba en brazos.

–Por supuesto que sí.

–Espero acción en el dormitorio todas las noches –siguió diciendo Tally, un poco avergonzada pero decidida.

Y la broma fue recompensada con una sonrisa.

–Si supieras cuánto me ha costado mantener las distancias… pero cada vez que sentía la tentación pensaba en el chantaje de tu padre y eso me ponía furioso.

–Pero ya no estás furioso –dijo Tally, acariciándole la cara mientras él la dejaba sobre la cama.

Sander se quitó la chaqueta para tumbarse a su lado. Tenía el corazón acelerado pero, poco a poco, notaba que la tensión, el peso que había llevado sobre los hombros desde que se casaron, desaparecía.

–Tengo una casa en el sur de Francia. Era de mi hermano Titos y me la dejó en su testamento –empezó a decir, apartándole el pelo de la cara–. Nunca hemos tenido una luna de miel y creo que es hora de remediar eso, *pedhi mou*. Al menos, podemos estar allí un par de semanas y empezar de nuevo…

–Podemos empezar aquí mismo –lo interrumpió ella, poniendo una mano sobre su corazón–. No me importa dónde estemos, sólo que estemos juntos… en cuerpo y alma.

Sander levantó su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos, maravillándose de su optimismo y experimentando una sensación de paz que era nueva para él.

–A mí sí me importa. El último mes ha sido un borrón de papeleos y reuniones –hizo una pausa–. He sido un egoísta… soy un egoísta, *matia mou* –concluyó, en tono de apesadumbrada advertencia.

–Yo sabía que no eras perfecto cuando me casé contigo, pero firmé un contrato que me une a ti para siempre… –dijo Tally en voz baja, con lágrimas en los ojos.

–No te rindas, *moli mou*. No me descartes. Puedo aprender, puedo hacerlo mejor.

Ella puso un dedo sobre sus labios.

–No es una competición.

–La competición saca lo mejor de mí.

Tally estuvo a punto de decir que lo amaba, pero sabía que las declaraciones de amor siempre exigían una respuesta y no quería hacerle eso. Sander había dicho con toda sinceridad, con toda honestidad, que no sabía nada del amor pero que le importaba y que cuidaría de ella. Y Tally se prometió a sí misma que eso sería suficiente para hacerla feliz.

Cuando Sander la besó, ella tembló por dentro y por fuera, su cuerpo despertando a la vida después de un largo mes de frustración.

–Los dos estamos cansados…

–Pero yo no podré dormir hasta que sepa que eres mía otra vez –le dijo él, quitándole la ropa con sumo cuidado mientras se quitaba la suya a toda prisa.

Fue un encuentro dulce, tierno, y cuando Tally llegó al orgasmo conoció una felicidad que la hizo llorar. Sander la apretó contra su corazón, bromeando sobre lo emocional que era mientras, en secreto, apreciaba su humanidad y su ternura.

Tally era todo lo que quería, y después de haberla recuperado estaba decidido a hacer lo que tuviera que hacer para no perderla de nuevo.

–Duérmete –le dijo, al ver que bostezaba.

Tally cerró los ojos y se quedó dormida entre sus fuertes brazos, el miedo al futuro superado por completo.

Cuatro meses después, Tally terminó de colgar nuevas cortinas en el salón de la casa del sur de Francia que habían convertido en su hogar… y se llevó una mano a los riñones, suspirando de alivio.

Había tenido que trabajar mucho para convertir la casa del hermano de Sander en un sitio cómodo y presentable. Titos la había comprado como una inversión pero nunca había tenido tiempo de arreglarla.

Tally se había enamorado de la vieja granja que estaba pidiendo a gritos la mano de un decorador y, habitación por habitación, había ido amueblándola y dejando su sello en cada estancia.

–Sander dice que no deberías subirte a la escalera –la regañó Binkie desde la puerta.

Tally se mordió los labios para disimular una sonrisa. La costumbre de Sander de dar órdenes era lo que Binkie esperaba pero a ella la hacía reír.

Afortunadamente, su antigua niñera había decidido irse con ella a Francia cuando Crystal decidió que ya no necesitaba sus servicios en Londres.

Tally no había visto mucho a su madre desde que se fue a vivir con su último novio, Roger, un empresario viudo que residía en Mónaco, y tampoco sabía nada de su padre, Anatole. Aunque no esperaba que eso cambiase.

–Sólo he subido dos peldaños para colgar las cortinas.

–Estás embarazada, tienes que cuidarte –insistió Binkie–. Deberías haberme pedido

ayuda. O a Marcel.

Tally se limitó a sonreír al recordar la respuesta de Marcel, el jardinero, cuando le pedían que hiciera algo dentro de la casa, un sitio que no consideraba su territorio. Y no pensaba dejar que Binkie se subiera a una escalera a su edad. Estaba embarazada de seis meses, pero se encontraba perfectamente.

Se pasó una mano por el abultado abdomen y sonrió de nuevo al notar que el niño se movía dentro de ella. Cuando se quedaba quieto y no lo sentía, se preocupaba.

Su hijo no había nacido aún, pero Tally lo quería con toda su alma. En la última ecografía había descubierto que era un niño y estaba encantada. Aunque, en realidad, le daba igual que fuese un niño o una niña, sólo rezaba para que naciese sano.

La mayoría de los días se dedicaba a arreglar la habitación que había preparado para él, que ya había decorado y amueblado en tonos limón y azul. Estaba deseando que su hijo llegase al mundo y apenas recordaba un tiempo en el que le había preocupado el compromiso de Sander con ese embarazo.

Sander había cumplido sus promesas, tuvo que reconocer Tally, contenta al pensar que el marido al que adoraba volvería de su viaje a Atenas esa noche.

Desde ese día cuando fue a buscarla al aeropuerto, su matrimonio se había reforzado y, tal y como Sander había prometido, la había convertido en el centro de su universo. Compartía con ella sus problemas y sus frustraciones… que eran muchas, porque no se llevaba bien con su padre. Además, la naviera Volakis seguía teniendo serios problemas.

Durante gran parte de la semana, Sander llevaba desde allí la compañía y el consejo de administración había reconocido su talento dándole un voto de confianza que había enfurecido a su padre.

Disfrutaban de la relajada vida en el sur de Francia, donde ella hacía de anfitriona para sus amistades. Y ya no le intimidaban las chicas guapas que rodeaban a Sander. Después de todo, conocía a su marido mucho mejor que cuando se casaron y había descubierto que no le gustaban las mujeres que iban tras él. Y tampoco le interesaban ya las discotecas o las fiestas ruidosas porque prefería las reuniones en casa con amigos.

Esa noche, cuando volviera a casa, harían el amor, pensó Tally, sintiendo un cosquilleo de anticipación entre las piernas. Su marido era un hombre muy sexual y ella se excitaba sólo con pensar en él.

Dos horas después, Sander entró en la casa y colgó el impermeable en el perchero. Volver con Tally era siempre una ocasión feliz y sus ojos se clavaron en la voluptuosa figura de pie frente a un árbol de Navidad.

La casa estaba decorada para las fiestas y, habiendo crecido con unos padres que siempre celebraban las Navidades con discreción y buen gusto, Sander se quedó impresionado por el talento de su esposa.

–La casa esté preciosa... –le dijo, abrazándola–. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de la cena?

Tally rió, apartándose un poco para frotarse contra él en lujuriosa invitación.

–Tiempo suficiente –le aseguró.

Porque lo había planeado así, sabiendo que Sander sólo se relajaría después de hacer el

amor.

Mirando esos ojos verdes tan traviesos, Sander tuvo que reír. Se sentía feliz de estar en casa y, una vez en el dormitorio, se quitaron la ropa sin ceremonias, impacientes por saciar el deseo que los atormentaba a los dos cada vez que tenían que separarse unos días.

Después, mientras sus corazones volvían a latir al ritmo normal, Tally miró las hermosas facciones de su marido y susurró:

–Te he echado de menos.

Sander buscó sus labios una vez más, en un beso lleno de ternura.

–Cuando nazca el niño podrás viajar conmigo, *pedhi mou*.

Ella hizo una mueca.

–Los niños tienen una rutina, cielo. No creo que le guste mucho viajar.

–A mi hijo le gustará –afirmó Sander, sin disimular un gesto de orgullo–. Siendo un Volakis, será un gran viajero.

–¿Ah, sí?

–Por supuesto. Mi hijo será un chico inteligente y querrá complacer a su padre.

Tally se sentó en la cama y miró con amor al padre de su hijo antes de replicar con su habitual sentido común:

–Tú siempre discutes con el tuyo.

–Pero yo seré un padre cariñoso y tendré una relación estrecha con mi hijo –dijo él. Tally sonrió. –¿Sabes una cosa? Tú eres mi mundo –le pasó un dedo por sus fabulosos pómulos.

Sander inclinó la cabeza para besarle la mano.

–Y tú eres mi corazón, *kardoula mou*. Siempre le estaré agradecido a tu padre por hacer que me casara contigo… ¡qué tesoro me habría perdido por ser tan ignorante y tan inmaduro!

Y Tally reconoció entonces que su relación había dado un giro completo. El calor que veía en sus ojos y su reconocimiento del lazo que los unía para siempre la llenaban de felicidad.

Y, a pesar de sus planes, esa noche cenaron muy, pero que muy tarde…

Tempestuoso reencuentro

Prólogo

Sander observó la foto de su mujer, que era bajita pero sexy, con un elegante vestido de noche rojo, del brazo de otro hombre.

La ola de furia que siguió al primer momento de perplejidad hizo que lo viese todo rojo. Era como una llama que lo quemaba por dentro, dejándolo curiosamente vacío.

Robert Miller.

Bueno, no era una sorpresa. Sander había notado dos años antes, durante el fin de semana en Westgrave Manor, que a Miller le gustaba Tally en cuanto puso los ojos en ella. Como le había pasado a él. Pero, a pesar de su ira, apartó a un lado la revista y miró a su padre para decir, con cara de póquer:

–¿Y bien...?

–¿Cuándo te vas librar de ella? –le preguntó Petros Volakis, como si una esposa de la que estaba separado y cuya nueva vida de soltera era documentada a menudo en la prensa fuese una vergüenza para la familia.

–Soy libre ahora –respondió Sander, encogiéndose de hombros.

Aunque el proceso de divorcio no había finalizado, Tally y él estaban separados oficialmente.

Pero, cuando involuntariamente su mirada se clavó de nuevo en la revista, se cuestionó su visceral reacción al ver a Tally con otro hombre. Estaban separados y no debería ser una sorpresa que saliera con un amigo, pero eso le atormentaba.

¿Por qué? Antes de su ruptura, Tally se había mostrado tan indiferente con él que supuso que ningún otro podría romper esa barrera. Y la idea de que otro hombre hubiera tenido éxito donde él había fracasado le enfurecía.

–No te veo saliendo en las revistas como antes de casarte –dijo su padre. –Ya no soy un crío. Y, además, ahora soy más discreto.

–Tally Spencer fue un error, pero no quiero hablar más del tema –comentó Petros Volakis, notando cómo su hijo apretaba la orgullosa mandíbula.

Pero Sander no tenía nada que decir, al menos nada que quisiera decir. Le sorprendía que sus padres, que ni siquiera le habían dado el pésame por la muerte de su hijo, pensaran que cualquier aspecto de su matrimonio era asunto suyo.

Las relaciones entre ellos habían sido siempre tirantes. A pesar de la muerte de su hermano mayor, Titos, el favorito de la familia, en un trágico accidente de coche, y a pesar de que sólo gracias a Sander la naviera Volakis se había recuperado de la desastrosa dirección de su hermano, seguía sintiéndose como un segundón.

Y, de repente, se daba cuenta de que su meteórico éxito en el mundo de los negocios era un terrible contraste con el fracaso de su vida personal.

Tally, por el contrario, había retomado su vida a una velocidad de vértigo. Y, evidentemente, estaba disfrutando de un éxito considerable: nueva empresa, nueva casa, nuevo hombre.

Ese pensamiento enfureció a Sander, que recordaba a una Tally mucho más inocente; una cría de veinte años que una vez se había quedado sin respiración sólo con besarlo.

No podía soportar la idea de que se acostara con Robert Miller y eso le sorprendía, porque él no había sido nunca un hombre posesivo…

Capítulo 1

–¿Cuándo estarás divorciada de Volakis? –le preguntó Robert Miller, con tono aparentemente despreocupado.

Sospechando que la pregunta no era todo lo despreocupada que quería aparentar, Tally apartó la mirada, la luz que entraba por la ventana jugando con sus rizos rubios mientras miraba unas muestras de tela.

–En un par de meses.

–Yo tengo la impresión de que está durando una eternidad –se quejó Robert, sin disimular su impaciencia con la situación–. Estoy empezando a cansarme de que todo el mundo crea que somos amigos…

–Pero es que somos amigos, Robert. Y, además, eres mi socio –respondió Tally, sabiendo que él quería más pero insegura todavía de que ella pudiese ofrecérselo.

Sólo había pasado un año desde que rompió con Sander, desde la muerte de su hijo, y los escombros de su fracasado matrimonio le habían roto el corazón en un millón de piezas. Lo último que quería era el estrés de las expectativas de otro hombre.

Había sido divertido cenar con Robert de vez en cuando o acompañarlo a algunos eventos, pero no estaba preparada para otra relación sentimental. Valoraba su amistad y su apoyo en los negocios, pero no deseaba llevar la relación a un nivel más íntimo.

Sander, pensó con tristeza, parecía haber matado esos sentimientos.

Sin embargo, con un metro ochenta y cinco, pelo castaño y ojos azules, Robert Miller era un hombre muy atractivo y un conocido diseñador de software con empresa propia.

Nueve meses antes, Robert le había hecho su primer encargo importante: la decoración de su apartamento en los muelles de Londres. Gracias a la publicidad que eso había generado, Tally había recibido varios encargos, logrando así abrir su anhelada empresa de diseño de interiores.

Pero, aunque el negocio iba bien, Tally no encontraba un banco que, en aquellos tiempos de crisis, invirtiera en el futuro de Diseños Tallulah. Eran tiempos difíciles para las nuevas empresas y cuando Robert se ofreció a financiar su local en una de las mejores zonas de Londres y a contratar a una ayudante, Tally se había sentido muy agradecida.

Durante los últimos seis meses, Robert había sido un socio estupendo y un gran apoyo para ella.

Por desgracia, la esperaba una desagradable sorpresa esa tarde, cuando su ayudante, Belle, le dijo que tenía una llamada de su abogado.

–Me han dicho que la casa que compartías con Sander Volakis en Francia está a punto de ser vendida –empezó a decir–. Y no parece dispuesto a enviarte nada. Si quieres algo de la casa, tendrás que ir a buscarlo.

Sorprendida por la noticia, Tally le dio las gracias, intentando no pensar en la casa que

tenía tantos recuerdos. Había puesto en ella su personalidad y su estilo y, una vez, había sido muy feliz allí.

Saber que pronto le pertenecería a otra persona le entristecía. No había esperado que Sander la vendiese, aunque no sabía por qué.

¿Estaba preparada para imaginarlo allí con otra mujer? No, en absoluto. De hecho, sintió un escalofrío al pensarlo.

Pero cuando tantas cosas importantes se habían perdido, sería ridículo lamentarse por tener que decir adiós a un montón de ladrillos y cemento.

Aun así, divorciarse de Sander estaba siendo difícil, tuvo que admitir mientras comprobaba su agenda para ver si podía ir a Francia ese mismo fin de semana y terminar con aquello de una vez.

Su divorcio no podía ser llamado una «ruptura civilizada». Si Sander hubiese querido, habría enviado sus cosas a Londres, pero no había hecho un solo gesto amistoso desde la separación. No se habían visto desde entonces… de hecho, en una ocasión se negó a hablar con ella por teléfono, como si nunca hubiera sido parte de su vida.

¿Era porque había sido ella quien lo dejó? Pues ya debería haberse hecho a la idea, pensó, enfadada.

Tally se sentía satisfecha de haber roto un matrimonio que los hacía infelices a los dos. Y sabía que, estadísticamente, las parejas rara vez sobrevivían a la muerte de un hijo…

Mientras volvía a su casa, Tally tuvo que contener las lágrimas. Había superado la rabia, la autocompasión y la amargura pero, sin previo aviso, el dolor seguía encogiéndole el corazón en los momentos más inesperados, como una manta que la ahogaba, dejándola sin respiración. Y tardaba horas en poder volver a funcionar con normalidad.

Sander, sin embargo, no parecía tener ese problema.

No, el dolor no había inmovilizado a Sander Volakis en modo alguno. Durante los horribles meses en los que su vida se había roto y se había hundido en una profunda depresión, Sander había trabajado más que nunca para reorganizar la naviera Volakis, consiguiendo lucrativos contratos con empresas asiáticas.

Siendo conservadora, Tally estimaba que Sander había conseguido cuadruplicar los beneficios durante ese período de sus vidas. Y sin embargo, decidida a continuar con su carrera y depender sólo de sí misma como su madre no había podido hacer nunca, Tally se había negado a aceptar un solo céntimo de su marido una vez que se separaron.

No se sentía con derecho a beneficiarse de los millones de un marido del que estaba separada. Después de todo, Sander sólo se había casado con ella cuando se quedó embarazada debido a las amenazas de su padre. Esa brutal verdad la había perseguido cuando su matrimonio entró en crisis.

En una relación que no tenía bases sólidas, Tally había decidido que era poco realista esperar que el tiempo solucionase los problemas. Y había tenido

que preguntarse a sí misma por qué seguía con un hombre que nunca la había querido de verdad. Y ésa, en resumen, era la razón por la que su matrimonio se había roto: Sander no la amaba. Además, estaba convencida de que había sido un alivio para él recuperar la libertad.

–¿Vas a quedarte con tu parte de la casa? –le preguntó esa noche su madre, Crystal, por teléfono, cuando Tally mencionó sus planes para el fin de semana.

Durante ese año apenas había visto a su madre, que estaba prometida con Roger, un empresario británico retirado con el que vivía en Mónaco.

–Tú sabes que no necesito el dinero de Sander…

–Creo que estás siendo muy ingenua –la interrumpió Crystal–. Yo siempre he necesitado el dinero de tu padre y no sé qué habría hecho sin él –añadió, refiriéndose al magnate griego Anatole Karydas, quien, a pesar de no haberse casado con ella, les había pasado una pensión hasta que Tally terminó sus estudios.

–Las cosas me van bien, mamá.

–Pero debes pensar en el futuro. ¡Llévate un camión y vacía la casa! –le aconsejó Crystal–. Sander Volakis es millonario y no creo que vaya a echar de menos unos cuantos muebles.

Sabiendo que Crystal creía de verdad que una mujer debía buscar la seguridad en un hombre rico, Tally, que era mucho más independiente, tuvo el tacto de no replicar. Su madre y ella tenían muy poco en común, pero la quería mucho.

Aunque había sido Binkie, la señora Binkiewicz, una viuda polaca, quien la había criado y a quien echaba de menos cuando las cosas se ponían difíciles.

Binkie había sido su ama de llaves en el sur de Francia, pero cuando su matrimonio con Sander se rompió, volvió a Reino Unido para trabajar con una familia en Devon.

Ese viernes por la tarde, Tally había llegado al aeropuerto de Perpignan y poco después recibía una llamada de su madre. Crystal, que llevaba dieciocho meses en Mónaco viviendo con Roger, anunció sin preámbulos que volvía a Londres al día siguiente.

–¿Por qué, qué ha pasado? ¿Has discutido con Roger? –le preguntó Tally, sabiendo que la vida amorosa de su madre era más bien desastrosa.

–Roger y yo hemos decidido romper nuestra relación –Crystal parecía estar a la defensiva y Tally, sabiamente, no hizo comentarios–. Supongo que puedo quedarme en tu casa hasta que encuentre algún sitio…

–Claro que puedes –dijo–. ¿Estás bien?

–Nada dura para siempre –se lamentó su madre.

Y ése fue el final de la llamada. Crystal, evidentemente, no estaba de humor para seguir hablando.

Tally subió al coche que había alquilado para llegar hasta las colinas, en la falda de los Pirineos. La vieja granja, a la que se llegaba a través de una carretera privada que terminaba frente a un paisaje magnífico, estaba rodeada de árboles que, a su vez, estaban rodeados de viñedos y huertos. Era un sitio exclusivo, aislado, absolutamente precioso.

Estaba tensa mientras aparcaba frente a la casa de piedra, con su porche cubierto de parras. Su abogado le había asegurado que él mismo le diría al letrado de Sander que iría a la propiedad pero, por si acaso, llamó a la puerta. Y sólo cuando nadie contestó sacó la llave que aún conservaba.

El evocador aroma a lavanda y cera para muebles le llegó en cuanto entró en el recibidor con suelo de terracota. Pero se sorprendió al ver un precioso ramo de flores frescas sobre una

mesa. Y no había pétalos en el suelo.

Aparentemente, alguien seguía atendiendo la propiedad como si siguiera ocupada, tal vez para atraer un comprador. Aun así, le pareció extraño entrar en la casa en la que había vivido con Sander y que había abandonado dieciocho meses antes.

Había más flores en el salón y una pila de recientes revistas de decoración sobre la mesita de café. Las cortinas se movían con la brisa…

Tally vio una escultura que Sander y ella habían comprado en Perpignan y su corazón dio un vuelco porque recordaba ese día con toda claridad…

Felizmente embarazada, sin saber la tragedia que acontecería después, lo había convencido para que se tomase el día libre y habían reído y charlado mientras almorzaban, antes de ir a la galería de arte donde vieron la escultura de piedra de una pareja.

Sintiendo que le ardía la cara, Tally se dio cuenta de que estaba casi hipnotizada por aquella casa.

¿Quería llevarse la escultura y todos esos recuerdos a Londres?

Pensando que no sería sensato, Tally subió al segundo piso para entrar en el dormitorio, con el corazón acelerado.

Recordaba en qué estado había dejado las cosas allí: la ropa tirada por todas partes mientras hacía la maleta a toda prisa, recogiendo sólo lo imprescindible. Cuando entró en el vestidor, vio que su ropa seguía allí, los cajones llenos de prendas inmaculadamente dobladas…

Salió del dormitorio, mareada, y se quedó al otro lado de la puerta, respirando profundamente, su frente cubierta de sudor mientras empujaba el picaporte para entrar en la habitación de su hijo.

Y se quedó helada al ver que la encantadora habitación que ella había decorado con tanto amor y esperanza para el futuro ya no existía.

Tally miró las paredes recién pintadas y los muebles nuevos. Ya no había nada que le recordase lo que había sido una vez, aunque los recuerdos seguían en su corazón.

Pero era un alivio que el papel pintado de nubes y las cosas del niño, la cuna, el cambiador, los juguetes, hubieran desaparecido. Tras la muerte de su hijo, había pasado horas en esa habitación, soñando con lo que podría haber sido…

Tally se acercó a la ventana al escuchar el ruido de un helicóptero. Sander se había acostumbrado a viajar en helicóptero durante los últimos meses que habían pasado en Francia porque, según él, era una ventaja poder trabajar mientras el piloto lo llevaba a la oficina.

Finalmente, Tally se había dado cuenta de que estaba casada con un adicto al trabajo para quien el tiempo significaba exclusivamente dinero y éxito profesional. Una mujer embarazada y un matrimonio que necesitaba atención estaban al final de la lista.

Por supuesto, no sería Sander el que viajaba en ese helicóptero, pensó, apartándose de la ventana para acercarse al armario de las maletas.

Guardaría su ropa y luego echaría un vistazo por el resto de la casa para buscar algo sin lo que no pudiera vivir: sábanas que olían a Sander, pensó sin darse cuenta…

¿De dónde había salido eso? Debía de ser el hechizo de aquella casa, se dijo.

Estaba guardando ropa en una maleta cuando le pareció que el ruido del helicóptero sonaba más cerca y, sorprendida, volvió a la ventana. Para entonces, el aparato había aterrizado al otro lado del huerto y, a través de los árboles, reconoció una «V» roja pintada en una de las puertas.

«V» de Volakis. El corazón de Tally se volvió loco. No podía ser Sander… no, imposible, no podía ser él.

Pero cuando iba a apartarse de la ventana vio a un hombre alto y moreno con traje de chaqueta dirigiéndose a la casa y su corazón se detuvo durante una décima de segundo.

Las largas zancadas, la postura, los hombros erguidos… era él.

Tally experimentó algo parecido al pánico y, durante un segundo, pensó encerrarse en el vestidor. Enseguida apartó esa tontería de la cabeza, pero seguía inmóvil cuando oyó que se abría la puerta.

–Tally… ¿dónde estás? Soy Sander.

Su acento griego, dolorosamente familiar, parecía tocar su espina dorsal como una caricia.

Tally salió al descansillo y puso una mano sobre la barandilla de la escalera.

–¿Qué haces aquí?

–Ésta sigue siendo mi casa –respondió él.

Levantando la cabeza en un ángulo casi agresivo, Sander miró a su mujer sintiendo que llevaba una eternidad sin verla. Y, de inmediato notó los cambios en ella: sus rizos habían desaparecido, reemplazados por una melena lisa sujeta en un moño que la hacía parecer mayor. Y el vestido camisero era demasiado formal.

Como siempre, Tally apenas llevaba maquillaje, pero no lo necesitaba para destacar el innegable atractivo de sus preciosos ojos verdes y sus labios carnosos. Sin embargo, al ver las pecas en su nariz sintió una opresión en el pecho...

Le habían gustado tanto sus rizos, su caótica y juvenil pasión... Tal vez no le gustaba que la gente cambiase, se dijo, incómodo con tales pensamientos.

–¡Tienes que haberlo planeado! –exclamó ella, bajando por la escalera–. No creo que tu presencia aquí, precisamente hoy, sea una coincidencia –dijo luego, intentando no fijarse en lo guapo que estaba o en el brillo de sus ojos, en sus largas pestañas.

Iba bien afeitado, con un inmaculado traje de chaqueta azul marino tan bien cortado que sintió que se le ponía la piel de gallina.

Ella odiaba a Lysander Volakis por el dolor y la desilusión que él le había hecho sentir. Lo había amado una vez, lo había amado demasiado. Pero unas semanas después de la boda, cuando descubrió que su padre lo había chantajeado para que se casara con ella porque estaba embarazada, había intentado liberarlo de su promesa.

Pero en lugar de dejarla ir, Sander la siguió hasta el aeropuerto y la convenció de que sus sentimientos por ella eran lo suficientemente profundos como para que le diera una segunda oportunidad.

Tally seguía dolida por haber aceptado ya que lo único que había conseguido era alargar su sufrimiento. Durante unos meses, Sander la había hecho feliz pero luego, cuando ella pensaba que todo iba a salir bien, lo había perdido todo y él no había estado a su lado. Había

pasado del calor del verano al frío del invierno.

–Yo no creo en las coincidencias –dijo él entonces–. Naturalmente, sabía que estarías aquí.

–Claro, ya me lo imaginaba.

–Podemos dividir el contenido de la casa entre los dos. Tally apretó los dientes. –No creo que sea buena idea. –¿Por qué? ¿A Robert no le gustaría? –la retó él, sus ojos brillando como pepitas de oro.

–No sé de qué estás hablando –respondió Tally, recordando el temperamento inestable de Sander.

Pero notó también, sorprendida, que su marido no la había perdonado por dejarlo.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que él pudiese culparla por todo lo que había ido mal en su matrimonio, como lo culpaba ella. Y, de repente, se sorprendió por haberse visto como una víctima.

¿De verdad había caído en la trampa de creer que había sido una esposa perfecta?

–A Miller no le gustaría saber que estás aquí conmigo, solos en nuestra casa –dijo Sander, con engañoso tono flemático.

Tally sintió la tentación de decir que Robert Miller no se metía en sus asuntos, pero eso revelaría que la suya era una amistad y no una relación íntima… y no veía por qué iba a darle esa información.

Sin duda, se alegraría al saber que él era el último hombre con el que había hecho el amor… y eso había sido dieciocho meses antes.

Conociendo la tempestuosa naturaleza de Sander, Tally estaba segura de que él habría seguido adelante. Y, al pensar eso, sintió una punzada de amargura porque seguía sin poder soportar la idea de que Sander estuviera con otra mujer.

–Robert no me dice lo que debo o no debo hacer –dijo por fin.

Sander dejó escapar una risita irónica.

–Me sorprende.

–¿Por qué?

–Porque te gustaba cuando yo lo hacía.

Esa broma hizo que Tally apretase los puños. Sabía muy bien de qué estaba hablando. Durante los primeros meses de su relación, Sander a menudo le había dicho lo que debía hacer en la cama porque ella era inexperta. Y Tally no sólo no ponía objeciones a esa educación íntima, sino que había descubierto que le gustaba.

–¡Se acabó… me marcho! –exclamó, furiosa, alargando la mano para tomar las llaves del coche que había dejado sobre una mesa–. Puedes tirar mis cosas, no las quiero.

Pero Sander fue mucho más rápido y tomó las llaves un segundo antes de que lo hiciera ella.

–No vas a conducir estando tan alterada…

–¡Dame esas llaves!

–¿Cuánto tiempo esperaste antes de acostarte con Miller? –le preguntó él, observando el brillo de sus ojos. De repente, era la mujer a la que recordaba. Ninguna otra había igualado su

pasión, pero la convicción de que tenía un amante era como un cuchillo en el pecho.

–¡No tienes ningún derecho a preguntar eso! –exclamó Tally, mientras intentaba quitarle las llaves. Mucho más alto que ella, Sander sencillamente las apartó.

–Sigo siendo tu marido y, naturalmente, siento curiosidad. Me apartaste de tu cama hace meses, antes de que rompiéramos.

–Estamos prácticamente divorciados, no pienso tener esta conversación contigo… ¡dame esas llaves, Sander!

–No –dijo él–. No voy a dejar que conduzcas en ese estado.

–Ah, de repente te importa mucho en qué estado me encuentro –replicó Tally, airada–. ¿Dónde estaba esa preocupación cuando perdimos a nuestro hijo?

Sander dio un paso atrás, como si lo hubiera abofeteado. Sus ojos dorados brillaban, cargados de hostilidad, y sus soberbios pómulos se habían oscurecido.

–Eso no es algo de lo que quiera hablar…

–No, claro, me lo imagino –lo interrumpió ella, despreciativa–. No quieres hablar de que trabajabas dieciocho horas al día o de que volviste a la oficina un día después del funeral de nuestro hijo. Lo único que te importa es ganar dinero… da igual que en comparación con la mayoría de la gente seas tan rico como Creso, nunca estás satisfecho, siempre quieres más. Eso es lo único que te importa.

Sander la fulminó con la mirada.

–Ah, claro, como eras tú la que estuviste embarazada y la que pariste al niño, tú eres la única que tiene sentimientos, ¿verdad?

–Yo no he dicho eso.

–Cada uno lidia con el dolor de diferente manera –siguió él–. Yo podría haberme emborrachado o haberme acostado con otras mujeres para ahogar mi pena, pero no soy así. Yo no voy a terapia ni comparto mis problemas con los demás, no me educaron así, lo siento. En mi familia no hablamos de esas cosas...

–¡Yo era tu familia en ese momento!

–¡Trabajaba a todas horas para olvidarme de lo que había pasado porque el mismo día que perdí a mi hijo también perdí a mi mujer y trabajar era la única manera de soportarlo!

Totalmente desconcertada por esa respuesta, Tally dio un paso atrás. Lamentaba haberlo atacado porque se había prometido a sí misma no volver a pelearse con Sander. No era sensato reabrir la herida cuando ni ella misma había sido capaz de curarla.

Al escuchar el dolor en la voz de su todavía marido y el reproche en sus palabras, se quedó paralizada, reconociendo en Sander una profundidad de sentimientos que no había visto antes. Y se preguntó por qué había menospreciado lo que debió de sentir ante la muerte de su hijo.

–¿Qué quieres decir con eso de que perdiste a tu mujer? –le preguntó. No quería hacerlo pero no podía dejar que esa frase quedara sin explicación.

–Actuabas como si sólo tú estuvieras sufriendo y te convertiste en una zombie. No querías hablar conmigo, no querías salir, no querías ver a nadie, sólo querías llorar. Sufrías una depresión, pero cuando intenté convencerte para que fueras al médico me dijiste que yo

no podía entender lo que estabas sintiendo.

–Pensé que no lo entendías –le confesó ella–. Estaba destrozada…

Pero Sander no había terminado. Verla de vuelta en la casa donde todo se había roto de repente resucitaba el pasado de manera dolorosa. Pero estaba reaccionando de una forma inesperada y era una de las pocas veces en su vida que perdía los nervios. No sabía de dónde salía esa furia, pero se dio cuenta de que no podía controlarla porque sentía que Tally había sido injusta con él.

–Cuando sugerí que tuviéramos otro hijo, reaccionaste como si fuera algo imperdonable Y cuando cometí el error de intentar acostarme contigo, te portaste como si fuera una violación.

Decir que Tally lamentaba lo que ella misma había provocado sería decir poco. Pálida como un fantasma, estaba temblando.

–Lo siento... –dijo finalmente, sorprendida de haberse rendido a su propio dolor sin darse cuenta de que también Sander estaba roto.

–«Lo siento» no es suficiente. «Lo siento» no arregla nada –replicó él.

–Yo podría decir lo mismo.

Sander sacudió la cabeza.

–La muerte de nuestro hijo no impidió que siguiera deseándote, al contrario, hizo que te deseara aún más…

Tally se sintió avergonzada al reconocer que se habían defraudado el uno al otro. Ninguno de los dos había sido capaz de mantener viva su relación debido al dolor y la incomprensión que habían seguido a la muerte del niño.

Sander tiró las llaves sobre la mesa y volvió a mirarla, sus ojos dorados tan oscurecidos que parecían negros.

–Y sigo sin saber cómo dejar de desearte –le dijo–. ¿Hay alguna combinación mágica para olvidarme de ti? No puedo mirar a otra mujer, Tally.

–Sander… –rota al saber que el marido del que estaba a punto de divorciarse seguía deseándola, Tally sólo podía mirarlo, sin saber lo que sentía o lo que estaba pensando.

–De hecho, me vuelves loco, *yineka mou* –admitió él entonces.

Y por primera vez en mucho tiempo, Tally sintió una punzada de deseo. Llevaba tanto tiempo sin experimentar algo así que pensó que había desaparecido de su naturaleza. ¿Era el terciopelo de su voz lo que provocaba la resurrección de ese deseo o el brillo de sus ojos dorados? No lo sabía, pero sintió un calor casi olvidado en la pelvis.

Como un cervatillo bajo los faros de un coche, Tally miró a Sander, sintiéndose tan vulnerable como si la hubiera desnudado en plena calle.

«*Yineka mou*», «mi mujer», la había llamado. Y seguía siendo su mujer, se recordó a sí misma.

–¿Se te ocurre qué puedo hacer? –le preguntó él, dando un paso adelante con esa gracia que era tan parte de él como su fuerza física.

–No, no tengo ni idea –Tally se había puesto rígida, viendo el peligro repentinamente.

Se había casado con un hombre manipulador, y lo sabía; de hecho, una vez había

admirado esa astucia que, en general, lo mantenía un paso por delante de sus competidores. Sander era increíblemente inteligente y, de alguna forma, estaba haciéndole sentir cosas que no debería sentir.

A medida que él avanzaba, ella daba un paso atrás… hasta que chocó con la puerta.

–Me vuelves loco, *yineka mou* –murmuró Sander, inclinando su oscura cabeza para rozarle la cara con la mandíbula, como un gato en busca de atención.

El familiar aroma a sándalo y jazmín de su colonia masculina invadió los sentidos de Tally, el roce de su barba haciendo que despertase a la vida.

De repente, se sentía como al borde de un precipicio, en peligro de caer. No quería estar allí, pero cuando Sander buscó su boca, sujetándola por los hombros, supo que no podía apartarse…

Capítulo 2

Ese beso fue como morir y renacer en un segundo. Tally, llena de dudas y de hostilidad hasta ese momento, de repente quería dejarse seducir por Sander.

Su corazón palpitaba como loco, sus terminaciones nerviosas agitadas mientras él abría sus labios e introducía la lengua en el tierno interior de su boca. Era una pasión tan primaria que un grito de sorpresa escapó de su garganta. Le daba vueltas la cabeza, las piernas le temblaban violentamente y tuvo que agarrarse a él para no caer al suelo. Sus alientos se mezclaban y era dulce, tan dulce… como un afrodisíaco. Tally levantó las manos para enterrar los dedos en su pelo y sujetarlo mientras le devolvía el beso, disfrutando del calor sensual de su boca.

Se aplastó contra él, sin defensas, deseando estar aún más cerca. Sander le apretó las nalgas con su enorme mano, urgiéndola a un contacto más íntimo, y ella lo dejó hacer, emocionada al notar el efecto que ejercía en él… que ni siquiera la ropa podía ocultar. Tally deslizó una mano entre los dos para acariciarlo como había hecho tantas veces y, dejando escapar un gemido ronco, Sander se acercó un poco más, invitándola a tocarlo mientras se inclinaba para levantar su vestido y acariciarle los muslos hasta que la tuvo temblando.

El calor que sentía era más de lo que podía soportar y apretó los muslos como si así pudiera controlar la situación… para abrirlos de nuevo cuando él empezó a acariciarla entre las piernas. Se estremeció cuando él encontró su punto más sensible, su cuerpo anhelante después de tantos meses de abstinencia. Sander acarició el diminuto capullo mientras ella dejaba escapar un gemido, temblando como un caballo de carreras en el cajón de salida, sin aliento, sin pensar en nada, poseída por el deseo.

Dejando escapar un gemido impaciente, Sander rasgó las braguitas para acariciar los húmedos pliegues rosados y un gemido escapó de la garganta de Tally cuando él se puso de rodillas y empezó a usar la lengua para darle placer.

El sensual asalto hizo que le temblasen las piernas y tuvo que sujetarse a él para no caer al suelo. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando Sander se levantó y la tomó en brazos.

Algo cayó al suelo, rompiéndose en pedazos, y él la depositó sobre algo duro, pero ninguna de esas dos cosas podía interferir con un incendio que ya no se podía controlar.

Sander tiró de ella hacia el borde de la mesa con manos impacientes y se deslizó en su

húmedo interior, largo e increíblemente duro, ensanchando su canal hasta el máximo. Cuando se apartó y volvió a entrar, Tally experimentó el delirio. Él la sujetaba de las caderas mientras se perdía en ella profundamente y Tally, el control perdido por completo, gritó cuando llegó al clímax, temblando, la intensidad de las sensaciones amenazando con partirla en dos.

–Sigues siendo la mujer más sexy que he conocido nunca –murmuró Sander, jadeando mientras la besaba en el cuello.

Tomándola en brazos, la levantó de la mesa para llevarla al piso de arriba.

Tally era apenas consciente de que Sander iba pisando trozos rotos de cerámica y pétalos de flores, lo único que quedaba del arreglo floral que había visto cuando llegó a la casa.

Tan sorprendida estaba, que apenas podía pensar.

–¿Qué estás haciendo? –fue lo único que pudo decir.

Sander no respondió. Clavando en ella sus ojos dorados, la miró a la cara y sencillamente la dejó sobre la que una vez había sido su cama de matrimonio.

Pero no quería hablar de nada. Había intentado hablar con ella muchas veces y sus intentos le habían explotado en la cara. Ahora, decidido a guardar silencio, apartó el embozo de la cama, tirando la colcha sobre el suelo de madera, y empezó a besarla de nuevo con un ansia que no había disminuido en lo más mínimo.

Sander siempre había besado de maravilla y sus besos la dejaban sin aliento. Nada ni nadie le había gustado nunca más que Sander Volakis.

Sin pensar, Tally alargó una mano para acariciarle la cabeza mientras él se desnudaba. El loco deseo que mostraba la excitaba y le hacía sospechar que tal vez su marido había sido más fiel de lo que ella había esperado.

Estaba desesperada por tocarlo, acariciando su satinada espalda y sus pectorales cubiertos de vello antes de deslizar la mano hacia abajo...

–No juegues conmigo, *yineka mou* –le advirtió Sander con voz ronca, los músculos de su estómago contrayéndose bajo sus dedos de una forma que la hizo sentir increíblemente deseada.

–Yo no… –Tally lo miró a los ojos y sintió que le daba un vuelco el corazón. Cuando él la invitó a tocarlo, con esa sexualidad que sólo el dolor la había obligado a rechazar, se negó a pensar en nada que no fuera el momento.

Sabía y aceptaba que iba a lamentar ese último encuentro, pero no podía enfrentarse con ello en ese instante.

¿Cómo iba a contrastar las conflictivas respuestas que Sander había despertado en ella desde el día que salió de su vida con la falta de control de aquella tarde?

Pero aunque no quería examinar lo que estaba haciendo, saber que el hombre al que había dejado libre se metía en la cama con ella a la primera oportunidad le dio una gran satisfacción. La animaba a pensar que tal vez no había habido otras mujeres en su vida después de su separación, y eso hacía que lo que estaba pasando fuese aceptable para ella.

–Eres irresistible, *yineka mou* –musitó Sander, retorciendo un erecto pezón entre los dedos–. No me canso de ti.

La deseaba de nuevo, con más fuerza que la primera vez, la palpitación en su

entrepierna casi insoportable. Murmurando su nombre, se colocó encima para enterrarse en ella.

Y si salvaje había sido el encuentro en el piso de abajo, el control y la intensidad predominaron en el segundo. Mientras Sander se enterraba en ella una y otra vez, la excitación de Tally llegaba a niveles que no había soñado y tuvo que esconder la cara en la almohada y morder la tela para contener un grito de placer.

Después, estaba tan débil que no podía moverse y fue un alivio dejarse caer en sus brazos. Por primera vez en mucho tiempo se sentía contenta y feliz y, sin darse cuenta, se quedó dormida. Todo en su mundo estaba patas arriba pero ese caos, no sabía por qué, ya no le parecía aterrador.

Despertó al amanecer, sobresaltada y desorientada. Las cortinas estaban apartadas y la luz de la mañana iluminaba los muebles, dándoles un tono melocotón.

Pero lo único que le importaba en ese momento era la realidad de que estaba sola. La almohada a su lado tenía la marca de la cabeza de Sander, pero él había desaparecido y la sábana estaba fría cuando pasó la mano.

Tally saltó de la cama… y pagó el precio por tan impulsivo movimiento haciendo una mueca cuando un escozor entre las piernas le recordó con toda claridad cómo había pasado la noche.

Mientras ocultaba su desnudez con la colcha que había estado tirada en el suelo miró por la ventana y vio, sin la menor sorpresa, que el helicóptero había desaparecido. En realidad, le había parecido oír las hélices poco antes de despertar.

Sander había dormido con ella y luego se había ido y Tally se sintió desolada. Por no decir la mujer más tonta de la Tierra.

Como si aquello fuera un mal sueño, rota y sin objetivos, paseó por la casa, asustándose cuando escuchó un ruido en la cocina. ¿Habría ido alguien a limpiar?

Cuando bajó al primer piso, comprobó que las flores que habían tirado el día anterior durante su apasionado encuentro ya no estaban…

Una cabeza oscura apareció entonces en el quicio de la puerta y Tally tuvo que contener un grito. Sander, impresionante con un calzoncillo de seda, la miraba con una sonrisa en los labios.

–Buenos días.

–Me ha parecido oír algo… pero creía que te habías ido. –Estaba haciendo el desayuno –dijo él, como si fuera algo totalmente natural.

Sin afeitar, el pelo tieso y mojado de la ducha, Sander estaba tan atractivo como un tigre. Pero ningún animal de cuatro patas podría tener esos abdominales y esos muslos tan poderosos.

–¿El desayuno?

–Sólo tostadas y café –dijo él, encogiéndose de hombros.

Al entrar en la espaciosa cocina, Tally notó olor a pan quemado. Y las ventanas estaban abiertas, presumiblemente para evitar el humo.

–El tostador es un asco –se disculpó Sander.

Había hecho un café tan oscuro como el barro y ni siguiera las tostadas le habían salido bien. No, la cocina no era lo suyo. Había pensado que podía hacerlo, pero las herramientas o los ingredientes siempre le defraudaban, fuese un temporizador del horno estropeado o un pedazo de carne demasiado duro. Convencido de que hasta un idiota podía cocinar, no tenía paciencia y era dado a meter la pata.

Tally podía imaginar lo que había ocurrido esa mañana; Sander estaría frente al tostador roto y habría cancelado la operación porque no estaba dispuesto a esperar más de lo que él consideraba necesario. Luego, cuando el pan estuviera parcialmente tostado, probablemente habría vuelto a meterlo en el tostador, organizando el consiguiente desastre.

Pero la verdad era que se sentía conmovida por sus esfuerzos… aunque su intento de preparar el desayuno hubiera estado a punto de incendiar la casa.

–No tengo hambre, no te preocupes.

Del tostador salía un hilillo de humo y se acercó para apagarlo antes de que saltase la alarma anti incendios.

–Yo sólo tengo hambre de ti –dijo Sander, tomándola por la cintura–. Lo de anoche fue estupendo, *moli mou.*

Tally tragó saliva al recordar la intimidad que habían compartido. Sander había sido insaciable y ella… bueno, ella había perdido la cabeza, respondiendo a todas sus caricias con el mismo ardor. La pasión de Sander le había parecido gratificante al considerar la cantidad de opciones que debía de haber tenido desde que se separaron.

¿Pero era el sexo, por gratificante que fuera, suficiente para una reconciliación? ¿Habría pensado Sander retirar la petición de divorcio? Con él no se podía saber porque no era predecible ni particularmente convencional.

Nerviosa, Tally se apartó para abrir la nevera, mirando con suspicacia las bandejas llenas de productos frescos. Mientras ella se quedaba pensativa, Sander sirvió dos vasos de zumo de naranja y le ofreció uno.

–¿Has alquilado la casa? –No, claro que no –respondió él–. No quiero extraños aquí. Ésta era nuestra casa.

Entonces, sólo había una explicación para esa nevera llena. Mientras tomaba el zumo, su cerebro empezó a funcionar de nuevo.

–¿Lo tenías todo preparado?

Sander levantó las cejas.

–¿A qué te refieres?

Y, en ese momento, Tally supo que Sander había ido a Francia con el propósito de seducirla.

–Tú habías planeado verme aquí, a solas. Incluso habías planeado que pasáramos la noche juntos… por eso hay flores frescas y la nevera está llena.

–¿Habrías preferido pasar hambre… o dormir en una cama sin sábanas? –replicó él, sin entender su enfado–. No habríamos estado cómodos en una casa que lleva vacía tanto tiempo. Por supuesto que la tenía preparada…

–Eres un mentiroso. ¿Cómo crees que me siento ahora?

–¿Por qué?

–Todo ha sido una trampa –le espetó ella, furiosa.

Sander dejó escapar un suspiro, abriendo los brazos en un gesto de inocencia que no la convenció en absoluto.

–Eres mi mujer y quiero recuperarte. No creo que eso sea un crimen…

«Eres mi mujer y quiero recuperarte».

Sin saber lo que sentía sobre esa posibilidad, y totalmente desconcertada, Tally pasó a su lado, arrastrando la colcha a su paso.

–Voy a darme una ducha.

–Tally…

–No digas nada más. ¡Ya has dicho más que suficiente! –le advirtió.

Capítulo 3

Un minuto después, Sander se metió en la ducha con ella, tan atrevido y directo como lo era siempre en una situación difícil.

Antes de que Tally pudiese reaccionar, abrazó su cuerpo mojado y buscó su boca con labios ansiosos, sin dejarla hablar.

En realidad, aunque habían pasado muchas horas juntos mientras estaban casados, habían hablado muy poco. Sander siempre había sido un hombre de pocas palabras, más interesado en la acción…

Después de hacer el amor en la ducha, Sander la abrazó de nuevo mientras ella intentaba convencer a sus piernas para que la sujetasen.

Respirando agitadamente, él apartó un mechón de pelo mojado de su cara.

–¿Dónde están tus rizos?

Su sorprendida expresión provocó que Tally soltase una carcajada.

–Me he alisado el pelo y, por el momento, aguantará unos meses sin rizarse. Es mucho más fácil peinarse así.

Soltando el mechón de pelo, Sander la miró con un masculino gesto de incomprensión.

–Déjatelo rizado. Me encantaba tu pelo…

Ella estaba asombrada. ¿Le encantaban los rizos que habían sido la pesadilla de su existencia? Bueno, pues no se lo había dicho nunca.

El agua empezaba a enfriarse y Sander cerró el grifo y abrió la mampara de cristal para envolverla en una toalla.

Eso le recordó cómo cuidaba de ella durante los últimos meses de embarazo, cuando estaba tan gordita que le costaba trabajo caminar. Su consideración le había parecido tan natural, tan cariñosa, que de verdad había empezado a albergar esperanzas para el futuro.

Y luego el cruel destino había destrozado sus esperanzas con una tragedia. Cuando su hijo nació muerto, por un problema en la placenta, la esperanza de convertirse en una familia había muerto con él, y su matrimonio había ido después.

Sander tiró de ella para abrazarla.

–Quiero que olvidemos los últimos dieciocho meses.

–No es tan sencillo –dijo Tally.

–Puede ser tan sencillo como nosotros queramos. Somos las únicas personas a quienes le importa, *moli mou*.

Sander quería volver con ella. Tal vez le había tendido una trampa al aparecer allí cuando no lo esperaba, pero aparentemente lo había hecho por una buena razón: seguía deseándola como su mujer y eso era algo que la halagaba.

–Si supiera que no habías estado con nadie en este tiempo, tal vez podría considerar la posibilidad –se atrevió a decir.

Un silencio mortal siguió a sus palabras y en cuanto miró a Sander supo que no había sitio para la esperanza. Estaba pálido, sus sensuales labios apretados…

Sander estaba sorprendido. La insinuación de Tally era un recordatorio de que su aparente espontaneidad podía ser engañosa. Porque a menudo había más bajo la superficie de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Y acababa de poner una bomba en su camino.

¿Qué derecho tenía a pedirle eso? En sus circunstancias, no era razonable. Habían pasado más de dieciocho meses, Tally lo había alejado de su cama y, negándose a admitir que sus problemas podrían aún tener remedio, le había dado la espalda a su matrimonio. Había dejado claro que no iba a volver con él y ella misma había solicitado el divorcio.

El período que siguió a su ruptura era un agujero negro que Sander no quería visitar, una amarga realidad que era demasiado orgulloso para compartir con ella.

–Me temo que no puedo decir lo que tú quieres escuchar –habló por fin, incómodo.

Y entonces fue el turno de Tally de palidecer. Al recibir la confirmación de lo que más temía, le dieron ganas de llorar.

¿Qué la había poseído para decir eso? Se sentía como una ingenua por soñar que Sander no habría buscado a otra mujer mientras estaban separados. ¿Cómo se le había ocurrido tal posibilidad? Sander Volakis era y siempre sería un hombre muy sexual.

–No, déjalo, ya no quiero saberlo –murmuró, agarrando el borde de la toalla con manos temblorosas mientras intentaba contener la punzada de celos más amarga y destructiva que había sentido nunca. En unos segundos, había pasado de revivir sentimientos de ternura al odio más profundo.

Desolada por la muerte de su hijo, había vuelto a Inglaterra con el corazón roto para lamer sus heridas y reconstruir su vida como mujer soltera mientras él, por lo visto, se iba de fiesta y compartía cama con una serie de amantes.

–No estás siendo justa –le recriminó Sander, percatándose de que ya lo había juzgado sin escuchar sus argumentos.

–Tal vez no, pero no puedo evitar lo que siento –respondió Tally con tono firme.

Había cometido otro error, pero no era irremediable, razonó, decidida a ordenar sus tumultuosas emociones antes de que se la tragasen viva.

Durante el último año había luchado con todas sus fuerzas por recuperar su independencia y superar la pena, y estaba decidida a no volver a pasar por esos oscuros días

de depresión. No era raro que maridos y mujeres se encontrasen por última vez antes del divorcio, se dijo a sí misma. Había confundido la familiaridad con la atracción y con el amor que una vez había sentido por Sander.

Había cometido un error, nada más, y nada menos. No tenía por qué hundirse. Sander era un hombre increíblemente atractivo y seguramente tan largo período de celibato la había hecho más vulnerable.

–Hemos hecho una tontería –empezó a decir, buscando algo que ponerse.

–No, no es verdad –la contradijo Sander, con fiera convicción–. ¿Me estás diciendo que tú no te has acostado con Robert Miller?

–¡No estoy diciendo nada! –replicó Tally, negándose a seguir hablando del tema.

Si Sander supiera que su relación con Robert Miller era puramente platónica, se daría cuenta de que ella no había rehecho su vida después de su ruptura, y Tally no estaba dispuesta a admitir eso. Era el peor momento para reconocer que, en su corazón, había seguido siendo fiel a Sander Volakis.

–¿Por qué no? –No quiero seguir hablando de esto, no tiene sentido.

–Tú no quieres hablar de ello, pero me has obligado a hacerlo a mí –le espetó Sander, haciendo una mueca después por usar ese tono tan agresivo–. Tally, escúchame… –empezó a decir, tomándole la mano.

–¡No me toques! –replicó ella, apartándose.

–Está claro que debería haberte mentido –dijo él entonces, sus ojos brillantes de frustración–. No voy a dejar que nos hagas esto, Tally. Sigues deseándome.

–No, no es verdad. No sé qué me ha pasado. Ha sido esta casa, este encuentro que tú has organizado sin decirme nada…

Sander la vio buscar su ropa, desdeñando el sujetador en su prisa por taparse. Contra su voluntad, sus ojos se clavaron en los generosos pechos mientras se ponía la camiseta e, incluso después de la noche que habían compartido, la erección fue instantánea.

No quería hablar sobre los errores del pasado, no quería que se fuera. No sólo quería recuperar a su esposa, también quería tenerla en la cama una semana, con la esperanza de saciar un deseo que ninguna otra mujer podía saciar.

–Seguimos deseándonos como antes, *moli mou* –insistió–. La atracción es tan fuerte como siempre…

Tally lo miró, sus ojos conectando con los ojos dorados que parecían retarla y que la excitaban como siempre. Resultaba increíble que siguiera siendo susceptible al atractivo de aquel hombre, pero así era.

–Tú sabes de qué estoy hablando –siguió Sander, con expresión satisfecha.

Pero Tally estaba decidida a no escucharlo. Convencida de que cuanto más tiempo estuviera con él, más fácil sería caer en la tentación, estaba decidida a escapar. Sacando la bolsa de viaje, empezó a guardar cosas…

–No puedes marcharte como si no hubiera pasado nada –dijo él.

–¡Puedo hacer lo que me dé la gana! –replicó Tally, mirándolo con gesto de desafío.

Sander se pasó una mano por el pelo.

–De una forma o de otra, volverás conmigo, *yineka mou*.

–No lo creo. Estaremos divorciados en un par de meses y no quiero nada más de esta casa. Es hora de que los dos sigamos adelante…

–Hace una hora estabas reviviendo el pasado felizmente –la interrumpió Sander.

–Todo el mundo comete errores y tú eres el mío –replicó ella, antes de dirigirse a la puerta.

Pero él se puso en su camino y le quitó la bolsa de viaje de la mano. –Un error con el que, evidentemente, tú has disfrutado tanto como yo.

Tally no dijo nada. ¿Para qué?

Mientras lo veía guardar la bolsa de viaje en el maletero del coche, imágenes de Sander con otras mujeres daban vueltas en su cabeza, atormentándola. Le temblaban las manos cuando sacó del bolso las llaves del coche.

Frunciendo el ceño, Sander puso una mano en la puerta del conductor.

–¿Seguro que puedes conducir?

–Estoy perfectamente –irritada porque no había conseguido engañarlo con su fachada de serenidad, Tally subió al coche y se colocó tras el volante. –Estás huyendo otra vez, como hiciste al romper nuestro matrimonio –la condenó Sander. –Estoy siendo sensata –lo contradijo Tally antes de cerrar la portezuela del coche.

Mientras se alejaba, se negó a mirar por el espejo retrovisor porque eso habría sido rendirse a su debilidad. Se sentía avergonzada de su comportamiento durante las últimas doce horas, pero temía volver a caer en la tentación.

Pensaba en las muchas veces en su vida en las que había tenido que ser dura y controlar emociones que parecían más fuertes que ella. Cuando era una niña, a menudo había deseado el amor incondicional que sus padres no eran capaces de ofrecerle. Binkie, por supuesto, la había querido mucho y había sido su ancla, pero incluso siendo muy pequeña Tally se daba cuenta de que Binkie no era su madre sino una niñera, una persona pagada para que cuidase de ella, para hacer el trabajo que debería hacer su madre.

O la gente a la que quería no tenía capacidad para quererla a ella o ella no tenía eso que inspiraba amor en los demás. Pero cuando quería a alguien lo quería con todo su corazón y normalmente su corazón acababa rompiéndose.

La persona más importante de la vida de su madre era normalmente el novio de turno. Crystal Spencer era una mujer dedicada a sus pasiones y madre e hija compartían pocos intereses, pero las dos habían aprendido a llegar a un acuerdo sobre sus expectativas.

Su padre, Anatole Karydas, había dejado claro desde el principio que no tenía ningún interés en una hija nacida fuera del matrimonio y, como era un hombre para quien las apariencias lo eran todo, nunca la había reconocido públicamente. Ni siquiera llevaba su apellido. Los sentimientos de su esposa, que siempre había fingido que Tally no existía, eran mucho más importantes para él que alguien de su propia sangre.

¿Ese infortunado pasado la habría empujado a buscar el cariño de Sander?, se preguntó. ¿Había esperado demasiado de un joven empujado al matrimonio por las amenazas de su padre?

Las reflexiones sobre su matrimonio siempre parecían volver al mismo sitio: cuando se

quedó embarazada, su padre había obligado a Sander a casarse con ella amenazando con hundir la naviera Volakis.

Aunque Sander había dicho después que quería seguir casado con ella, la verdad de los términos en los que había empezado su matrimonio era una humillación y una pena que Tally no podía ignorar u olvidar.

Y, sin embargo, amaba tanto a Sander que había cerrado los ojos para no ver los fallos de su relación. Él no la quería ni había fingido hacerlo. La deseaba, la mantenía, cuidaba de ella, la entretenía dentro y fuera de la cama, pero nunca había sentido por ella lo que Tally sentía por él.

Y eso había hecho que, desde el principio, se sintiera como la más débil en ese matrimonio.

Cada kilómetro que recorría la alejaba más de Sander, y experimentó una punzada de dolor en el corazón.

¿Pero por qué quería volver con ella? Su duro marido griego era un hombre que no aceptaba fácilmente una humillación. ¿Sería la obsesión de poseerla? ¿Era como un perro con un hueso que no quería que nadie más tocase? ¿Pensar que estaba con Robert Miller habría hecho que quisiera reclamarla?

Era un deseo que la sorprendía porque sabía que los padres de Sander seguramente habrían suspirado de alivio al saber que el matrimonio se había roto.

No, Tally no había impresionado a sus estirados suegros como la esposa adecuada para el único hijo que les quedaba. Que fuese hija ilegítima de Anatole Karydas, con un estatus social más bajo, les ofendía.

Cuando Sander y ella eran felices, la actitud de sus padres no le había parecido importante porque, aparte de que Petros Volakis trabajase con Sander en la empresa, la pareja no había mostrado el menor interés en ellos durante su breve matrimonio. Ni habían acudido al funeral de su hijo, enviando una simple tarjeta de condolencia.

Mientras esperaba para subir al ferry, Tally se dio cuenta de que estaba deseando llegar a Londres para ver a su madre porque no le apetecía estar sola. Lo que había ocurrido con Sander, sin embargo, se lo reservaría para sí misma.

Afortunadamente, su relación con Robert era de simple amistad y tampoco tenía que darle ninguna explicación sobre su ausencia. Cuanto menos tiempo pasara recordando cosas que no podía cambiar, más feliz sería, decidió.

Desgraciadamente, cuando llegó a Londres encontró a su madre de mal humor, más interesada en salir con sus amigos que en pasar tiempo con ella. Aunque eso era algo habitual.

Una semana más tarde, Tally volvía a casa para buscar unas muestras de tela que había olvidado y se encontró con una escena que la dejó perpleja: un hombre grueso con traje de chaqueta le decía a una Crystal llorosa que las lágrimas no iban a cambiar nada…

–¿Se puede saber que pasa aquí? –exclamó.

Crystal se volvió para mirar a su hija y, dejando escapar un sollozo, salió corriendo hacia su habitación.

Atónita, Tally miró al visitante.

–¿Le importa decirme qué pasa?

–Me temo que no puedo hacerlo, es un asunto confidencial –respondió el hombre mientras tomaba su maletín–. He dejado mi tarjeta en la mesa. Dígale a la señorita Spencer que me llame cuando haya tomado una decisión.

Estupefacta, Tally cerró la puerta y volvió al salón para mirar la tarjeta: Henry Fellows. Era abogado y nunca había oído hablar de él.

Suspirando, se dirigió al dormitorio de su madre y llamó a la puerta con los nudillos antes de abrir.

Crystal estaba frente a la ventana, de brazos cruzados, y cuando se volvió para mirarla con gesto aprensivo tenía los ojos rojos de tanto llorar.

–¿Se ha marchado ya?

–Sí, se ha ido. ¿Quién era ese hombre, mamá?

Crystal bajó los hombros.

–Mira, será mejor que te lo cuente porque te vas a enterar de todas formas: Roger ha amenazado con llamar a la policía.

–¿A la policía? ¿De qué estás hablando?

La historia que Crystal empezó a contarle no era del todo inesperada. Su madre había tenido problemas económicos a menudo, y a Tally no le sorprendió saber que tenía deudas cuando se fue a vivir a Mónaco con el empresario retirado Roger Tailford.

–Al principio, conseguía pagar los recibos de las tarjetas de crédito gracias al dinero que Roger me daba para ropa.

–¿Y no podías haberle contado la verdad? –le preguntó Tally.

–Roger es muy conservador con el dinero y yo sabía que no le gustaría, por eso no le dije nada –admitió Crystal–. Pero los intereses seguían aumentando y los pagos eran cada vez más difíciles. Yo estaba desesperada… y un día imité la firma de Roger en un cheque.

–¿Qué?

–Roger sigue usando cheques porque es muy anticuado. No tiene tarjetas de crédito y…

–¿Has dicho que falsificaste la firma de Roger? –la interrumpió Tally–. ¡Pero eso es un delito!

–Ya lo sé, no soy tonta. Pero así Roger y yo no teníamos que discutir y pensé que como él tenía tanto dinero no lo echaría de menos…

–¿Estás diciendo que lo hiciste más de una vez? –exclamó Tally, horrorizada.

–¡Estaba de deudas hasta el cuello! –gritó Crystal–. Tenía que pagar algo para que no me llevaran a juicio.

–Pero eso es robar, mamá. ¿Es que no te das cuenta? ¡Le robaste dinero a Roger! –Tally se pasó una mano por el pelo, nerviosa–. ¿Qué hacía aquí ese abogado?

–El contable de Roger revisó algunos de los cheques y descubrió lo que había hecho. ¡Por eso rompimos… me echó de su casa! –Crystal empezó a sollozar–. Ha enviado a su abogado para decirme que no me denunciará si le devuelvo el dinero.

Tally estaba pálida.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

Su madre mencionó una suma que la dejó sin aire. Era mucho más de lo que había esperado. Como se salió con la suya la primera vez, Crystal había seguido falsificando la firma de Roger y en dos años había robado una cantidad importante.

–¿Puedes devolverle el dinero? –le preguntó, angustiada. –No tengo un céntimo –le confesó su madre–. Nunca he tenido ahorros, tú lo sabes.

–Yo no tengo dinero en el banco. Lo que tengo está invertido en mi empresa y no puedo tocarlo porque la mitad es de mi socio –dijo Tally–. Y con esta crisis, no creo que me concedieran un préstamo. Así que sólo podemos hacer una cosa: pedirle el dinero a mi padre…

–No pierdas el tiempo. Anatole seguramente aplaudiría si fuera a la cárcel.

Esa noche, Tally llamó a su padre y, aunque no parecía muy comprensivo, tampoco se rió de la situación como había temido Crystal.

–¿Por qué no le pides ayuda a tu marido? Ah, sí, se me había olvidado, te aburriste de él y lo dejaste plantado.

Sorprendida por el sarcasmo, Tally murmuró:

–No, no fue así.

Pero era evidente que Anatole no estaba interesado en escuchar su versión de la historia. En su opinión, cuando presionó a Sander para que se casara con ella había ayudado a Tally a «casarse bien» y, al dejar a su marido, había tirado por la ventana esa oportunidad.

–Mira, estaré en Londres el miércoles –le dijo abruptamente–. Nos veremos para comer en el sitio de siempre, a la una.

Tally colgó, angustiada. Seguía sin saber si estaba dispuesto a ayudarla a evitar que su madre tuviese que ir a juicio. Ella sabía bien que Anatole estaba resentido por haber tenido que mantener a Crystal y a la hija ilegítima que había tenido con ella.

Cuando volvió de la oficina, después de pasar todo el día trabajando para un cliente que cambiaba de opinión cada cinco minutos, encontró a su madre deshecha en lágrimas.

–¿Qué ha pasado?

–Roger va a presentar la denuncia el lunes –le contó Crystal, clavando en ella unos ojos asustados–. Tally, ¿qué voy a hacer? Tu padre no va a ayudarme…

–He quedado a comer con él el miércoles.

–Seguramente sólo quiere verte para que le cuentes los detalles y reírse de mí.

–Esperemos que no –respondió Tally.

Aunque había tenido una aventura con otro hombre mientras estaba comprometida y embarazada de Anatole, algo que él nunca le había perdonado, Crystal lo había demandado para exigir una pensión alimenticia. De modo que era comprensible que Anatole no sintiera ningún cariño por ella.

En cualquier caso, Tally sabía que su padre no actuaba por compasión. Anatole Karydas era un empresario y no ganaba dinero siendo blando. Por otro lado, era su única salvación. No podía pedirle dinero a Sander cuando estaban en medio de un divorcio.

–Tengo que hacerte una proposición –le dijo Anatole, un hombre bajito y grueso de pelo

gris e inteligentes ojos oscuros, cuando estaban comiendo en su restaurante italiano favorito–. Te daré el dinero para evitar que Crystal tenga que ir a juicio, pero sólo si aceptas volver con tu marido.

Absolutamente atónita por la oferta, Tally estuvo a punto de atragantarse.

–Lo dirás de broma.

–No, yo no suelo bromear con las cosas serias. Y valoro mucho mi relación con los Volakis… son gente muy importante, con influencia en Atenas. –¿Y cómo puede favorecerte eso a ti? Nadie sabe que soy tu hija.

Anatole apretó los labios.

–Muchos de mis amigos y colegas saben que eres mi hija. Los padres de Sander lo contaron, de modo que ya no eres un secreto. ¿Y por qué ibas a serlo?

–Lo he sido casi toda mi vida –le recordó Tally.

Él hizo un gesto con la mano.

–En cualquier caso, me gustaría que volvieras con tu marido. –Pero eso es ridículo… –No, no lo es. Es lo más sensato y la mejor opción que tienes –la contradijo Anatole, aparentemente convencido–. No quiero que termines como tu madre, viviendo con un hombre y con otro hasta que termines en la calle y robando para sobrevivir. Quiero que mi hija tenga una vida normal y Sander Volakis puede darte eso.

–¡Yo misma puedo darme eso! –exclamó Tally–. Tengo una carrera y acabo de abrir una empresa…

–Aun así, estarías más segura con Sander.

Tally se quedó helada porque Anatole Karydas jamás había mostrado preocupación por su bienestar.

–Sé que no he sido un buen padre para ti –reconoció él entonces–. Sé que he cometido errores y he dejado que mi odio hacia tu madre y mi respeto por los deseos de mi mujer se interpusieran entre nosotros. Pero no quiero que quemes tus barcos con Sander Volakis. Así que, si quieres el dinero para salvar a Crystal, aunque no se lo merece, tendrás que darle otra oportunidad a tu matrimonio durante al menos un año. Lo que ocurrió con tu hijo fue una tragedia, lo sé, y espero que lo superes con el tiempo.

Atónita, Tally sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

–A los padres de Sander les dio completamente igual. Ni siquiera acudieron al funeral.

Anatole apretó su mano durante un segundo en un gesto torpe y enseguida la apartó, incómodo. Pero estaba claro que, aunque no era capaz de expresarlo en palabras, había sufrido al saber que Tally había perdido el hijo que esperaba con tanta ilusión y que hubiera sido su primer nieto.

–¿Aceptas mi oferta?

Irónicamente, aunque estaba furiosa porque Anatole intentaba manipularla como había manipulado a Sander para que se casara con ella, Tally no podía evitar sentirse conmovida por su preocupación. ¿Y cómo iba a dejar que su madre fuera a juicio y tal vez a la cárcel?

Se daba cuenta de que tendría que hablar muy seriamente con ella, intentar convencerla de que no podía vivir por encima de sus posibilidades e instigar cambios en su

comportamiento para evitar que volviera a hacer algo así.

–Sí… la acepto –respondió finalmente.

Se negaba a pensar en profundidad sobre el matrimonio con Sander y, sencillamente, aceptó que estaba poniendo su orgullo y su independencia en una pira funeraria para ayudar a su madre.

Como no habría podido soportar el tono satisfecho de Sander, decidió enviarle un mensaje de texto como una adolescente decidida a evitar una confrontación.

Sander, he cambiado de opinión. Estoy dispuesta a intentarlo de nuevo si aún es lo que quieres.

Sander la llamó mientras esperaba que su madre volviera a casa.

–Iré a buscarte para cenar…

–No, esta noche estoy ocupada –lo interrumpió ella–. Haré la maleta y te veré mañana en el apartamento.

–Vendí el apartamento el año pasado y compré una casa –dijo Sander, antes de darle la dirección, su acento griego más pronunciado que nunca–. Tally… no lo lamentarás.

Ella esperaba que así fuera. Aunque Sander pensaba que volvía con él por voluntad propia, Tally no veía razones para contarse la fea verdad. ¿Qué conseguiría con eso?

Estaba haciendo la maleta cuando Crystal volvió a casa y, al recibir la noticia de que Anatole estaba dispuesto a darle el dinero, se quedó completamente petrificada.

–¿En serio? Jamás pensé que Anatole fuera un buen samaritano.

–Ha puesto un precio… para las dos –le explicó Tally–. Yo tuve que aceptar darle otra oportunidad a mi matrimonio con Sander… y tú tienes que buscar un trabajo, mamá.

–¿Un trabajo? –repitió Crystal–. ¿De qué estás hablando? ¿Qué podría hacer yo?

–No lo sé, pero tienes que intentarlo –respondió Tally–. Tal vez podrías vender cosméticos en unos grandes almacenes, eso es algo que conoces bien. Tienes que encontrar un trabajo y dejar de vivir por encima de tus posibilidades.

–Pero llevo años sin trabajar…

–No necesitas que un hombre te mantenga, mamá. Ya no tienes que pagar tarjetas de crédito, así que harás lo que hace todo el mundo: trabajar para vivir y tener un presupuesto mensual.

Crystal parpadeó.

–Estás loca.

–No, te estoy diciendo lo que debes hacer. Anatole te ha rescatado ahora pero no volverá a hacerlo, estoy segura. Sé que no será fácil para ti empezar de nuevo y dejar atrás viejas costumbres, pero eres más fuerte de lo que crees, mamá. Y las cosas tienen que cambiar. No puedes gastarte un dinero que no tienes.

–Podría hacerlo si mi hija, que está casada con un millonario, me ayudase –protestó su madre.

–No voy a pedirle a Sander que te dé dinero, lo siento. Ya es suficiente con verme forzada a volver con él cuando no quiero hacerlo.

–A mí no puedes engañarme –dijo Crystal entonces–. Yo sé que no volverías con Sander Volakis si no quisieras hacerlo. Ese hombre es el amor de tu vida.

Crystal seguía enfadada, pero unas horas después Tally había conseguido extraerle la promesa de que lo intentaría.

Al día siguiente, Robert se quedó sorprendido cuando Tally le contó lo que había pasado.

–¿Vas a volver con Sander Volakis? ¿Por qué?

–Cuando nos vimos en la casa de Francia me pidió que le diese otra oportunidad –admitió ella, nerviosa–. Lo he pensado y he decidido que tiene razón…

–Pero tú eras infeliz con él. –Las cosas empezaron a ir mal cuando murió nuestro hijo, pero antes éramos felices. –¿Y nosotros? –le preguntó Robert–. ¿Qué pasa conmigo, Tally?

–Somos amigos, nunca hemos sido nada más.

–¿Y de quién es la culpa? Tú querías esperar a que el divorcio estuviera finalizado…

–Seguimos siendo socios y no quiero que nos enfademos.

–Somos socios y eso no va a cambiar –asintió él, con innecesaria vehemencia–. Pero ya puedes decirle a Sander Volakis que no voy a permitir que compre mis acciones en Diseños Tallulah.

Después de tan emocional confrontación, Tally, agotada, se preguntó si habría dejado que Robert se hiciera expectativas irreales. Ella sólo lo quería como amigo y jamás había pensado en él como algo más.

Capítulo 4

A las siete de la tarde, Tally llegó con su equipaje a la casa que Sander había comprado.

Era un edificio grande, imponente, amueblado de manera tradicional, nada que ver con su antiguo apartamento. De hecho, parecía una casa familiar más que la vivienda de un hombre soltero.

Pero el estudio resucitó infortunados recuerdos del pasado, cuando él no volvía a casa hasta altas horas de la madrugada o se quedaba trabajando hasta las tantas en su ordenador...

Tally dejó sus cosas en el dormitorio de invitados. Iban a darse otra oportunidad, pero eso no significaba que tuvieran que acostarse juntos de inmediato.

De hecho, poner cierta distancia entre los dos mientras se acostumbraba a la idea de volver a ser su mujer le parecía lo mejor.

En cualquier caso, se vistió con sumo cuidado para su primera cena en Londres, eligiendo un vestido de flores que acariciaba sus muslos y se ajustaba a sus pechos.

Cuando oyó que se abría la puerta de entrada se levantó, el corazón palpitando locamente, y esperó en la puerta del salón, adonde la había acompañado el ama de llaves.

Con un traje de chaqueta oscuro, el cabello despeinado por el viento y sombra de barba, Sander la miraba fijamente.

En su opinión, la única palabra que podía definirlo era «hermoso». Tenía la belleza de un predador.

–¿Tienes hambre? –le preguntó él, a modo de saludo.

Y a ella le dio un vuelco el corazón, el deseo sexual atravesándola como una espada.

–No, la verdad es que no.

–Podemos comer algo, charlar…

–Me he instalado en la habitación de invitados –dijo, para dejar eso claro antes de nada.

–Muy bien. Espero que no te quedes allí para siempre, pero soy un hombre paciente.

–Antes no lo eras.

Sander clavó en ella sus ojos dorados.

–Quiero que sigamos casados y haré lo que tenga que hacer para conseguirlo, *yineka mou*.

Que fuese tan directo la sorprendió, recordándole que se escondía detrás de la mentira de que quería volver con él por decisión propia.

–No será fácil.

–Un masoquista dijo una vez que nada que mereciese la pena era fácil de conseguir –bromeó Sander para romper la tensión.

El elegante vestido era mucho para una chica que una vez había pensado que una gota de perfume era el colmo de la formalidad, de modo que Tally había hecho un esfuerzo, pensó Sander. Y podía ver lo nerviosa que estaba.

Aún no había entendido, pensó con cierta ternura, que el único vestido que admiraba era el que podía quitarle en un segundo. Pero tendría que hacer un esfuerzo para disimular.

Tally se quedó dormida esa noche en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, el estrés y el agotamiento dejándola rendida. Había vuelto con Sander y, aunque no dormían juntos, que él lo hubiera aceptado sin protestar o sin pedirle explicaciones le hacía saber que de verdad estaba dispuesto a intentarlo de nuevo.

Tal vez tendrían otro hijo, se encontró pensando. Pero enseguida se vio sobrecogida por un abrumador sentimiento de culpa y decidió que era demasiado pronto para pensar en ello.

No había manera de reemplazar al niño que había perdido. Incluso pensar que podría algún día formar una familia era un paso demasiado grande para ella.

Una mano rozó su hombro suavemente y Tally abrió los ojos, sorprendida. Sander estaba al pie de la cama.

–Hola… ¿qué hora es?

–Temprano, no te preocupes –dijo él–. Es el día de nuestra reconciliación –le recordó luego–. Y nos vamos de vacaciones.

–¿De vacaciones? –repitió Tally–. ¿Por qué?

–A veces tengo buenas ideas –respondió Sander–. Necesitamos tiempo para acostumbrarnos el uno al otro de nuevo y no creo que fuese fácil teniendo alrededor amigos y familiares. Así que nos vamos a mediodía.

–¿Adónde?

Él la miró con una sonrisa enigmática.

–Es una sorpresa. Pero todo está organizado, así que no tienes que hacer nada. Ni siquiera la maleta.

–Pero… ¿cómo que no tengo que hacer la maleta? –exclamó Tally.

–Le he pedido a una amiga que envíe una selección de ropa de verano a la villa en la que

nos alojaremos. No quiero que tengas que preocuparte por nada… y no quiero que te enfades, es un regalo –se apresuró a decir Sander.

–¿Cuánto tiempo estaremos fuera? Yo tengo un negocio que llevar. Tengo clientes esperando…

Él le puso un dedo sobre los labios.

–Sólo por una vez, piensa en nuestro matrimonio antes de nada. Eso es lo que yo voy a hacer. Los clientes van y vienen, los matrimonios son mucho más frágiles –le dijo–. Tenemos una oportunidad y vamos a aprovecharla, *moli mou*.

Tally se quedó asombrada. ¿Estaba dispuesto a hacer ese esfuerzo cuando nunca antes lo había hecho?

Pero Sander Volakis era un adicto al trabajo y si él estaba dispuesto a olvidarse de la naviera Volakis, ella podía hacer lo mismo, se dijo.

Sonriendo por primera vez en muchos días, Tally se levantó de la cama y llamó a Belle, su ayudante, para decirle que se iba de vacaciones. Entre las dos, revisaron su agenda para informar a los clientes de que debían esperar unos días o decirles que hablaría con ellos por videoconferencia.

Con un sencillo vestido de lino verde y una bolsa de viaje, Tally se dirigió al aeropuerto con el corazón sorprendentemente alegre. Experimentaba una emoción que no había sentido en mucho tiempo y que la hizo ruborizarse como una adolescente cuando subió al jet privado de Sander y se encontró con la mirada de su marido.

Tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, se vio obligada a admitir. Y ese pensamiento le exasperó. Desde que rompió con él había intentando controlar sus emociones porque el dolor le había enseñado a protegerse a sí misma... pero, desgraciadamente, cuando estaba con Sander se olvidaba de todo eso.

Crystal había dicho que era el amor de su vida, una afirmación que ella rechazaba.

No, ya no amaba a Sander, se recordó con una pizca de orgullo. Había superado su corazón roto después de la ruptura de su matrimonio. La cruda realidad había destrozado sus ilusiones cuando Sander no pareció compartir su dolor y siguió adelante, aparentemente inmune a la depresión, a la pena, a la desolación que la muerte de su hijo había provocado en ella.

Aunque empezaba a sospechar que esa interpretación no era justa del todo, Tally había aprendido a vivir sin él y sin el aura sensual que lo acompañaba a todas partes.

Su padre la había chantajeado para que le diese otra oportunidad a ese matrimonio y no tenía intención de creer que pudiese llegar a buen puerto. Sólo era una reconciliación temporal, durante un año.

¿Podría vivir con Sander durante todo un año y no poner en peligro su corazón?, se preguntó.

Sander había vivido con ella durante su matrimonio sin demostrarle que era realmente importante para él. Había mantenido los pies en el suelo y esa vez ella haría lo mismo, se prometió.

–¿Dónde estamos? –le preguntó unas horas después, mientras bajaban del avión en un soleado aeropuerto.

–En Marruecos –respondió Sander, recogiendo los pasaportes y poniendo una mano en su cintura para llevarla a la limusina que los esperaba a pie de pista–. Un amigo me ha ofrecido su casa en la costa.

Tally, que ya había sacado esa conclusión por el calor, el paisaje y porque todo el mundo hablaba en árabe o francés, se relajó.

Viajaron hacia la costa siguiendo una ruta montañosa, con un fabuloso paisaje de valles cubiertos de olivos y árboles frutales. Los almendros estaban florecidos, sus capullos como nubecitas blancas.

Empezaba a atardecer cuando la limusina se detuvo frente a una enorme casa pintada de blanco, rodeada de lujosos jardines.

Al bajar del coche, Tally escuchó el sonido de las olas golpeando la playa y respiró la brisa del mar.

–¿Has estado aquí alguna vez? –le preguntó.

–Cuando era estudiante –respondió Sander.

–¿Ah, sí?

–Fui al colegio con Alexei Drakos. Esta casa es suya –dijo él, tomando su mano para llevarla hacia el jardín.

Tally se quedó impresionada por esa referencia a uno de los hombres más ricos del mundo, pero no dijo nada.

Sander se detuvo al borde de una piscina desbordante, frente a una cala de arena dorada. –Es un sitio fabuloso. En un mundo perfecto, te habría traído aquí de luna de miel.

Tally recordó las primeras semanas de su matrimonio, cuando Sander había tenido que concentrarse en salvar la naviera familiar más que en su nueva esposa. Pero sería mejor olvidar tan amargos recuerdos.

En la entrada de la casa fueron recibidos por Abu, un empleado que llevaba una larga chilaba blanca y que se mostró encantado de tener invitados.

Decorada a la manera árabe tradicional, con colores fuertes, azulejos pintados a mano y opulentas telas, la casa contaba además con todo tipo de lujos y las más modernas tecnologías. Y el dormitorio principal tenía un cuarto de baño de mármol dorado que parecía sacado de *Las mil y una noches*.

–Tú puedes usar esta habitación –dijo Sander–. Yo usaré una de las habitaciones de invitados.

Después de una cena fabulosa, Tally disfrutó de una relajante ducha y luego, envuelta en un vestido de algodón, se sentó en la terraza desde la que podía ver el mar, las montañas, el puerto y hasta los minaretes de las mezquitas de un pueblo cercano.

Sonriendo, le envió un mensaje de texto a su ayudante para decirle dónde estaba y luego, por fin, se tumbó en la enorme cama y cerró los ojos, sintiéndose más relajada que en muchos meses.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Tal vez saber que Sander estaba cerca hacía que se sintiera segura?

Cuando despertó, un par de empleadas estaban colgando su ropa en el armario y,

sintiéndose estupendamente descansada, sonrió a las dos jóvenes en su oxidado francés y examinó la ropa que Sander le había prometido.

La selección era impresionante, pero eligió un sencillo biquini azul y un pareo antes de bajar a desayunar.

Abu la recibió al pie de la escalera y la informó de que habían llegado flores para ella. Cuando le mostró el magnífico ramo de elegantes rosas blancas, Tally salió a la terraza, donde Sander estaba tomando el desayuno.

–Las flores son preciosas, muchas gracias.

Él la miró, con el ceño fruncido.

–¿Qué flores? Yo no te he enviado flores.

–Ah… –Tally volvió al interior de la casa para investigar y esa vez encontró una discreta tarjetita entre las flores.

–«Pensando en ti. Robert» –Sander leyó el mensaje por encima de su hombro, sin poder creerlo–. ¿Cómo se atreve?

Mortificada por haber pensado que Sander le había enviado las rosas, Tally tragó saliva.

–Le diré a Abu que las tire –anunció él.

–No, de eso nada. Son preciosas –protestó Tally–. Además, ¿por qué no va enviarme flores Robert?

–Porque es inapropiado –respondió él, mirándola con expresión airada–. Eres mi mujer.

Tally se encogió de hombros. No tenía intención de involucrarse en una absurda discusión por un ramo de flores.

En la terraza, tomaron yogur, fruta fresca y cruasanes rellenos de chocolate. Cuando terminaron de desayunar, Sander por fin había recuperado el buen humor y salieron de la casa para pasear por la playa. Tally se quitó el pareo y empezó a jugar en la orilla como una niña…

–Nunca pudimos relajarnos así cuando estábamos casados. Entonces yo trabajaba demasiado –dijo Sander, con expresión apenada–. Sólo llevábamos juntos unas semanas cuando te quedaste embarazada, de modo que no nos conocíamos bien…

–Sí, es verdad –reconoció Tally–. Entonces no lo veía así, pero es cierto.

–Tuvimos que portarnos como adultos y yo no estaba preparado para esa responsabilidad –siguió diciendo él, mirando el mar.

–No tuviste tiempo para acostumbrarte a la idea de ser padre.

Sander giró la cabeza para mirarla.

–En lo que se refiere al niño, era algo más que eso.

–¿Algo más?

Sander hizo una mueca.

–Yo no tuve una infancia feliz. Nadie me trató mal, pero sencillamente no fui un niño deseado o querido. No sé qué hice para que fuera así, pero mi madre parecía sentir repulsión cada vez que la abrazaba y mi padre no tenía tiempo para mí… Sin embargo, Titos recibía todo su cariño –le contó, encogiéndose de hombros después de tan sorprendente revelación, como si estuviera por debajo de él reconocer cuánto le dolía.

Tally tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su compasión porque sabía que a Sander le resultaba muy difícil hablar de cosas tan personales.

–No lo sabía –murmuró.

–Entonces decidí que nunca tendría hijos –siguió diciendo él–. No quería hacerle a un niño el daño que me habían hecho a mí y temía ser tan frío como mis padres.

Tally se quedó helada porque jamás se le había ocurrido que tuviera dudas sobre su capacidad para ser un buen padre. Había atribuido sus reticencias a algo más superficial y egoísta.

–Yo creo que, si tuvieras oportunidad, serías un buen padre. Tú no eres como ellos –le dijo–. Soy la primera en admitir que apenas los conozco, pero por lo que he visto, me parecen unas personas frías y sin sentimientos.

Sander tuvo que sonreír.

–Eres muy amable –murmuró, burlón, antes de besarla con un fervor que hizo que se le doblasen las rodillas.

Tally puso las manos sobre sus hombros para no perder el equilibrio y lo miró, con el corazón en la garganta. Era una reconciliación falsa, se recordó. No quería volver con Sander y no quería amarlo. Pero él no lo sabía y eso la hizo sentir culpable, porque ella no era una persona deshonesta.

Sin embargo, cuando volvió a besarla, su mundo se puso patas arriba. Sentía un calor insoportable en la pelvis, sus pezones endureciéndose bajo el biquini.

Estaba preguntándose si tenía que amarlo para acostarse con él, pero Sander la sacó de ese conflicto sugiriendo que se bañasen un rato.

No parecía querer seguir con lo que habían dejado a medias y Tally no se atrevió a protestar.

Dos días después, llegó el segundo ramo de rosas.

Te echo de menos. Robert, decía la tarjeta.

–¡Esto es ridículo! –exclamó Sander, rompiéndola en pedazos–. ¿Qué pretende ese hombre?

–Nuestra reconciliación tomó a Robert por sorpresa –intentó explicar Tally–. Y está siendo deliberadamente provocador… lo cual es muy raro en él. Pero debe de ser culpa mía que se sienta abandonado.

–¿Qué significa Miller para ti? –le espetó Sander.

–Somos amigos y le tengo mucho cariño, pero no quiero hablar de él. Ahora que estoy contigo otra vez, todo ha cambiado.

Aunque molesto por su reticencia, Sander decidió dejar el tema. Pasaron la tarde buceando y el día terminó con una cena en un restaurante del puerto. Cuando volvieron a la villa, Abu les sirvió un té de menta con pastelitos que se derretían en la boca.

Sander le entregó entonces una cajita de piel.

–Lo compré en Londres y me gustaría que te lo pusieras.

Dentro de la caja había un anillo y Tally lo miró, sorprendida.

–¿Es demasiado pronto? –abruptamente, Sander se levantó para dirigirse a la barandilla

de la terraza, mirándola con impaciencia–. Estoy intentando respetar las reglas que tú has impuesto, pero no es fácil para mí. No quiero ser tu nuevo amigo, *moli mou.*

Desconcertada y confusa por el deseo de echarse en sus brazos, Tally miró el anillo de nuevo. Le parecía algo tan tradicional para un hombre que rara vez era predecible…

–Quiero ser tu amante, tu marido, el padre de tu segundo hijo –siguió Sander, con voz ronca.

Esa declaración envió un escalofrío de anhelo por su espina dorsal. Como amante era fabuloso y resistirse a su poderoso carisma era cada día más difícil porque ya no era la joven inocente que había sido cuando lo conoció.

Pero debía hacerlo. Aún era demasiado pronto.

Esa noche, sola en la enorme cama, Tally se cuestionó si estaba fingiendo con Sander. Desde luego, no estaba fingiendo que se sentía feliz. Sander era muy buena compañía y le había contado cosas de su infancia, algo que no había hecho cuando estaban casados. Esa demostración de confianza y su evidente intención de hacer las cosas de otra manera significaban mucho para ella porque Sander era un hombre muy independiente, nada sentimental y nada dado a examinar sus actos.

De nuevo, Sander era en lo primero que pensaba por la mañana al despertar y en lo último que pensaba cuando se iba a dormir.

Pero, aunque él no lo sabía, dormir sola había sido una manera de declarar su independencia. Algo le decía que no sería sensato usar el sexo como recompensa cuando era algo que Sander podía tener cuando quisiera. Ignorar eso sería una estupidez por su parte.

«El padre de tu segundo hijo».

Que hubiera dicho eso le emocionaba hasta tal punto que sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía negar que le gustaría tener otro hijo. Había un espacio vacío dentro de ella que sólo podía ser llenado por un niño, tuvo que reconocer. Tal vez ésa era la curación que necesitaba…

Antes de que pudiese cambiar de opinión, Tally saltó de la cama y cruzó el pasillo hasta la habitación que ocupaba Sander.

Él estaba tumbado en la cama con un calzoncillo oscuro, viendo un canal de noticias económicas. Al oírla entrar giró la cabeza, sorprendido.

Pero Sander era, como siempre, un hombre astuto y, flexionando sus poderosos músculos, se sentó en la cama y alargó una mano en muda invitación.

Con el corazón latiendo a mil por hora, Tally aceptó esa mano.

–No hay marcha atrás, *yineka mou.*

Era tan típico de Sander mostrarse agresivo y aprovechar un momento de debilidad poniendo condiciones, que Tally casi estuvo a punto de soltar una carcajada.

–Muy bien –asintió.

–Y mañana te pondrás mi anillo y no volverás a quitártelo.

Tally miró sus ojos dorados, el corazón palpitando dentro de su pecho. No podía creer que tuviese tanta cara… estaba ofreciéndole sexo sólo si se comprometía a un matrimonio a largo plazo.

Si algo demostraba cuánto había cambiado y madurado Sander, era esa proposición. Pero había vuelto a vivir con él a cambio de que su padre pagase la deuda de Crystal y no había pensado bien lo que estaba haciendo.

Era el momento de tomar una decisión y Tally se dio cuenta en ese instante de que no había la menor duda. Sólo había un hombre en el mundo para ella, sólo un hombre le hacía sentir lo que Sander le hacía sentir y no podía decirle adiós, le costase lo que le costase esa decisión.

Seguía amándolo a pesar de todo. Seguía amándolo más de lo que había creído que podría amar a una persona.

Sander se inclinó hacia delante para buscar sus labios y ese contacto despertó el fuego que ardía dentro de ella. Tally le devolvió el beso apasionadamente mientras él le abría las piernas para acariciar le los húmedos pliegues entre los muslos.

Estaba tan húmeda, tan excitada, que cuando él rozó el capullo escondido entre sus rizos tuvo que morderse los labios para no gritar.

Sander le introdujo un dedo en su interior y Tally se dejó llevar por las sensaciones, agarrándose a sus hombros, su útero contrayéndose de excitación. Las olas de placer llegaban cada vez más rápidamente mientras ella movía las caderas adelante y atrás… y la sacudió el orgasmo con una explosiva intensidad que parecía no terminar nunca. Que no había terminado cuando Sander se quitó los calzoncillos para entrar en ella con masculina energía.

Tally se sentía tan increíblemente excitada que gritó:

–¡No pares!

–No lo haré –sujetándola de las caderas, Sander se enterró en ella hasta el fondo.

Tally disfrutaba de cada embestida, pero de repente no podía respirar y, dejando escapar un desinhibido grito de satisfacción, sintió que el mundo se rompía en pedazos a su alrededor.

–No he usado preservativo –murmuró Sander después, intentando llevar aire a sus pulmones. Ella sonrió, besando su hombro cubierto de sudor. –No importa.

Al día siguiente, Tally tuvo un par de videoconferencias con dos de sus mejores clientes y luego salió del estudio para que pudiera usarlo Sander. Por primera vez en muchos meses se sentía feliz y sabía que esa renovada alegría de vivir se debía a su marido.

Durante el mes que siguió, su felicidad fue en aumento. Pasaban los fines de semana en un hotel en Marrakech, donde visitaban galerías de arte, cenaban en fabulosos restaurantes y tomaban alguna copa en los clubes y las terrazas de moda. Durante la semana tenían una rutina de trabajo, compartiendo el estudio por las mañanas… sólo con alguna discusión sin importancia.

El resto del tiempo lo pasaban buceando, paseando por la playa o explorando diminutos pueblos en las montañas, donde el tiempo parecía haberse detenido. Cuando no tenían ganas de hacer nada, se relajaban en la piscina o comían en la playa. Se habían convertido en amantes, felices el uno en la compañía del otro, cómodos en el silencio.

Cuando volvieron a Londres, su reconciliación había durado seis semanas y Tally ya tenía la secreta esperanza de haber concebido de nuevo.

Capítulo 5

De vuelta en Londres, justo antes de que Sander entrara en el ascensor para ir a comer con Tally, su ayudante lo llamó para que volviese a la oficina urgentemente.

Se había acostumbrado a tener a Tally a su lado continuamente mientras estaban en Marruecos y había pensado darle una sorpresa, pero sabiendo que su ayudante sólo lo llamaría si se trataba de algo urgente, volvió a la oficina de inmediato.

Desconcertado, se encontró hablando con un abogado francés al que no conocía, Edouard Arpin. Y lo que Edouard Arpin tenía que decirle fue una sorpresa muy desagradable: Oleia Telis había muerto en un hospital de París a consecuencia de una neumonía y su entierro había tenido lugar el día anterior.

Sander se quedó atónito por la noticia sobre la joven griega de la que había estado enamorado cuando era joven, pero lo que más le sorprendió fue que Oleia lo hubiese convertido en su heredero. Y, aparentemente, su presencia era necesaria en París de inmediato.

Sacudió la cabeza, apesadumbrado. Tenía al menos una docena de preguntas que hacerle al abogado, pero el hombre ya había cortado la comunicación.

¿Por qué lo habría nombrado Oleia su heredero? Y en el peor momento, además. Tally y él habían retomado su matrimonio y lo último que necesitaba era la sombra de una antigua amante. Y Oleia precisamente, de quien Tally tenía razones para sospechar.

¿Oleia, exótica y alegre como un pájaro, había muerto? Le parecía imposible.

Cuando recordó su último encuentro con ella tuvo que hacer una mueca. No, no había sido su mejor momento. Había pasado más de un año desde la última vez que la vio y ni siquiera sabía que se había ido a vivir a París.

No tenía parientes, pensó entonces. Era huérfana, había sido criada por su padrino y se había independizado a los dieciocho años, cuando recibió la extensa fortuna de sus padres. ¿Pero qué podía haberle dejado en su testamento?

Iría a París al día siguiente, solucionaría el asunto y volvería a casa de inmediato sin decirle nada a Tally.

Guardar secretos no iba con su honesta naturaleza, pero el deseo de hacer feliz a su mujer era más importante para él en ese momento. No quería conflictos y nunca le habían gustado las sorpresas. Por eso seguía sin entender por qué Tally había vuelto con él después de haberle dicho que no quería verlo nunca más. Ella no era una mujer caprichosa, al contrario.

Y de repente Oleia, que nunca antes lo había sorprendido, lo nombraba su heredero. Tal vez la joven griega le había dejado algún regalo cargado de ironía como recordatorio de su problemática relación… y de su incapacidad para perdonar.

Sander nunca había podido perdonar que lo engañase con otro hombre cuando tenía veinte años. Como un elefante que no olvida nunca, había seguido enfadado con ella.

¿Había tenido que morir para que se diera cuenta de lo absurdo de su comportamiento?

A la mañana siguiente, Sander no esperaba que Tally despertase antes de salir de casa para tomar su vuelo a París. Estaba haciéndose un café en la cocina cuando ella apareció en la puerta, envuelta en un albornoz rosa, los ojos verdes cargados de sueño y sus carnosos labios

como una tentación...

–Sigues despertando al amanecer.

–Porque tengo que tomar un avión a primera hora si quiero volver a casa esta noche. –¿Adónde vas? –A París. Tally se dio cuenta de que parecía tenso. –¿Ocurre algo? Sander se encogió de hombros. –No, no. ¿Por qué iba a ocurrir nada? –¿Has discutido con tu padre? –insistió ella, sospechando que podía ser eso. Sander era demasiado leal como para quejarse de sus problemas con Petros Volakis.

–Mi padre está prácticamente retirado. Aunque nunca me ha perdonado por ganar el voto de confianza del consejo de administración.

–Pero necesitabas el apoyo del consejo para llevar a cabo los cambios. Se le pasará –auguró Tally.

–Mis padres no tienen por costumbre olvidar una ofensa –dijo Sander.

Y era cierto, tuvo que recocer Tally. Incluso cuando estaba embarazada de su nieto, Petros y Eirene Volakis no habían hecho el menor esfuerzo por recibirla con los brazos abiertos, al contrario. Y hacían lo mismo con Sander. Era su hijo, el único que les quedaba, pero parecía condenado a estar eternamente a la sombra de su difunto hermano Titos, que había muerto en un accidente de tráfico un par de años antes.

Su actitud enfurecía a Tally, que sabía que había sido Sander quien salvó la naviera Volakis mientras que Titos había estado a punto de destruirla.

Aprovechando que su marido estaría todo el día fuera, Tally decidió pasar un día más o menos relajado haciendo bocetos para una clienta.

Sander tuvo que esperar en el recibidor de Edouard Arpin y la espera aumentó su nerviosismo. Cuando por fin una secretaria lo llevó al despacho del abogado, el hombre le entregó una carta manuscrita que le aseguró respondería a todas sus preguntas.

Era una carta de Oleia… y aparentemente una carta muy larga.

–Esto es absurdo –murmuró mirando los folios. ¿Por qué le había escrito Oleia una carta? ¿Quién escribía cartas hoy en día?

–Creo que todo quedará claro una vez que haya leído la explicación de mi clienta –dijo el abogado, antes de salir del despacho.

Conteniendo un gruñido de irritación y estirando las piernas para relajarse, Sander se dispuso a leer el documento.

Desafortunadamente, cuando leyó la inesperada palabra «hija» frunció el ceño, sorprendido, y tuvo que volver a leer la frase entera con mayor concentración. Mientras leía, tuvo un horrible presentimiento…

Una vez el presentimiento confirmado, se levantó de un salto y tiró los papeles al suelo en un gesto de horror.

No, no podía ser cierto, pensó, incrédulo, incapaz de seguir leyendo. Él no podía haber dejado embarazada a Oleia después de una sola noche, cuando su matrimonio con Tally se rompió…

¿O sí?

Tenía que admitir que era posible.

Pero Dios no podía castigarlo de ese modo. ¿No había perdido ya a un hijo? ¿No era ése castigo suficiente?

Se negaba a creer que aquella noche loca con la mujer equivocada hubiera dado como resultado un hijo, algo que Tally nunca aceptaría ni perdonaría.

Había cometido un error, e hizo lo que pudo para explicárselo a Oleia. Pero desde entonces, esa noche había pesado sobre su conciencia.

Y acababa de descubrir que Oleia se había quedado embarazada y había tenido una niña…

¿Pero dónde estaba esa niña? ¿La habría dado en adopción?

Intentando llevar aire a sus pulmones, y con la frente cubierta de sudor, Sander se vio obligado a recuperar la carta del suelo y leerla de nuevo con más cuidado para responder a esa pregunta.

Aparentemente, Oleia había llamado a su hija Lili y no la había dado en adopción. Era difícil imaginar a una chica tan alegre y despreocupada como ella asumiendo la responsabilidad de ser madre soltera… de hecho, no podía imaginarlo en absoluto. Y, sin embargo, eso era lo que había hecho.

Dejando claro que había intuido cuál sería su reacción ante la noticia, Oleia lo informaba en la carta de que había llevado un mechón de pelo de Lili a un conocido laboratorio especializado en muestras de ADN para que Sander hiciese allí las pruebas de paternidad.

Había algo tan aterrador, tan determinante en esa información…

Sander dobló los folios y los guardó en el bolsillo de la chaqueta, incapaz de soportar más revelaciones.

¿Podría ser cierto que se había convertido en padre sin saberlo? ¿Que había tenido una hija con Oleia Telis? Consternado, se acercó a la ventana y fue en ese momento cuando Edouard Arpin entró en el despacho.

El abogado habló clara y concisamente y Sander por fin entendió por qué su presencia había sido urgentemente requerida en París. Una niña de cuatro meses acababa de perder a su madre y él era su tutor legal. Que quisiera o no hacerse la prueba de paternidad era asunto suyo y no tenía nada que ver con la realidad: Oleia lo había convertido en el tutor de su hija.

Cuando interrogó a Edouard sobre las circunstancias de la muerte de Oleia se quedó sorprendido al saber que su desenfrenado estilo de vida había debilitado su sistema inmunitario hasta tal punto que una simple neumonía había provocado su fallecimiento. Además, la niñera de Lili había presentado la renuncia y había que tomar una decisión a toda prisa.

No podía dejar de preguntarse qué esperaría Tally de él. Sabía que su reticencia a ser padre había contribuido a que no creyese en él como marido. Después de todo, Tally había tenido una pésima experiencia con Anatole Karydas y esperaba mucho de un hombre. Sólo deseaba que esa triste verdad se le hubiera ocurrido cuando estaban casados.

Sander salió del despacho de Edouard Arpin y se dirigió al laboratorio de ADN, decidido a quitarse de en medio esa formalidad. Y el proceso de tomar una muestra de saliva duró apenas unos segundos.

En el apartamento de Oleia, Sander fue recibido por la niñera, Suzette, una rubia con

cara de mal humor, y antes de llegar al pasillo oyó el lastimoso llanto de un bebé.

La niña, según Suzette, era imposible. Se negaba a dormir, se negaba a comer… ¿cuándo llegaría la nueva niñera?

La niña no dejaba de llorar y, con el ceño fruncido, Sander tuvo que admitir que aún no había contratado a nadie, pero lo haría lo antes posible. Se ofreció a aumentarle el salario a Suzette si se quedaba unos días y, sonriendo, la rubia asintió mientras lo llevaba a la habitación de Lili.

Tan estruendoso era el ruido que no le habría sorprendido ver un montón de bebés llorando al mismo tiempo, pero en la cuna sólo había una niña diminuta. Tenía la cara roja de tanto llorar y llevaba puesto un pijama que parecía demasiado grande para ella.

Sander no experimentó una inmediata emoción al ver a su hija pero, por un momento, recordó al niño que ni siquiera había podido respirar. Recordó esos terribles minutos en los que los médicos se afanaron en vano para salvar una vida que ya estaba perdida… recordaba el silencio cuando cualquier sonido habría sido bienvenido; un silencio roto finalmente por el llanto de Tally.

Recordaba haber intentado consolarla y no llorar mientras le apretaba la mano, preguntándose si sus reticencias ante la idea de ser padre podían haber causado la tragedia.

–¿Lili llora así todo el tiempo? –le preguntó a la niñera.

–*Toujours*… siempre –contestó la mujer–. Apenas puedo dormir.

Intentando ser práctico, Sander decidió llevarse a la niña a Londres. Los muebles del apartamento de París serían llevados a un guardamuebles hasta que decidiera qué iba a hacer con ellos.

Y luego hizo lo que le salía de manera natural: tomar decisiones. Llamó a Edouard Arpin y se puso en contacto con una agencia de empleo en Londres, donde le prometieron enviar a las mejores niñeras a la suite del hotel que había reservado para que pudiese entrevistarlas.

Tenía que llevarse a Lili a Londres, pero no podía llevarla a casa con Tally.

–Iré a Londres con ella y se la entregaré a la nueva niñera –asintió Suzette. Para entonces, la niña se había quedado dormida.

Sander miró a su hija. No veía ningún parecido con él y no sentía absolutamente nada. ¿Era aquella niña su hija de verdad? ¿Sangre de su sangre? De ser así, ¿no debería sentir algo?

Pero tenía algo más que hacer en París, de modo que compró flores para la tumba de Oleia, las orquídeas de color violeta que tanto le gustaban. Por primera vez, deseó tener la fe de Tally, pero no encontraba consuelo en las oraciones. Lo que había pasado, había pasado, y nada de lo que dijera o sintiera podía cambiar eso.

Cuando Sander llamó por teléfono para decir que volvería al día siguiente, Tally no se sorprendió. Parecía preocupado y pensó que tendría algún problema en la empresa. Pero media hora más tarde recibió otra llamada que sí le sorprendió. Era su hermanastra, Cosima Karydas, rompiendo un silencio de casi dos años. Cosima ni siquiera había ido a su boda con Sander, manteniendo así las distancias con la hija ilegítima de su padre.

La hija pequeña de Anatole, nacida de su matrimonio con una mujer griega, nunca había querido aceptar la existencia de Tally, que había crecido sin las ventajas materiales de las que ella sí había disfrutado.

–Qué sorpresa –dijo Tally.

–Siento no haberte llamado antes… ya sabes que estoy muy liada.

–Sí, claro –asintió ella, intentando disimular una nota de sarcasmo.

–¿Podemos comer juntas mañana? Estoy deseando verte.

Contenta por el entusiasmo de Cosima, pero sorprendida por su impaciencia después de tan largo silencio, Tally aceptó quedar con ella.

Su hermanastra, como era de esperar, llegó tarde al restaurante en el que habían quedado. La gente volvía la cabeza a su paso porque, con su largo y sedoso pelo negro enmarcando su rostro ovalado y sus brillantes ojos oscuros, Cosima resultaba una chica muy guapa.

–Me alegro de que hayas vuelto con Sander –le dijo mientras tomaban una copa de vino–. Y te entiendo, la verdad es que es guapísimo.

Tally sonrió. Le sorprendía que se mostrase tan contenta por su reconciliación con Sander, pero se alegraba de que fuera así.

–Sí, lo es. Es el hombre más guapo que he conocido nunca.

Cosima carraspeó.

–La verdad es que yo he oído algo… pero debes prometer que no le dirás a papá que te lo he contado.

Tally frunció el ceño.

–No diré nada, te lo prometo.

–Por cierto, nunca te pedí disculpas por lo que hice… echar esa pastilla en tu cóctel fue una barbaridad –reconoció Cosima–. Entonces no tuve coraje para pedirte perdón.

–Fue hace mucho tiempo, no te preocupes. Imagino que te estás haciendo adulta –intentó bromear Tally.

–Sí, bueno… –Cosima se apartó el pelo de la cara–. La verdad es que ahora no sé si debo contarte la historia de la que me he enterado recientemente…

–No sé de qué estás hablando. ¿Por qué no empiezas por el principio?

–Érase una vez… –empezó bromeando su hermanastra. Pero enseguida sus ojos se oscurecieron– una chica muy guapa llamada Oleia Telis.

Tally palideció al escuchar ese nombre por primera vez en tanto tiempo.

–La conozco.

–Entonces sabes que Oleia y Sander…

–Salían juntos hace años, sí –la interrumpió Tally, preguntándose por qué quería hablar de Oleia.

–Un pajarito me ha dicho que se vieron después de vuestra ruptura –dejó caer Cosima–. Pensé que deberías saberlo, pero no quería darte un disgusto, de verdad. Hay gente hablando por ahí.

Tally hizo una mueca.

–Sé que Oleia haría lo que fuera para recuperar a Sander, de modo que no me sorprende que haya rumores sobre ellos.

–Es algo más serio que un rumor. Dicen que hay un hijo –le contó Cosima, en voz baja.

–¿Un hijo? –repitió Tally–. ¿Un hijo de Sander y Oleia? Pero eso es absurdo, Sander no tiene ningún hijo con esa mujer.

–Si tú lo dices…

Tally miró a su hermanastra con un brillo de ira en los ojos. –Pues claro que estoy segura. ¿Dónde has oído ese ridículo rumor?

–Escuché a papá hablando con mi madre… y antes de que preguntes, él no sabía si era verdad y me prohibió que te dijese nada –le confió Cosima–. De hecho, se enfadó cuando supo que había escuchado la conversación.

A Tally se le encogió el corazón al escuchar el nombre de Anatole porque sabía que era una fuente de información confidencial en la sociedad griega. Naturalmente, ella no podía saber lo que Sander había hecho durante su separación, pero estaba convencida de que no había tenido un hijo con Oleia. Y considerando sus sentimientos por esa chica, tampoco podía creer que hubiesen tenido un romance.

De hecho, Cosima sólo estaba repitiendo un rumor malintencionado, y ella se consideraba demasiado sensata como para hacerle caso. Alguien conocía la obsesión de Oleia por Sander y, sencillamente, quería hacerles daño. La gente podía ser muy maliciosa.

–Pensé que si estuvieran hablando de mí, yo querría saberlo –dijo Cosima–. Lo siento, tal vez no debería habértelo contado.

Tally le aseguró a su hermanastra que era una tontería sin sentido y que no merecía la pena enfadarse. Y, decidida a demostrar que no le afectaba en absoluto, tomó la carta para pedir el almuerzo… aunque apenas lo probó, rezando para que Cosima no se diera cuenta.

Evidentemente, la referencia a un hijo se había inventado para añadir drama a los escándalos amorosos que una vez habían perseguido a Sander en la prensa del corazón. Además, tal vez era posible que Sander y Oleia se hubieran visto cuando ellos estaban separados y era posible que la atracción entre ellos hubiese dado lugar a una breve aventura…

Sosteniendo la copa frente a ella como un escudo, Tally tomó un sorbo de vino y pensó en Sander, a quien amaba con una pasión que a veces le asustaba.

Sander, que a menudo hacía cosas inesperadas. Sander, con un temperamento tan inflamable como gasolina sobre un incendio…

Capítulo 6

En el vuelo de vuelta a Londres, mientras cenaba, Sander miró el plato como si fuera la última cena de un condenado… porque así era como se sentía.

Lili lloró durante todo el viaje y las atenciones de la niñera y los auxiliares de vuelo no sirvieron de nada. La tuvieran en brazos o en el moisés, Lili lloraba de manera inconsolable y Sander decidió llevarla al pediatra y contratar a una niñera que fuese más cariñosa que Suzette.

Lili no había heredado el bonito rostro de su madre y sus incesantes lloros habrían agotado la paciencia de un santo. Pero era su obligación cuidar de ella, se recordó a sí mismo.

Aunque Tally nunca lo perdonaría.

Sander tomó otro trago de whisky. Tenía que hablarle de Lili antes de que lo hiciera otra persona. La existencia de un hijo fuera del matrimonio despertaría el interés de los paparazzi, ansiosos siempre por encontrar un sabroso escándalo.

¿Pero cómo iba a decirle a Tally que había tenido un hijo con otra mujer cuando el suyo había muerto? Sería una crueldad contarle tal cosa, pero guardar silencio era imposible. No, decidió, no había manera de escapar a lo inevitable y no había palabras adecuadas para hacerlo.

Tally había hecho un esfuerzo por llegar temprano a casa esa tarde porque quería arreglarse para recibir a Sander. Cuando era adolescente le parecía que arreglarse para un hombre era degradante, pero había empezado a pensar de manera diferente al ver que un vestido sexy o un conjunto de ropa interior de encaje podía encender los ojos de su marido.

Sander le había enseñado lo que era el poder femenino y le gustaba. Y, estando con un hombre que la dejaba sin aliento con una sola mirada, disfrutaba sintiéndose igualmente poderosa.

Por supuesto, encender fuegos exigía tener que apagarlos, tuvo que reconocer, poniéndose colorada mientras sacaba del armario un vestido rojo muy sexy y unos zapatos de tacón de aguja del mismo color.

La historia que Cosima le había contado la había dejado perpleja. No le hacía gracia saber que Oleia había estado dispuesta a aprovechar la soltería de Sander.

Su marido era un hombre muy atractivo y esa vez, Tally se daba cuenta de que no podía dar nada por sentado. Pero tardarían tiempo en volver a confiar el uno en el otro del todo y, mientras tanto, no podía apartar a Sander de los demás, de modo que sólo podía esperar que valorase su matrimonio y lo respetase.

Sander sabía bien lo que iba a decir cuando llegase a casa. Bueno, lo sabía hasta que llegó a la puerta del dormitorio y vio a Tally con un pie sobre una silla, estirando una media de color perla sobre su delicado muslo. Las medias y los ligueros eran su debilidad, pero su mujer rara vez se los ponía porque los encontraba incómodos.

La respuesta de su entrepierna al ver la escena que había frente a él estuvo a punto de hacerle soltar un gruñido de frustración porque no se atrevía a tocarla en ese momento.

Tal vez no volvería a tocarla una vez que le contase lo que tenía que contarle. Y pensar eso le partía el corazón.

–Sander… pensé que llegarías más tarde.

Él la miraba desde la puerta con esos ojos dorados que la volvían loca, pero enseguida dio un paso adelante para tomarla por la cintura.

Su marido griego era un hombre de pocas palabras, pero irresistible. Era tan apuesto que sólo con mirarlo su corazón se volvía loco. Entendía que Oleia nunca hubiese podido olvidarlo y pensaba aferrarse a él como fuera.

–El vuelo ha llegado con media hora de adelanto… y me gustan mucho tus medias –dijo Sander, acariciándole una pierna–. Me encanta verte así. Eres una fantasía hecha realidad, *yineka mou*.

Inclinando su oscura cabeza, la besó con devastadora urgencia mientras deslizaba una mano bajo el vestido. Cuando metió un dedo bajo sus braguitas el tiempo pareció quedar

suspendido.

–Te deseo tanto... –dijo Sander con voz ronca, apartando a un lado la delgada prenda de seda y poniéndose de rodillas.

Ella dejó escapar un gemido de protesta que Sander ignoró mientras le bajaba las braguitas con gesto decidido. El primer roce de su lengua en los húmedos pliegues le provocó un violento escalofrío de respuesta, y tuvo que agarrarse a sus hombros.

–Sander…

Él se incorporó entonces para llevarla hacia la cama y Tally se tumbó, con las piernas abiertas, sintiéndose lujuriosa mientras él seguía acariciándola con la lengua. Dejando escapar un gemido, perdió el control con increíble rapidez y llegó al clímax a la velocidad de un tornado.

Unos segundos después, Sander se enterraba en ella con frenética intensidad, encendiéndola de nuevo con sus embestidas. Tally fue consciente de un intenso placer cuando él llegó al final en el círculo de sus brazos. Después, se quedó en silencio, escuchando los latidos de su corazón.

–Lo único sensato que he hecho en mi vida es casarme contigo –murmuró Sander, mientras intentaba llevar aire a sus pulmones.

–Pero mi padre tuvo que retorcerte el brazo para llevarte al altar –le recordó Tally. Él la apretó contra su pecho, besándole la frente, sintiendo el roce de sus rizos en la cara.

–No te hizo ningún favor, *yineka mou*.

Un poco sorprendida por la broma, Tally le echó los brazos al cuello, pero Sander se apartó.

–Necesito darme una ducha.

La cruel realidad había vuelto después de aquel momento de pasión: tenía que hablarle de Lili.

Cuando volvió a la habitación, Tally estaba medio dormida y se inclinó para despertarla.

–¿Qué?

–Vístete, tenemos que hablar.

Que Sander quisiera hablar, cuando nunca hablaba de nada que tuviera que ver con su relación si podía evitarlo, hizo que Tally abriese los ojos de par en par.

–¿Hablar?

Él se limitó a asentir con la cabeza, como si ya hubiera usado todo su vocabulario, y Tally sintió un escalofrío de aprensión.

–¿Ocurre algo? –Seguramente no debería haberte hecho el amor, pero no he podido resistir la tentación. Tally, que estaba quitándose las medias, levantó la cabeza.

–¿Es algo serio?

Sander evitaba su mirada, pero Tally se dio cuenta de que estaba un poco pálido. –Mucho. Te espero abajo. Tally se dio la ducha más rápida de la historia mientras intentaba imaginar qué podía haberle pasado en París para que estuviera tan serio. Sander era normalmente un hombre tan seguro de sí mismo que no le afectaban las inseguridades que afectaban a la mayoría de los seres humanos, de modo que descartó la idea de que pudiese

estar exagerando la situación.

¿Podría ser algún problema en la empresa? El negocio era lo más importante para él y si algo iba mal en la naviera Volakis lo vería como un fracaso personal.

¿Alguna pelea con su padre?

Si se veía obligado a dejar la naviera Volakis, tal vez podrían tener problemas económicos, pensó, mirando el lujoso cuarto de baño. Sander tenía un orgullo considerable y eso sería para él una humillación. Pero a Tally, criada por una madre que nunca tuvo dinero en el banco, no le importaba en absoluto cambiar de estilo de vida.

Claro que para ella poder pagar las facturas a tiempo había sido un éxito durante años.

En el salón, Sander pensó que necesitaba otra copa, pero se contuvo. En aquel momento no era el apoyo que necesitaba y se daba cuenta de que el alcohol que había tomado en el avión ya le había hecho perder la cabeza.

¿Cómo si no podía explicar la escena del dormitorio en un momento en el que lo más importante era sincerarse con su mujer? Debería haberse controlado, y estaba convencido de que había empeorado la situación.

Tan relajada como tenso estaba él, Tally entró en el salón con aquel vestido rojo que se ajustaba a sus curvas y los ojos verdes brillantes. Y Sander sintió que se le rompía el corazón porque sabía que el romance que habían retomado en Marruecos moriría cuando le contase lo que tenía que contarle.

–Tengo que hacerte una confesión –empezó a decir, dispuesto a ir directo al grano.

La convicción de Tally de que fuera lo que fuera lo que iba a contarle no sería tan trágico, murió cuando se colocó frente a ella como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento.

–No sabía que tú hicieras confesiones –murmuró, insegura–. Y no sé si es el mejor momento.

–Cuando rompimos, me acosté con Oleia Telis –admitió Sander entonces, sin más preámbulos.

Tally recibió esa confesión como si la hubieran golpeado por sorpresa y, sin poder evitarlo, dio un paso atrás. Cuando Cosima le habló de ese rumor pensó que donde había humo solía haber fuego, pero hubiera preferido que no le dijese nada. Hubiera preferido no saber lo que había habido entre Sander y la joven de la que estuvo enamorado cuando tenía veinte años.

No podía dejar de imaginar a la delgada y guapa morena. Desgraciadamente, Oleia Telis poseía esa letal mezcla de intensa feminidad y belleza perfecta que siempre hacía que los hombres volviesen la cabeza. Y al pensar en Sander en la cama con ella sintió una ola de náuseas. De todas las mujeres que podría haber escogido, ¿por qué precisamente Oleia?

Sabía lo suficiente sobre la perversa relación que Sander mantenía con esa mujer como para intuir que cualquier cosa que hubieran compartido sería algo más que una aventura.

–Me encontré con ella en Londres… fue un revolcón de una noche, Tally. Un error por mi parte.

–Un error –repitió ella.

–Uno que lamento muchísimo –siguió él–. Era la última mujer con la que debería

haberme acostado.

Tally clavó en él sus ojos verdes.

–¿Y por qué lo hiciste entonces?

Sander sabía muy bien qué lo había empujado a acostarse con Oleia. En realidad, era muy sencillo pero no creía que tuviera sentido compartir con Tally un razonamiento que era, sin la menor duda, de la variedad masculina más básica. Creía haber dicho suficiente sobre esa noche y decir algo más le daría una importancia que no había tenido.

–Cuando te marchaste de Francia, toda mi vida estaba basada en nuestro matrimonio y sin eso me sentía… extraño –Sander hizo una mueca–. Necesitaba compañía y distracción y entonces bebía mucho…

–No lo sabía –murmuró Tally.

–El fin de semana que me encontré con Oleia había bebido más de la cuenta y la verdad es que apenas recuerdo nada de lo que pasó.

–Ah, qué conveniente –dijo ella.

Pero no quería imaginarlo borracho y vulnerable porque eso hacía que se sintiera responsable, como si ella misma le hubiera puesto a su marido en bandeja.

–Puede que tú lo veas como algo conveniente, pero resulta que es la verdad.

–Antes de que nos casáramos me dijiste que no habías vuelto a acostarte con Oleia, que no habías podido perdonarla por lo que te hizo cuando salíais juntos –le recordó Tally–. De modo que me sorprende que terminases acostándote con ella precisamente.

–Fue un error en todos los sentidos, lo reconozco, pero no me di cuenta hasta el día siguiente, cuando estaba sobrio. Oleia sabía que nuestro matrimonio se había roto y, supongo que de manera comprensible,

esperaba que yo le ofreciese algo más que un revolcón de una noche. –Qué suerte tener tanto éxito con las mujeres –dijo Tally, sarcástica.

En realidad, Sander le estaba recordando por qué Oleia le había parecido su más temible rival. Era cierto que lo había traicionado acostándose con otro hombre pero, sorprendentemente, también parecía amar a Sander de verdad. Después de todo, la morena había lamentado su comportamiento hasta tal punto que incluso cinco años después seguía queriendo volver con él.

–No fue una grata experiencia, Tally –dijo Sander–. No debería haberme acostado con ella y lo sé.

Evidentemente, se había acostado con Oleia y se había marchado sintiéndose culpable por no poder ofrecerle nada más. De modo que había sido la típica combinación de alcohol y sexo. Pero que hubiese tenido esa intimidad con otra mujer le dolía en el alma. La diminuta Oleia finalmente había conseguido lo que quería, por breve que hubiera sido esa relación.

–Y me temo que las repercusiones de esa noche no terminan ahí –siguió Sander, sus ojos clavados en Tally–. Oleia se quedó embarazada.

Un silencio total siguió a ese anuncio.

Sintiendo que se le ponía la piel de gallina, Tally abrió los labios para decir algo, pero no fue capaz de articular palabra.

–Eso no es posible –consiguió decir finalmente.

–Ojalá no lo fuera, pero así es. Ayer me hice una prueba de ADN en París.

¿Una prueba de ADN? Aquello era demasiado realista para lo que ella había esperado que fuese un malentendido.

–¿Oleia se quedó embarazada? –repitió, apoyándose en el respaldo de una silla para no perder el equilibrio–. ¿Has tenido un hijo con Oleia Telis?

Sander suspiró, pasándose una mano por la cara.

–¿Crees que yo quería que pasara esto? Te aseguro que es lo último que esperaba, Tally.

Capítulo 7

Tally había leído que la gente hiperventilaba y a menudo se había preguntado qué significaba eso, pero estaba descubriéndolo en primera persona. No parecía capaz de llevar aire a sus pulmones y respiraba con inusitada rapidez, pero eso no la ayudaba en absoluto, al contrario, la mareaba. Temiendo desmayarse, salió del salón y, con el corazón latiendo a un ritmo desenfrenado, entró en el lavabo y se apoyó en la puerta.

Quería ponerse a gritar. De hecho, un grito de angustia estaba atrapado en su garganta, un grito de incredulidad, dolor y frustración.

¿Cómo podía el destino ser tan perverso con ella? Otra mujer había tenido el hijo que a ella se le había negado. No podía soportarlo, nunca podría hacerlo.

Un hijo. Sander había tenido un hijo con Oleia Telis.

Una ola de náuseas la obligó a inclinarse sobre el inodoro para vomitar. Ojalá pudiera librarse de sus tormentosos pensamientos tan fácilmente.

Mientras se lavaba la cara, las lágrimas rodaban por su rostro y sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Recordaba a su hijo, perfecto en forma pero muerto al nacer. Su placenta no se había desarrollado de manera apropiada y, por eso, el niño no había recibido el oxígeno que necesitaba durante el parto. No había habido síntomas, ninguna advertencia médica aparte de la ausencia de latido cuando se puso de parto… seguido después por la silenciosa llegada al mundo del niño muerto al que había gestado durante nueve meses.

Tally no tenía razones para sospechar que algo podía ir mal, pero se había culpado a sí misma absurdamente por no haberle dado a su hijo lo que necesitaba. El médico le había dicho que no era culpa suya, que ella no hubiera podido hacer nada en absoluto. También le había prometido que cuando volviese a quedarse embarazada su condición sería controlada para asegurarse de que el niño llegaba sano al mundo.

Pero, mientras tanto, otra mujer había tenido un hijo con Sander. La muerte del suyo le había roto el corazón en mil pedazos y todo lo demás había dejado de tener importancia.

¿Su marido? ¿Su matrimonio? Nada le había importado lo más mínimo mientras sus vacíos brazos añoraban el peso del niño que había perdido y con el que llevaba nueve meses soñando. Ver a los hijos de otras personas le parecía insoportable.

Perseguida por imágenes del niño, durante un tiempo le parecía oírlo llorar por la noche… tenía pesadillas en las que estaba perdido y ella no era capaz de encontrarlo. Noche tras noche sufría esas pesadillas y su deseo de no compartirlas con Sander había hecho que se

mudase de habitación.

La excusa era que no dormía bien y no quería despertarlo. En realidad, no quería que Sander le hiciera preguntas que no estaba dispuesta a responder. Incluso creyó estar perdiendo la cabeza y había querido esconderlo, temiendo irónicamente que Sander la dejase al pensar que estaba loca, como ya la había dejado su hijo.

Y ahora, cuando había decidido darle otra oportunidad a su matrimonio, cuando había decidido que estaba preparada para volver a quedarse embarazada, descubría que Sander había tenido un hijo con Oleia Telis.

El malicioso rumor que Cosima le había contado era cierto, y ella no podría vivir con eso.

Sander llamó a la puerta del lavabo.

–Déjame entrar por favor.

–¡Vete! –gritó, intentando disimular un sollozo. Estaba temblando de arriba abajo y le dolían hasta los huesos. Aquel dolor era como un viejo amigo, lo reconocía…

Había encontrado la salida de aquel túnel de dolor y angustia tras la muerte de su hijo, se había esforzado… ¿y para qué?

¿Cómo había podido Sander, a quien ella había amado tanto, tener un hijo con Oleia? ¿No había sufrido ya suficiente? Oleia, Sander, su hijo. Era un concepto que la partía por la mitad, una fotografía de la familia que ella había esperado formar algún día.

Y esa posibilidad le había sido robada.

–Tally, ¿estás bien?

–Claro que no estoy bien –replicó desde el otro lado de la puerta–. ¿Cómo voy a estar bien?

–Abre la puerta –le rogó Sander.

Tally hizo lo que le pedía sólo porque no quería que pensara que estaba escondiéndose de él o de la bomba que acababa de soltar. Pero sus movimientos eran rígidos porque tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlarse.

–Por favor, no me dejes fuera…

–¿Por qué iba a hacerlo? Es tu problema, no el mío –replicó ella, apartándose para ir hacia la escalera. –Sé que estás muy disgustada… –¿Por eso me has hecho el amor? –lo interrumpió, furiosa al pensar que se había acostado con ella veinte minutos antes de hacer una revelación que había puesto su mundo patas arriba–. ¿Creías que el sexo iba a compensarme por esto?

–No, no… –¿Creías que eso iba a hacer que esta revelación fuera más soportable para mí?

–No sé en qué estaba pensando, *yineka mou* –dijo él, abriendo los brazos en un gesto de rendición–. No pensé en nada, sólo te deseaba… lo siento.

–No, no lo sientes –dijo ella, subiendo la escalera hacia su dormitorio–. Nunca podrás lamentarlo tanto como lo lamento yo.

Y era cierto, pensó mientras entraba en el dormitorio. Sander no podía hacer nada para compensarla. No había una ruta mágica para conseguir su perdón. Como sabía por su propio

padre, un hijo era un compromiso de por vida y una vez que existía era imposible ignorarlo. Sander tenía una obligación hacia aquel niño y, quisiera o no, también tenía una obligación para con Oleia.

Tally sacó su bolsa de viaje del armario. No sabía adónde iba a ir, sólo que no podía quedarse con Sander.

Él se detuvo en la puerta de la habitación y miró la bolsa de viaje.

–No puedes marcharte…

–Puedo hacer lo que quiera. Como has hecho tú –replicó Tally.

–¿De verdad crees que yo quería que esto pasara?

No, seguramente no habría querido que Oleia tuviese un hijo. Había sido él quien había sugerido que le dieran una segunda oportunidad a su matrimonio, de modo que nada podría ser más desastroso que descubrir que había tenido un hijo con otra mujer mientras ellos estuvieran separados, tuvo que reconocer Tally.

Desgraciadamente, reconocer eso no cambiaba nada.

–Sigue siendo culpa tuya lo que ha pasado –le espetó.

Sander apretó los labios.

–Lo admito, tienes razón. No estoy intentando inventar excusas para lo que hice.

–Y yo no puedo aceptar que hayas tenido un hijo con Oleia –dijo Tally, con una amargura que no podía disimular; una amargura que parecía helar otras emociones. Odiaba sentirse así, tan desesperadamente confusa y dolida, casi tanto como lo odiaba a él por hacerle daño.

Sander, temiendo que Tally lo dejase de nuevo, no sabía qué decir. Su mente, normalmente tan rápida en el mundo de los negocios, estaba en blanco. Le gustaría actuar como un hombre primitivo, quitarle la bolsa de viaje de la mano y exigirle que se quedara con él, que lo escuchase al menos. Pero eso sería una locura y, afortunadamente, lo sabía. De modo que no hizo ni dijo nada, la frustración ahogándolo.

En medio del silencio, Tally decidió que sencillamente volvería a su apartamento para pasar la noche. Le habría gustado tener una amiga para desahogarse, pero Cosima era demasiado joven, y tampoco quería contarle a su madre lo que estaba ocurriendo. Desgraciadamente, no se sentía tan cómoda con Crystal como para compartir con ella su desolación por lo que estaba ocurriendo en su matrimonio.

Y Binkie, a quien había confiado siempre sus problemas, estaba demasiado lejos, trabajando en Devon.

–¿Es un niño o una niña? –le preguntó por fin, sin poder evitarlo. –Una niña. Lili –respondió Sander–. Yo no sabía nada hasta ayer, pero tengo que cuidar de ella.

–Sí, claro –asintió Tally. Eso era lo que debía decir un ser humano decente, aunque no fuera lo que sentía en ese momento.

–Estoy intentando encontrar una niñera. La que tiene ahora, Suzette, quiere marcharse y la que iban a enviarme de la agencia de empleo en Londres se ha echado atrás en el último minuto. Sigo esperando que me manden otra.

–¿Tú tienes que contratar a una niñera? ¿Por qué?

Sander se dio cuenta entonces de que no se lo había contado todo. Dejando escapar un largo suspiro, y en pocas palabras, le habló de la llamada de Edouard Arpin y de la razón por la que había tenido que ir a París.

–Pero Oleia era tan joven… ¿cómo puede haber muerto? ¿Qué le pasó, murió durante el parto? –exclamó Tally, incrédula.

–No, Lili tiene cuatro meses. La niñera me contó que Oleia bebía demasiado… Cuando tuvo una gripe se convirtió en neumonía y murió cuarenta y ocho horas después de ingresar en el hospital –dijo Sander–. Eso es todo lo que sé.

De modo que Sander tenía que hacerse cargo de la niña de forma permanente, fue lo único que Tally pudo pensar en ese momento. Al morir, Oleia lo había hecho el único responsable de su hija. Seguramente no sabía que no era precisamente el hombre más entusiasta del mundo cuando se trataba de la paternidad. O tal vez no tenía a nadie más…

Tally se asustó por su falta de compasión. ¿El dolor y el resentimiento la estaban convirtiendo en una mala persona?, se preguntó.

–¿Qué piensas hacer?

–Volver a mi apartamento… al menos esta noche. Necesito estar sola.

–Yo me iré a un hotel si quieres, tú puedes quedarte aquí –dijo Sander, los ojos clavados en su cara.

–Prefiero dormir en mi apartamento –insistió Tally, tomando la bolsa de viaje.

–No quiero que te vayas…

–Lo siento, no puedo quedarme.

–Muy bien, entonces yo te llevaré.

Finalmente, él prefirió no discutir, pero el ambiente en el interior del coche era sofocante. Lili, pensaba Tally, una niña de cuatro meses. Oleia Telis, cuyo poder de atracción tanto había temido, había muerto dejando una hija. «Un precioso legado», habría dicho Binkie, reiterando eso de que un niño era un regalo para el mundo…

¿Cómo odiar a una inocente niña que había perdido a su madre a los cuatro meses? ¿Qué había sido de su compasión?

En el cómodo interior del Ferrari, Tally miró el perfil de Sander: sus largas pestañas, los altos y orgullosos pómulos, sus manos sobre el volante.

Sólo una hora antes, esas manos la habían acariciado hasta hacerle perder la cabeza…

–No deberías estar sola esta noche.

–Es mejor que estar contigo –murmuró ella.

–No debería haberte hecho el amor –admitió Sander entonces–. Pero no ha sido algo calculado, sencillamente no he podido resistirme.

–¿Como no pudiste resistirte con Oleia?

En cuanto hubo hecho la pregunta, deseó retirarla. No quería decir nada que pudiese revelar los humillantes pensamientos que la torturaban.

Oleia estaba muerta, pero eso no disminuía la sensación de haber sido traicionada. La joven griega había tenido una vez el amor de su marido, algo que ella nunca había podido tener. Y esa comparación le dolía en el alma.

Sander disfrutaba de su compañía y decía que era fabulosa en la cama, pero no la amaba. Nunca la había amado.

Tally quería olvidar, quería que Sander no se lo hubiese contado. Ella no era una mala persona, sencillamente era humana y, por lo tanto, débil.

Sander salió del coche y le ofreció la bolsa de viaje, mirándola a los ojos. Parecía lo que era, pensó Tally, el director de la naviera Volakis, un magnate con considerable dinero e influencias. Alto y erguido, con un aire de seguridad emanando de sus facciones…

–Tenemos que lidiar con esto como pareja, *yineka mou* –afirmó, con admirable convicción.

–No me llames así –replicó Tally–. No me recuerdes que soy tu mujer. No es algo de lo que ahora mismo sienta deseos de presumir.

–No me insultes –replicó Sander, fulminándola con la mirada–. He sido sincero contigo, pero no olvides que si tú no me hubieras dejado esa niña no existiría.

Tally entró en el portal y cerró violentamente. Había demasiada verdad en esa afirmación como para no darle importancia y lo último que necesitaba en ese momento era sentir que todo aquello era culpa suya.

Fue un alivio cerrar la puerta del apartamento y saber que Sander ya no podría ver su reacción, pero paseaba de una habitación a otra como un alma en pena. Sabía que debería comer algo, pero no tenía apetito y cuando se hizo de noche se fue a la cama, rezando para poder conciliar el sueño. Sólo el sueño podría relajarla porque, al menos, mientras dormía no tendría que seguir pensando.

El destino, sin embargo, aún tenía otro castigo preparado para ella. Aunque había pasado algún tiempo desde la última vez que tuvo la pesadilla en la que escuchaba el llanto de su hijo pero no podía encontrarlo, esa noche volvió a sufrirla. La pesadilla terminó de otra manera en esa ocasión: Tally encontraba la habitación en la que el niño estaba llorando y corría hacia él… sólo para ver, horrorizada, que en la cuna había un niño al que no conocía.

Esa horrible experiencia la despertó, sobresaltada. Temblaba de tal manera que ni siquiera podía encender la lámpara de la mesilla.

Había esperado que los turbadores sueños hubieran desaparecido para siempre, pero el extraño final de esa pesadilla era debido a la revelación de Sander sobre su hija Lili...

Tally se levantó temprano y llegó a trabajar antes de la hora normal, pero su móvil sonó a las ocho y media.

–Ha salido un artículo sobre Lili en el *Daily Globe* –la informó Sander–. Alguien ha hablado con los periodistas y supongo que habrá reporteros en la puerta de tu casa esperando ver tu reacción.

Ella tragó saliva.

–Haré lo que pueda…

–No creo que debas intentarlo siquiera. Deberías marcharte de Londres hasta que todo esto termine.

–Tonterías, tengo que llevar un negocio –dijo Tally, encendiendo el ordenador para buscar la edición digital del periódico.

–Enviaré a un par de hombres de seguridad a tu oficina. Si me hicieras caso…

–No lo haré –lo interrumpió ella.

–… dejarías que te sacaran de allí antes de que los paparazzi empiecen a molestarte –siguió diciendo Sander–. Con este tipo de historias, pueden ponerse muy agresivos.

–Entonces, tú no deberías hacer cosas que atrajeran su atención –replicó Tally.

–Es una pena que te casaras conmigo, ya lo sé –dijo él, sarcástico.

Tally abrió la edición digital del periódico y, de inmediato, un titular la asaltó: *La hija ilegítima del magnate griego Lysander Volakis.*

Al lado estaba la fotografía de una rubia con un bebé en brazos frente a un famoso hotel de Londres, con Sander unos pasos detrás de ella. La carita de la niña no era visible, por supuesto.

Con el corazón en la garganta, Tally empezó a leer el artículo. Oleia Telis había muerto siendo una rica heredera y le había dejado todas sus posesiones, incluyendo su hija secreta, a Sander, a quien el periodista se refería como «el magnate griego que estaba intentando en la actualidad reconciliarse con su mujer». Su relación con Oleia era descrita como «impredecible pero duradera» por una amiga que prefería no revelar su nombre, dando a entender que Oleia y Sander habían sido amantes mientras estaba casado con ella. Eso era algo que a Tally no se le había ocurrido pensar hasta ese momento y le dolió en el alma.

De repente, sintiendo la necesidad de tomar el aire, salió a la calle… pero el destello de una cámara la cegó. Un reportero le preguntó por qué ya no vivía con su marido y, enfadada, Tally volvió a la oficina, donde su ayudante, Belle, acababa de colgar el teléfono.

–El teléfono no deja de sonar… los periodistas están haciendo preguntas…

–No voy a hacer comentarios –dijo Tally, volviéndose al ver a otro hombre entrando con una cámara colgada al cuello.

–Quiero hacerle una pregunta, señora Volakis. –No estoy interesada en contestar. Váyase ahora mismo. Pero en ese momento otro paparazzi entró en el local. –Señora Volakis, ¿sabía que su marido había tenido una hija con la heredera Oleia Telis? –¡O se van ahora mismo o llamo a la policía! –los amenazó Belle.

Los reporteros se negaron a marcharse hasta que Tally hiciera alguna declaración pero, afortunadamente, los hombres de seguridad que Sander le había prometido llegaron en ese momento, dos gigantes que se libraron de los intrusos con la mínima conmoción.

Para entonces, Tally había visto que había más reporteros en la puerta del local y su convicción de que aquello no iba a ser un problema para ella la hizo quedar como una ingenua.

–Soy Johnson, señora Volakis. La sacaremos por la parte de atrás.

–Pero tengo una cita con una clienta…

–Yo creo que deberías tomarte el día libre –opinó Belle, cuando otro fotógrafo golpeó el cristal del escaparate para llamar su atención–. Si te vas de aquí, se marcharán.

–Pero he quedado con lady Margaret a las diez…

–La llamaré para cambiar la cita. No creo que le hiciera gracia tener que abrirse paso entre todas esas cámaras.

Tally estaba de acuerdo. Aquel escándalo podría asustar a muchos de sus clientes y,

como resultado, el negocio sufriría.

Mientras subía a un coche negro aparcado en la parte trasera del local, un periodista se acercó corriendo pero el conductor arrancó a toda velocidad.

–Su marido espera que vaya a su nueva casa de campo, Roxburn Manor –dijo Johnson.

–No, quiero ir a mi casa –replicó Tally, preguntándose cuándo había comprado Sander una casa de campo. Desde luego, a ella no le había dicho nada. Claro que habían estado viviendo vidas separadas, de modo que aquello no debería sorprenderle.

Pero cuando llegaron a la puerta de su apartamento también allí había paparazzi y el conductor pisó el acelerador.

–Tendremos que volver al plan original –dijo Johnson.

Después de una noche en la que apenas había pegado ojo, Tally estaba agotada y decidió no discutir. Ella no quería ir a ningún sitio, sólo quería desaparecer y no tener que dar explicaciones. Nunca se había sentido tan insegura en toda su vida y, sacando el móvil del bolso, llamó a Sander.

–Esto se pasará en dos días, *glikia mou* –dijo él, intentando tranquilizarla–. Luego será el turno de

otro pobre desgraciado. Pero en Roxburn Manor estarás tranquila. –Muy bien, pero sólo un par de días. Y pienso dormir todo este tiempo.

–¿No duermes bien? –le preguntó él.

–¡Dormía perfectamente hasta que tú volviste a mi vida!

Diez minutos después, subían a la terraza de un rascacielos donde los esperaba el helicóptero de la compañía Volakis. Tally se abrochó el cinturón de seguridad, percatándose en ese momento de que ni siquiera había llevado una muda de ropa con ella.

Pero era lógico. Estaba sorprendida, casi traumatizada por todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

El viaje en helicóptero fue una bienvenida distracción de sus tristes pensamientos. El cielo azul sobre un mundo hecho de campos verdes y bosques rotos ocasionalmente por casitas o pueblos hizo que olvidase sus problemas durante media hora. Roxburn Manor, sin embargo, era un edificio impresionante de estilo georgiano. La señora Jones, el ama de llaves, la saludó con una alegre sonrisa y la llevó directamente al salón, donde había una chimenea encendida y una bandeja con té y pastas sobre la mesa.

Tally no se había dado cuenta de lo cansada que estaba, o del hambre que tenía, hasta que se dejó caer sobre el cómodo sofá. Después de una taza de té y un par de pastas, se quitó los zapatos, cerró los ojos… y el sueño la venció.

Había atardecido cuando despertó, sobresaltada al escuchar un ruido que le pareció el de un helicóptero. Pero no podía ser, estaba en medio del campo.

Nerviosa, se incorporó, apartando los rizos de su cara para buscar los zapatos.

En ese momento, sonó un golpecito en la puerta y el ama de llaves asomó la cabeza.

–¿Señora Volakis? No he querido despertarla para comer, pero ahora que ha llegado su marido me encargaré de servir la cena.

–¿Mi marido? –repitió ella. En ese momento oyó la voz de Sander y se dirigió a la puerta,

furiosa.

¡Qué tonta había sido al dejar que la llevasen a Roxburn Manor! ¿Por qué no se le había ocurrido pensar que Sander tenía pensado reunirse allí con ella? ¿O que podría usar a los paparazzi para manipularla?

¿Desde cuándo era tan ingenua que su astuto marido podía engañarla sin hacer el menor esfuerzo?

Sander entró en el salón, tan imposiblemente alto e imponente como siempre con un abrigo de cachemir negro sobre un traje de chaqueta oscuro.

–La señora Jones me ha dicho que no has comido nada. No te haré esperar mucho…

–Tengo que hablar contigo –lo interrumpió ella.

Entonces escuchó el llanto de un bebé y cuando Sander se apartó a un lado vio a una joven morena con un moisés en la mano.

Tally miró al bebé que había dentro, pero sólo pudo ver parte de una carita muy roja y unos rizos oscuros bajo la manta…

Paralizada por un momento, lanzó una mirada de reproche hacia Sander. Pero tuvo que morderse los labios porque no quería hablar delante de extraños.

¿Cómo podía haber ido allí con la niña? ¿No se daba cuenta de lo que le estaba haciendo? ¡Esa niña era su hija, la hija que había tenido con otra mujer!

Un grito sin voz parecía ocupar todo el espacio en sus pulmones y se dio cuenta de que, una vez más, estaba hiperventilando…

Capítulo 8

–Tally… –Sander se quitó el abrigo, tirándolo sobre una silla antes de volverse para cerrar la puerta.

Aunque ella sentía como si tuviera una piedra en la garganta, hizo un esfuerzo por respirar con normalidad.

–¿Cómo has podido traerla aquí? –le espetó, incrédula.

–No podía dejarla en el hotel.

–¿Por qué no? –insistió ella, que no estaba de humor para ser razonable.

–Lili no para de llorar y estaba molestando a todo el mundo. Los demás clientes se quejaron… –Sander apretó los labios–. La niñera es nueva y no tiene experiencia. No podía dejarla sola con Lili en Londres, con un montón de paparazzi esperando la oportunidad de hacer una fotografía.

–Ah, qué responsable eres de repente… como si fueras un padre de verdad –replicó Tally. Se odiaba a sí misma por hacerlo, pero no había podido evitar la pulla.

–Hago lo que puedo –dijo él–. Tengo que hacerlo porque no hay nadie más.

El mundo de Sander en aquel momento era un mundo hostil en el que su pecado lo perseguía a todas horas. Se daba cuenta de que no se había portado como debía cuando Tally se quedó embarazada. Su inmadurez, y su difícil infancia, habían impedido que aceptase la paternidad con entusiasmo… y eso había tenido resultados devastadores.

Había mantenido las distancias por orgullo y una vez había ocurrido lo peor, ya era

demasiado tarde para dar marcha atrás en el tiempo y cambiarlo todo.

Incluso con la puerta cerrada, Tally podía escuchar el llanto de la niña. Aunque la niñera debía de haberla llevado al piso de arriba, seguía oyéndolo y le rompía el corazón. ¿O lo estaba imaginando?, se preguntó. ¿Sería como la pesadilla que tenía sobre su hijo?

Le gustaría correr y seguir corriendo sin parar, pero algo dentro de ella le impedía dejarse llevar por ese deseo. Tenía que luchar contra cualquier tentación de mostrar debilidad. No pensaba irse de Roxburn Manor, pasara lo que pasara.

–Ni siquiera sabía que fueras a venir y menos con la niña –le espetó–. De haberlo sabido, no me habría marchado de Londres.

–Lo siento, mi objetivo era ayudarte…

–¿Cómo vas a ayudarme? ¡Tú eres mi problema! –exclamó ella, los rizos saltando alrededor de su cara–. ¡No tendría que huir de la prensa y de sus horribles preguntas si no fuera por ti y por tu comportamiento!

Sander irguió los hombros, en silencio. Le gustaría marcharse de allí, subir al helicóptero y volver a su oficina, donde sus esfuerzos invariablemente daban resultado. Era genial ganando dinero. Lo sabía y sabía que muchas mujeres pensaban que ésa era una cualidad extraordinaria.

Por primera vez, deseó que los diamantes fuesen una moneda de cambio interesante para Tally. Pero cuando se marchó de Francia ella había dejado atrás una caja fuerte llena de ellos y eso le dejó claro lo poco que le importaban. Tally esperaba de él cosas intangibles, cosas importantes, pero Sander no estaba seguro de poder dárselas. Y, desgraciadamente, no tenía palabras para explicarlo.

El silencio fue interrumpido por la entrada del ama de llaves invitándolos a seguirla al comedor, donde estaba servida la cena. Tally estuvo a punto de decir que ella cenaría en su habitación, pero no quería parecer una caprichosa cuando no sabía si el ama de llaves tenía ayuda en la casa.

–¿Por qué me has traído aquí? –le preguntó cuando se quedaron solos en el comedor–. Si crees que he aceptado la situación…

–No, no lo creo. Pero no quería que tuvieras que lidiar con los paparazzi cuando era culpa mía que te hubieras convertido en un objetivo, y pensé que aquí estarías tranquila.

La sopa que sirvió una joven con delantal blanco era de zanahoria y cilantro y estaba riquísima. Tally se preguntó si podría calentar ese sitio tan frío dentro de ella, pero para eso haría falta un lanzallamas.

–¿Cuándo compraste esta casa?

–No la he comprado –respondió él–. Roxburn Manor pertenece a mis padres. Hace diez años, mi madre decidió que quería una casa en el campo en Inglaterra, pero un verano lluvioso se cargó ese sue-ño. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuvieron aquí.

Tally estudió las paredes, pintadas de un azul frío, y los ornamentados muebles, y pensó que debería haber reconocido el elaborado gusto de Eirene Volakis. Pero no le dijo que conservar un sitio al que nadie iba nunca era tirar el dinero. No había olvidado cuánto había trabajado Sander para sacar a flote la naviera Volakis mientras sus padres seguían gastando dinero a manos llenas.

Nacidos en el seno de familias adineradas, Petros y Eirene Volakis eran dos de las personas más egoístas que había conocido nunca y, sin embargo, Sander nunca criticaba su extravagante estilo de vida. Considerando cómo lo habían tratado desde la infancia, Tally veía eso como una lealtad filial extraordinaria.

Sí, Sander tenía muchas cualidades, tuvo que reconocer. Era un hijo estupendo para unos padres que no lo merecían, un gran trabajador y un buen compañero dentro y fuera de la cama…

Pero eso le hizo recordar lo único que no podía perdonarle: la hija de Oleia.

Su vida se había puesto patas arriba y no había nada que pudiese hacer, aparte de dejar a Sander de nuevo.

Asustada por esa posibilidad, Tally dio un respingo cuando empezó a sonar su móvil.

–Déjalo –dijo Sander, impaciente.

Por supuesto, ella no le hizo caso. Salió al pasillo con el teléfono en la mano y, al ver en la pantalla el número de Robert, hizo una mueca.

–¿Dónde estas? –le preguntó él–. ¡Llevo veinte minutos esperando!

Tally se mordió los labios. El primer viernes de cada mes, Robert y ella quedaban para cenar y discutir cosas del negocio. Se había perdido esa cena el mes anterior porque estaba en Marruecos y en aquella ocasión lo había olvidado por completo.

–Lo siento mucho, Robert. Se me había olvidado.

–He visto la noticia en ese periódico basura –dijo Robert–. Imagino que la reconciliación con tu marido está a punto de hundirse con todas esas revelaciones.

–No seas cruel.

–Mira, Tally, no sé qué esperas de mí.

–¿No puedes ser mi amigo? –le preguntó ella.

–Me lo estás poniendo muy difícil. Y darle plantón a lady Margaret esta tarde no ha sido muy sensato tampoco. Me ha llamado por teléfono para quejarse. No quiere que una empleada la llame para decir que no tienes tiempo de atenderla.

Tally frunció el ceño.

–Le había asegurado que yo misma llevaría el proyecto, pero la reunión de hoy sólo era una discusión preliminar para hablar de sus preferencias.

–¿Dónde estás?

Mirando de soslayo hacia la puerta del comedor, Tally le explicó la situación.

–Iré a buscarte mañana a mediodía –anunció Robert. Y cortó la comunicación antes de que ella pudiera protestar.

Tally volvió al comedor, pensativa.

–¿Cuál es tu relación con Miller? –le preguntó Sander, sin preámbulos.

Pero justo en ese momento, la joven del delantal apareció para recoger los platos y ella guardó silencio.

–Mi relación con Robert es asunto mío –respondió cuando se quedaron solos.

–¡No me digas eso!

–¡Y tú no me empujes hasta el punto de tener que reconsiderar nuestro matrimonio!

–No soy tonto –Sander tiró la servilleta sobre la mesa–. Perdona, tengo que hacer un par de llamadas.

Los ojos de Tally se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces para controlarlas mientras intentaba seguir comiendo, recordando las muchas veces que había cenado sola en el sur de Francia cuando su matrimonio empezó a resquebrajarse.

Mientras ella estaba rota por el dolor, Sander se había enterrado en el trabajo hasta el punto de hacer que se sintiera sola y abandonada…

Aunque tal vez ella misma lo había empujado a la oficina, recordándole a todas horas que no sabía si debía seguir con él.

Entonces recordó el chantaje de su padre y estuvo a punto de echarse a reír.

La historia se repetía con el nacimiento de una hija ilegítima. Una vez, ella había sido esa niña, pero al menos había nacido antes de que su padre, Anatole, se hubiera casado con su mujer, la madre de Cosima. En aquel momento entendía lo que era estar al otro lado. Estaba resentida contra una niña que no había pedido nacer, y darse cuenta de eso hizo que se sintiera más desconcertada que nunca.

Seguramente sería más fácil marcharse que quedarse e intentar que su matrimonio funcionara en tales circunstancias. Pero el camino más fácil no era necesariamente el mejor.

La señora Jones la acompañó a su habitación, con expresión alegre porque la casa estaba ocupada por fin, aunque fuese temporalmente.

Tally intentaba no escuchar el llanto de Lili en el piso de arriba. Tenía que pasar algo raro para que un bebé llorase a todas horas… pero de inmediato decidió no pensar en ello.

Había un montón de bolsas sobre la cama de la elegante habitación de invitados y dentro encontró un camisón, una falda, un jersey y ropa interior de su talla. Eso era lo bueno de tener un marido mujeriego, que tenía buen ojo para las tallas y sabía qué tipo de ropa le quedaba bien a cada mujer.

¿Pero era Sander un mujeriego? Debía admitir que no había tenido razones para dudar de su fidelidad mientras vivían como marido y mujer.

Y había sido ella quien había roto su matrimonio. Tally se daba cuenta de que el dolor había teñido todo lo que sentía entonces, afianzando su convicción de que Sander sólo se había casado con ella porque estaba embarazada. La muerte de su hijo la había convencido de que no había ninguna razón para que siguieran juntos, y las constantes ausencias de Sander eran su manera de decírselo.

Pero ahora, sabiendo que se había dado a la bebida mientras estaban separados, algo que él mismo había admitido, pensó que tal vez había supuesto demasiado.

Después de darse una ducha, Tally se puso el camisón para irse a la cama… pero Lili seguía llorando en el piso de arriba y, finalmente, cuando no pudo soportarlo más, salió de la habitación y fue a buscar a Sander.

Estaba en el estudio, trabajando sobre un grandioso escritorio de caoba que era mucho más el estilo de su padre que el suyo propio. Cuando la vio entrar, de inmediato apartó la mirada del ordenador.

–¿A qué debo este honor? –le preguntó, disfrutando al verla con el camisón que él le

había regalado. La costosa seda de color turquesa se pegaba a su cuerpo, marcando la curva de sus pechos y los duros pezones…

Sander se excitó con dolorosa inmediatez. El escote del camisón mostraba sólo unos centímetros de piel, pero esa piel aterciopelada le pareció lo más erótico que había visto nunca.

–Seguramente pensarás que no es asunto mío, pero cuando un bebé llora tanto como Lili… –Tally pronunció el nombre de la niña en voz alta por primera vez y su voz se rompió ligeramente– alguien debería llevarla al pediatra.

Él se levantó del sillón, estirando su metro ochenta y cinco.

–La llevé al pediatra en Londres. Aparentemente, sufre de un eccema infantil que se lo hace pasar muy mal, pero le ha puesto un tratamiento.

Tally experimentó la primera ola de compasión por la hija de Oleia.

–Espero que funcione –le dijo, intentando que aquello pareciese una conversación trivial–. ¿Cómo puede soportarlo la niñera?

–Sólo está con nosotros de manera temporal, será reemplazada por otra más experta mañana. No es lo ideal, pero es lo único que he podido hacer a toda prisa.

Ella dejó escapar un suspiro. –Hablamos como si fuéramos dos extraños –empezó a decir, casi sin darse cuenta.

Sin previo aviso, Sander la tomó por la cintura para apretarla contra su pecho e inclinó la cabeza para besarla con un estudiado erotismo al que Tally no hubiera podido resistirse dos días antes.

Pero había algo helado donde antes había estado su corazón y se quedó inmóvil, negándose a sentir nada.

–No –murmuró, apartándose.

–Estás aquí, conmigo –dijo él, con voz ronca–. ¿Por qué no? –Tú sabes muy bien por qué no. –¿Por qué quieres castigarme por algo que ocurrió hace más de un año, cuando vivíamos separados? –insistió Sander. Tally sintió que le ardían las mejillas. No podía creer que tuviese valor para preguntar eso.

–No estoy intentando castigarte.

–Me apartas de ti otra vez y no pienso aceptarlo –dijo él, mirándola como si fuera un rompecabezas que no pudiera resolver.

–Puede que no tengas más remedio que aceptarlo.

–Esta vez, tú no vas a tomar la decisión por mí –replicó Sander, su acento griego más pronunciado que de costumbre–. Sigues siendo mi mujer…

Tally cruzó los brazos.

–Sobre el papel…

–Ayer, éramos marido y mujer en la cama, no sobre el papel –le recordó él–. Fuiste tú quien decidió volver conmigo. Tú decidiste darle a nuestro matrimonio otra oportunidad.

El recordatorio hizo que Tally descruzase los brazos en un gesto defensivo.

–No es tan sencillo.

–Es así de sencillo –afirmó Sander.

Resentida por esa seguridad que la sacaba de quicio, Tally dijo sin pensar: –No, en realidad es muy complicado. ¡De no ser por la presión de Anatole, no habría vuelto contigo!

Él frunció el ceño, sorprendido.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver tu padre? Tally lamentó de inmediato haberlo dicho, porque no habría querido contarle la verdad.

–Déjalo, no importa.

–Tally…

Ella respiró profundamente, sabiendo que se había acorralado. No iba a tener más remedio que contarle toda la historia.

–Mi madre hizo algo que no debería haber hecho… se metió en un lío y mi padre tuvo que ayudarla. Yo no podía hacerlo porque todo mi dinero está invertido en el negocio.

–¿Y por qué no me pediste ayuda a mí? Es tu madre, lo habría entendido.

–Porque, al final, no sabía a quién elegir. Ni Anatole ni tú sois de los que dan algo a cambio de nada… –Tally sacudió la cabeza–. Mi padre piensa que estar casada es bueno para mí y aceptó darme el dinero para solucionar el problema de mi madre a cambio de que volviese contigo. Como él quería algo a cambio de su generosidad, pensé que tú harías lo mismo.

Mientras hablaba, Sander se había puesto pálido.

–Yo no te habría chantajeado para que volvieras conmigo.

–A ti te gusta salirte siempre con la tuya y no sabía si…

–En este caso, puedes estar absolutamente segura –la interrumpió él, con los ojos brillantes–. ¡Yo no querría a ninguna mujer en esos términos! No tengo que chantajear a nadie.

–¿Ah, no?

–Yo te habría dado el dinero sin pedir nada a cambio –dijo Sander–. Crystal no sabe cuidar de sí misma y no ha sabido hacerlo nunca. Yo sabía eso cuando me casé contigo e imaginé que tarde o temprano necesitarías mi ayuda…

–No necesito tu ayuda –insistió Tally.

–¿Ésa es la única razón por la que volviste conmigo? ¿Porque tu padre lo puso como condición para darte el dinero?

–Anatole creía que si me divorciaba de ti acabaría como mi madre. Es un hombre muy anticuado… su mujer no trabaja, su hija tampoco. No entiende que las mujeres pueden cuidar de sí mismas y creía que necesitaba un salvador.

Sander apretó los puños mientras farfullaba una palabrota en griego. Su suegro había negociado con su mujer para que volviera a su lado… y eso le enfurecía de tal modo que tuvo que hacer un esfuerzo para no golpear la pared con el puño.

–¿Y cuál fue el precio que te devolvió a mi cama? –le preguntó, volviéndose para mirarla con los ojos oscurecidos.

Tally se lo dijo, con la esperanza de zanjar el tema.

–No te ofendas, pero te he conseguido muy barata. Me sorprende que no le pidieras esa ridícula cantidad a Robert Miller. Seguro que le habría encantado acudir al rescate como un

caballero andante.

–Yo no involucro a Robert en mis problemas familiares. Mi madre había cometido un fraude… podría haber ido a la cárcel, y contárselo a Robert no me parecía apropiado.

–Así que, de nuevo, le debemos nuestro matrimonio a los manejos de tu padre –Sander soltó una carcajada llena de amargura–. A Anatole se le dan bien las intrigas y a ti también, *moli mou*. Ni siquiera se me ocurrió pensar que tuvieras otra motivación cuando volviste conmigo. No suelo ser ingenuo, pero está claro que tienes un precio, como todas las mujeres que conozco.

–También tú tenías un precio.

–¿A qué te refieres?

–Te casaste conmigo para salvar la empresa de tu familia, yo he vuelto contigo para salvar a mi madre.

Vio que Sander palidecía, pero no iba a permitir que la insultara. En realidad, la propuesta de su padre le había dado una excusa para hacer lo que, en el fondo, ella había querido hacer. Quería volver con Sander pero era demasiado orgullosa como para admitirlo. Y no pensaba decírselo en aquel momento.

Retándolo con la mirada, Tally se dio la vuelta para ir a su habitación.

A solas de nuevo, Sander intentó contener su indignación sirviéndose un whisky. Tenía que concentrarse en cosas prácticas, se dijo. Naturalmente, tendría que devolverle a Anatole el dinero que le había dado para salvar a Crystal…

Sander había supuesto siempre que Tally había tenido una infancia difícil, con un padre que no quiso hacerse cargo de ella y una madre irresponsable. Y, sin embargo, nunca hablaba mal de ninguno de los dos.

De hecho, cuando se trataba de gente a la que quería, Tally era una persona increíblemente generosa.

Una vez había dado por sentado que su mujer lo amaba, que él era una de esas personas a las que quería, pero esa convicción había desaparecido tras la muerte de su hijo. Se había dado cuenta de que no había sitio para él en su círculo más íntimo, pero también de que no deseaba estar con una mujer que no quería estar con él por voluntad propia.

Después de la segunda copa, Sander se preguntó si estaba siendo absolutamente sincero consigo mismo. Después de todo, los hombres habían luchado y matado por mujeres que no correspondían a su amor durante siglos.

Pero ni siquiera la Historia podía exigir que dejase que su mujer tuviera un amante en casa.

Robert Miller estaba aprovechándose de la situación, sin duda planeando atacar cuando Tally estuviera más débil. Miller era un hombre de tácticas y, por supuesto, atacaría mientras estaban luchando para que su matrimonio no se rompiera.

Resultaba difícil creer que esa pobre niña en el piso de arriba fuera la causa de tantos problemas.

Su hija, pensó Sander entonces, amenazaba con costarle su matrimonio, pero eso no lo liberaba de su responsabilidad hacia ella. En cualquier caso, le recordó una vocecita cínica, la reconciliación en la que tanta fe había tenido no parecía a punto de llegar a buen puerto. ¿Y

quién podía saber cuánto habría durado en otras circunstancias?

Irguió los hombros, aceptando la amarga verdad: Tally había sido manipulada por su padre para que le diera una segunda oportunidad al matrimonio.

Y seguramente había compartido cama con él en Marruecos porque el sexo era parte de la reconciliación…

Capítulo 9

Tally despertó después de otra pesadilla, con un sollozo que la ahogaba.

En la oscuridad de la extraña habitación, tardó casi un minuto en encontrar el interruptor de la lámpara, y después de encenderla respiró profundamente, intentando calmarse.

Nerviosa, decidió hacerse una taza de tila. No pensaba dejar que esas pesadillas volvieran a controlar su vida.

Saltando de la cama, se puso una bata y salió de la habitación.

La luz del piso de arriba estaba encendida y Tally se quedó inmóvil un momento, aguzando el oído. Tristemente, Lili seguía llorando, aunque el sonido sonaba más lejano que antes. Oía también la voz de un adulto intentando calmarla…

Sin pensar, se dio la vuelta para subir la escalera. Tal y como estaba comportándose, cualquiera pensaría que tenía miedo a la hija de Oleia.

Sólo quería ver qué le pasaba y comprobar que la pobre niñera era capaz de lidiar con la situación. Además, si veía la cara de la niña tal vez dejaría de tener esa pesadilla.

Pero cuando llegó al piso de arriba, se dio cuenta de que la voz que había escuchado era la de un hombre. Sander estaba de espaldas a la puerta, con Lili sobre el hombro. Iba descalzo, con un pantalón vaquero gastado y una camisa de lino, paseando de un lado a otro mientras intentaba que la niña dejase de llorar.

–Todo irá mejor –estaba diciendo, mientras ponía una mano sobre la espalda de Lili con gesto más bien torpe–. Se me dan bien muchas cosas, te lo aseguro. Puede que ahora mismo no lo creas, pero aprendo rápidamente. Si me propongo ser padre, seguro que lo haré bien.

Agradablemente sorprendida por esa decisión, Tally estudió la carita bajo los rizos oscuros. No veía ningún parecido con Oleia o con Sander en sus facciones. Tal vez porque tenía la carita arrugada y roja de tanto llorar.

–Yo sé lo que es importante en la vida –seguía diciendo Sander–. Si tienes algún problema, yo siempre estaré ahí para ayudarte y, aunque estés equivocada, te apoyaré. No esperaré que seas perfecta, te lo prometo. No te compararé con nadie. Puedes ser quien eres, yo nunca te criticaré.

Emocionada por lo que estaba escuchando, Tally dio un paso atrás. No quería que Sander supiera que había estado escuchando porque sabía que eso le avergonzaría.

Todo lo que estaba dispuesto a ofrecerle a la niña destacaba los fallos en su relación con sus padres. Sander había sido juzgado continuamente como un segundón en comparación con su hermano Titos, que había muerto antes de que Sander y ella se conocieran.

Sus padres nunca habían aprobado lo que Sander hacía, incluyendo su decisión de casarse con ella cuando se quedó embarazada. Y le emocionaba que estuviera dispuesto a

ofrecerle a su hija más cariño del que él había recibido nunca.

Después de llegar a unas conclusiones que la hacían sentir incómoda, Tally ya no estaba de humor para hacerse una taza de tila y decidió volver a la cama.

La hija de Oleia era una niña inocente, en absoluto responsable por el comportamiento de sus padres. Lili era una personita inofensiva, una niña infeliz que ya había sufrido demasiados cambios en su corta existencia. No debería estar resentida con ella y, sin embargo, lágrimas de resentimiento rodaban por su rostro. Tally no podía evitar pensar que si su hijo hubiera sobrevivido, Sander también habría sido un fantástico padre para él.

Si podía prometer que haría todo lo posible para que su hija fuera feliz en medio de tanto conflicto, le habría ofrecido lo mismo a su hijo.

Tally se hizo entonces la pregunta que no había querido hacerse hasta ese momento: ¿qué pasaría si descubriera que había vuelto a quedarse embarazada?

No habían usado preservativo en Marruecos. El retraso que tenía en ese momento podía ser debido a los viajes y a los cambios en su vida. Pero, por otro lado, también podía ser la primera señal de que había concebido un hijo por segunda vez.

En principio, su corazón saltaba de alegría ante esa posibilidad, pero pensar que ocurriera cuando su matrimonio con Sander había vuelto a romperse…

Si era así, no podría darle a su hijo el hogar unido y feliz que había querido darle. Tras la revelación de la existencia de Lili, sus vidas habían cambiado radicalmente.

A la mañana siguiente, cuando Sander se había ido a su oficina de Londres, Tally recibió un mensaje de su hermanastra, Cosima, con la que quedó para comer a la semana siguiente.

Robert Miller, su socio, apareció a mediodía en Roxburn Manor conduciendo un elegante Aston Martin y sugirió que comiesen juntos en un restaurante cercano.

–Para ser alguien que ha pasado un par de días tan malos tienes un aspecto estupendo –comentó.

–Gracias –dijo Tally, sin contarle que Sander era responsable de la falda azul turquesa con jersey a juego. Su marido tenía muy buen gusto y era más atrevido con los colores de lo que lo era ella–. Soy una chica muy dura.

Mientras hablaban de los clientes durante el almuerzo, Robert no le hizo la pregunta que había temido y Tally se relajó. Siempre había disfrutado de la compañía de su socio y en los últimos meses se había preguntado a menudo si su relación con él hubiera sido diferente de haberlo conocido antes que a Sander.

Alto, moreno y con unos preciosos ojos azules, Robert Miller era un hombre muy atractivo y tenía su propia compañía de software, pero sencillamente no lo registraba en su radar femenino cuando Sander estaba cerca.

¿Era ella una de esas mujeres que preferían a los chicos malos? Sander siempre había sido un reto, de una manera o de otra. Aunque se había casado con ella, jamás había dicho que la amaba. Y, sin embargo, Tally se había enamorado como una loca y había sufrido por ello.

Por primera vez, intentó mirar el otro lado de la ecuación. ¿Su convencimiento de que Sander nunca le diría palabras de amor habría aumentado el desencanto y la desconfianza por su parte?

Tal vez sus iniciales reticencias a convertirse en padre habían seguido pesando para Tally. No la amaba y, por lo tanto, había sido fácil creer lo peor de él y pensar que no podía sufrir por la muerte de su hijo como sufría ella. El dolor los había separado porque no lo habían compartido.

Y, de repente, se dio cuenta de que Lili podía afectarlos de la misma forma. Si no compartían las consecuencias de la llegada de la niña a sus vidas, ¿cómo iba a sobrevivir la relación?

Millones de personas aceptaban a los hijos de sus parejas y los criaban como si fueran suyos. Pero tales relaciones podían ser más difíciles y dadas al fracaso… y entendía por qué.

Después de todo, ella había esperado ser la madre del primer hijo de Sander. Además, siempre había estado celosa de Oleia Telis. Oleia estaba muerta, pero Lili era la prueba de que había mantenido una relación con su marido.

«Olvídalo», le decía una vocecita. ¿No había roto ella su matrimonio? Ella misma había abierto la puerta para Oleia y Lili. Tenía que centrarse en la realidad y la realidad era que Lili existía. ¿Estaba dispuesta a ofrecerle su cariño a la niña?

Posiblemente por primera vez, reconoció que no podría tener a su marido sin aquella niña. De ningún modo esperaba que la abandonase, y aquello no era una competición. Además, jamás le pediría que se mostrase distante como Anatole se había mostrado con ella. Su padre se había casado con una mujer muy posesiva, Ariadne, que se sentía amenazada por la existencia de una hija ilegítima… pero Tally no iba a ser como Ariadne porque la víctima de eso había sido ella misma.

Y, en ese momento, decidió ser más madura y justa en su relación con la hija de Sander.

–Estás muy callada –comentó Robert mientras volvían a Roxburn Manor.

–Tengo muchas cosas en qué pensar –dijo ella.

–No deberías enfadarte contigo misma por algo que no es culpa tuya. Necesitas empezar de nuevo.

Tally levantó una ceja.

–¿Empezar de nuevo?

–Deja a Sander –le aconsejó Robert–. Ahora mismo. Tu matrimonio es un desastre y es imposible solucionarlo.

Incómoda con la conversación, Tally bajó del coche a toda prisa, pero Robert la siguió para tomarla del brazo.

–Espera…

–No quiero hablar de eso.

–Tú mereces algo mejor. Estabas a punto de firmar el divorcio cuando volviste con él.

Un ruido en la entrada hizo que Tally volviese la cabeza y se quedó asombrada al ver a Sander dirigiéndose hacia ellos. Intentó soltar su mano, pero Robert no se lo permitió.

–No tienes que disculparte y no hay ninguna razón para esconder nuestra relación…

–¡Aparta tus manos de mi mujer! –exclamó Sander.

–Estáis prácticamente divorciados. Ya no es tu mujer.

–¡Yo no soy de nadie! –exclamó Tally, esperando poner una nota de sentido común en

aquella ridícula escena–. Soy dueña de mi propia persona.

–Márchate, Tally –le advirtió Sander, con los dientes apretados.

–No voy a irme a ningún sitio –replicó ella–. Nos vemos la semana que viene, Robert.

–Vuelve a Londres conmigo –la animó su socio–. No puedes querer quedarte aquí…

Sander se interpuso entre los dos.

–Tally se queda conmigo.

Al ver a los dos hombres mirándose como enemigos, Tally sintió ganas de ponerse a gritar. Pero Sander era un hombre muy fuerte…

–Será mejor que te vayas a casa, Robert.

–¿Por qué? ¿Tampoco puedes recibir visitas? ¿Qué es, tu carcelero? –exclamó él, indignado.

–Puedes venir a visitarme cuando quieras –dijo ella, volviéndose para entrar en la casa, frustrada con los dos.

Si ella era la fuente del problema, lo mejor sería quitarse de en medio para que las cosas se calmaran, razonó. Pero cuando miró por la ventana del vestíbulo y vio que Robert lanzaba el puño hacia la cara de Sander se quedó helada porque había pensado que, de los dos, sería su marido el primero en perder la paciencia.

Sander, sin embargo, no perdió tiempo para devolver el golpe y cuando Robert cayó al suelo Tally corrió para intervenir.

–¡Parad ahora mismo! –gritó, furiosa–. ¡No merece la pena pelearse…!

–Merece la pena pelearse por ti –la interrumpió Sander.

–¡Si le vuelves a pegar, te dejo! –lo amenazó Tally, exasperada.

Mientras tanto, Robert había vuelto a lanzar el puño y, sorprendido, Sander cayó al suelo. Había aprovechado que estaba distraído y Tally estuvo a punto de darle un puñetazo por jugar sucio… pero fue entonces cuando tuvo que reconocer que seguía amando a su marido.

–¡Márchate, Robert! –le gritó.

Pasándose una mano por los labios ensangrentados, su socio asintió con la cabeza.

–Veo que estoy perdiendo el tiempo.

–Sí, márchate antes de que te mate –lo amenazó Sander, levantándose como un tigre.

Tally vio a Robert alejarse en el Aston Martin y luego se volvió hacia su marido.

–Él te pegó primero, ¿verdad?

Sander hizo una mueca.

–No exactamente…

–¿Quieres decir que tú has empezado la pelea?

–Eres mi mujer y él se había pasado de la raya. Estaba en mi derecho…

–¿De qué derecho hablas? Robert sólo intentaba hablar conmigo. ¡Es mi socio!

–Estaba intentando alejarte de mí.

Tally entró en la casa, tan furiosa que podría haberse puesto a dar patadas.

–¡Eso no es asunto tuyo!

–Tally… sé que éste es un momento complicado para ti, pero sigues siendo mi mujer.

Ella no dijo nada. No estaba dispuesta a discutir sobre Robert. Una cosa era dejar que Sander se preguntase por la naturaleza de su relación con él, otra muy diferente echar gasolina al fuego.

–Tal vez lo que necesitas ahora mismo es alejarte de mí. –añadió él.

–Es muy posible –asintió Tally, clavándole sus ojos verdes.

–Yo tengo que reunirme con un hombre con el que espero hacer negocios en Atenas. Pero eso significaría dejarte aquí, con Lili y su nueva niñera durante cuarenta y ocho horas.

–No te preocupes, puedo hacerlo –se oyó decir, sin admitir que aún no había reunido suficiente valor como para estar en la misma habitación con la niña.

–¿En serio? –exclamó él, sorprendido.

–¿Por qué no? No soy tan mala como para culpar a un bebé por lo que está pasando.

–Si eso es cierto, te comportas como un ser humano maravilloso, *moli mou.*

Tally se puso colorada. Sabía que no merecía ese elogio porque se había prometido a sí misma ser más adulta ese mismo día.

–Lo digo en serio –Sander la miró con sus ojos dorados–. Yo no podría soportar que hubieras tenido un hijo con Robert Miller. Sencillamente, no habría podido soportarlo.

Que fuese tan generoso como para admitirlo la obligó a admitir que su silencio sobre ese tema debía de haber provocado muchas dudas.

–Como yo no me he acostado con Robert, eso sería imposible.

Sander sonrió.

–Gracias por decírmelo. No tenías por qué hacerlo.

Tally se dio cuenta entonces de que no se habría peleado con Robert de haber sabido que entre ellos no había nada.

Cuando Sander se marchó una hora después, Tally estaba trabajando en un diseño para un cliente. Pero en cuanto el helicóptero desapareció, cerró su ordenador y se levantó de la silla. Era hora de conocer a la hija de su marido.

La niñera, una mujer de unos treinta años y aspecto serio, estaba cambiando el pañal de Lili en ese momento y, nerviosa, Tally se presentó.

–Es normal que llore –murmuró, al ver la erupción que la pobre niña tenía en la cara–. Pobrecita…

–Los masajes con aceite ayudan –dijo la niñera–. La ropa y las sábanas de algodón sin mezcla ayudan mucho también.

–Iré a comprarlas –le prometió Tally, contenta al poder hacer algo práctico.

–¿Le importaría quedarse con Lili mientras yo bajo a comer algo?

–Claro que no –respondió ella, un poco avergonzada al mirar el reloj. Eran las cuatro de la tarde y la pobre mujer no había comido.

Pero claro, ¿quién estaba allí para encargarse de esas cosas? Sander intentaba cuidar de su hija pero no tenía ni idea de lo que significaba cuidar de un niño pequeño. Y si Lili

necesitaba cuidados las veinticuatro horas del día, habría que contratar más gente.

La niñera puso a Lili en sus brazos antes de salir de la habitación. Era una niña diminuta, no pesaba nada. Pero cuando se puso a llorar de nuevo, Tally respiró profundamente, recordándose que siempre le habían gustado los niños.

Sin saber qué hacer, empezó a mecerla en los brazos y Lili la miró con unos ojitos oscuros cargados de tristeza. Finalmente, se sentó en la mecedora y tomó un sonajero que la niña miró con curiosidad.

El tiempo pasaba y Tally seguía sentada en la mecedora, asombrosamente tranquila y disfrutando del calor de la niña en los brazos hasta que, por fin, Lili cerró los ojitos y se quedó dormida.

La niñera reapareció entonces para meterla en la cuna y Tally se quedó mirándola. Se le encogía el corazón al ver que era tan pequeñita y allí mismo se prometió que, pasara lo que pasara en su matrimonio, no culparía a la hija de Oleia por ello. Si amaba a Sander ¿cómo no iba a aceptar a su hija?

Esa noche durmió sin pesadillas y al día siguiente fue a Londres para visitar a su cliente con los bocetos que había preparado. Después, entró en unos grandes almacenes para comprar pijamitas y sábanas de algodón para Lili.

Antes de volver a Roxburn Manor pasó por su apartamento para guardar algo de ropa en una bolsa de viaje, pero cuando estaba llegando a la mansión se le ocurrió que tal vez debería haber ido al ginecólogo mientras estaba en Londres. Era hora de comprobar si estaba embarazada, de modo que llamó por teléfono para pedir cita.

Aunque había recibido varios mensajes de sus padres diciendo que querían hablar con él, Sander no había respondido ni había ido a visitarlos mientras estaba en Grecia. Sabía por qué querían hablar con él, pero ya no era un adolescente rebelde que necesitara una bronca paterna sobre Lili. La única persona a la que tenía que darle explicaciones era Tally y no sabía si Tally estaría en Roxburn Manor cuando volviese a la mansión.

–¿Dónde está mi mujer? –le preguntó a la señora Jones.

–En la habitación de la niña, señor Volakis –respondió el ama de llaves.

Sander subió los escalones de dos en dos. Que Tally estuviera con Lili era mucho más de lo que había esperado.

Cuando entró en la habitación se quedó sorprendido al ver a su hija sobre una toalla en las rodillas de Tally, que estaba dándole un masaje.

–No está llorando –dijo Sander.

Ella levantó la mirada.

–Le gusta esto –respondió, poniendo aceite en su mano y pasándolo suavemente sobre la tripita de la niña–. Normalmente se queda dormida. Después de un masaje está mucho más calmada.

–Tú también pareces más calmada, *moli mou* –se atrevió a decir Sander.

–Lili no merece que esté enfadada, la pobre no tiene la culpa de nada –musitó Tally mientras le ponía el pijamita–. He pedido cita con el dermatólogo, por cierto.

–Sí, has hecho bien.

–He leído algo sobre los eccemas en Internet y he pensado que tal vez habría que hacerle pruebas de alergia… en caso de que sea algo con lo que está en contacto.

Sander respiró profundamente. –No sabes cuánto agradezco que te intereses por la niña.

–Me hace sentir mejor, así que también es egoísta por mi parte –dijo Tally, que no estaba nada orgullosa de lo que le había costado que su generosa naturaleza superase a su egoísmo.

Esa noche cenaron en la cocina, con menos formalidad de la acostumbrada. Tally había hablado con el ama de llaves para decirle que preferían no cenar en el comedor y la señora Jones le había confiado que necesitaría más personal para atenderlos como solían atender a los padres de Sander.

–¿Has ido a ver a tus padres? –le preguntó Tally.

–Debería, pero no lo he hecho –le confesó Sander–. No estaba de humor para soportar una tragedia en cuatro actos sobre Lili.

Se había puesto unos vaqueros y una sencilla camisa de algodón, la sombra de barba acentuando la sensualidad de sus labios. Cada vez que lo miraba, sentía esa emoción que Sander siempre evocaba en ella, recordándole deseos y necesidades que había contenido desde que Lili llegó a sus vidas.

Pero no iba a dar el primer paso.

Era la noche libre de la niñera y, después de cenar, Tally estaba dándole el biberón a Lili cuando Sander apareció en la puerta de la habitación.

–Yo debería hacer eso –le dijo, sin gran entusiasmo. –Bueno, al menos deberías aprender a hacerlo –asintió ella, levantándose.

Sander tragó saliva de una forma tan cómica que la hizo reír mientras le ponía a la niña en los brazos y le enseñaba cómo sujetar el biberón.

–Es tan pequeña… –dijo Sander.

–No es física cuántica, no te preocupes.

Sus ojos se encontraron entonces y Tally sintió una ola de fuego recorriendo sus venas. Nerviosa, apartó la mirada. –Es muy mona cuando no está llorando –comentó Sander.

–Ahora come mejor y cuando engorde un poco estará más guapa. La pobre siempre se muestra muy ansiosa… yo creo que ha habido demasiada gente cuidando de ella –comentó Tally, mientras pasaba una mano por el pelito de la niña.

Lili la miró entonces y sus ojos siguieron clavados en ella mientras tomaba el biberón.

Media hora después, Tally metió a la niña en la cuna y se fue a la cama, preguntándose si Sander iría a buscarla. Se quedó largo rato mirando la puerta, pensando en él, deseándolo, anhelándolo. Hasta que tuvo que aceptar la realidad: su marido no tenía planes de compartir cama con ella.

Poco después, escuchó el llanto de Lili por el monitor y se levantó para atenderla. Eran más de las dos cuando, por fin, se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol se colaba por las cortinas de la habitación y Sander estaba tocando su brazo.

–¿Qué hora es?

–Las diez. Y mis padres están aquí.

Un ataque con misiles no podría haber hecho que Tally se levantase de la cama a más velocidad. La idea de enfrentarse con su elegantísima suegra sin estar arreglada le horrorizaba.

–Dios mío… ¿qué quieren?

Sander apretó los labios.

–Aparentemente, quieren a Lili.

Capítulo 10

Tan sorprendente anuncio hizo que Tally entrase a toda velocidad en el cuarto de baño para lavarse y arreglarse un poco.

¿Qué había querido decir Sander con que sus padres querían a Lili? ¿De verdad sus suegros se ofrecían a criar a la hija de Oleia?

Tally estaba atónita porque los Volakis no le habían parecido nunca personas cariñosas. Y menos con los niños.

Salió del baño diez minutos después y se puso unos vaqueros y una camiseta negra, pero no estaba dispuesta a arreglarse mucho más.

Sander ya había bajado al salón y cuando Tally se reunió con ellos, la señora Jones estaba sirviendo café mientras Eirene Volakis decía:

–Si te hubieras casado con Oleia cuando tuviste oportunidad… ella habría sido perfecta para ti, hijo.

Tally, colorada hasta la raíz del pelo, carraspeó para hacer notar su presencia y su suegra le dedicó una sonrisa totalmente falsa.

–No lo creo. Nos separamos cuando yo era muy joven porque éramos incompatibles –dijo Sander.

–Siempre nos gustó mucho Oleia –insistió Petros Volakis, como si Tally no estuviera allí–. Ésa es una de las razones por las que nos gustaría criar a su hija.

–En estas circunstancias, no creo que tu mujer la quiera –comentó Eirene, sin el menor pudor.

–Lili es hija de Sander –dijo Tally.

Eirene enarcó una ceja.

–La niña estaría mucho mejor con nosotros. Yo siempre quise tener una hija… cuando me quedé embarazada de Sander estaba convencida de que sería una niña y fue una tremenda desilusión para mí que no lo fuese.

–Sí, ésa fue una gran desilusión –asintió Petros.

Tally no podía seguir mordiéndose la lengua.

–Y a ninguno de los dos se le ha pasado la delusión, ¿verdad? ¿Por eso siempre favorecisteis a Titos? ¿Es por eso por lo que nunca tenéis nada bueno que decir sobre Sander?

Él se quedó sorprendido por el exabrupto.

–Vamos a dejar esa conversación…

–Eres una maleducada –la reprendió Eirene Volakis.

–Mi mujer no es una maleducada –protestó Sander–. Además, me sorprende muchísimo que queráis criar a Lili a vuestra edad. De hecho, no me parece buena idea.

–Nosotros podemos darle todo lo que necesita para que algún día pueda ocupar su sitio entre la mejor sociedad griega –insistió la madre de Sander.

–Hay cosas más importantes –replicó Sander.

–Para mí no. Sería feliz con nosotros y, además, es nuestra primera nieta.

–No, en realidad mi hijo fue su primer nieto –les recordó Tally.

El padre de Sander tuvo la decencia de mirarla con gesto consternado, pero Eirene no parecía en absoluto conmovida por el recordatorio.

Tally vio que Sander estaba tenso y se preguntó si la propuesta de sus padres le parecería bien. Un minuto después, la niñera entró con Lili en el moisés.

–Es hora de que conozca a mi nieta –dijo Eirene, acercándose a la niña. Pero enseguida se detuvo, sorprendida–. ¿Se puede saber qué le pasa en la cara?

–Lili tiene un eccema infantil –respondió Tally. –Es muy feo –dijo su suegra, haciendo una mueca de disgusto–. ¿Se le va a quitar?

–A algunos bebés se les pasa enseguida, a otros no. Habrá que esperar –dijo Tally, conteniendo el deseo de tomar a Lili en brazos y apartarla de aquella bruja.

Sander tuvo que disimular una sonrisa al ver que sus padres se apartaban del moisés como si la condición de la niña fuera contagiosa.

–Siento mucho que no sea perfecta –les dijo.

Eirene frunció el ceño.

–No es una niña sana. Tal vez sería mejor que siguiera con vosotros por el momento.

–No pensaba dejar que os la llevarais, sana o no –replicó Sander–. Oleia me confió a mi hija y tengo intención de criarla. El aspecto de Lili no tiene la menor importancia ni para Tally ni para mí.

Eirene Volakis no parecía impresionada. Evidentemente, sólo una niña guapa y sana podía optar a un puesto en casa de los Volakis.

Tally intentó calmar a Lili cuando empezó a llorar pero, como de costumbre, era imposible. En quince minutos, los padres de Sander se despidieron, su interés por la niña olvidado por completo.

Él se inclinó para tomar el sonajero y ofrecérselo a su hija.

–Te toca quedarte con nosotros –le dijo, suspirando–. Parece que ni siquiera podemos darte en adopción.

–No digas eso ni de broma –lo reprendió Tally.

–No es fea –comentó Sander entonces.

–¡Pues claro que no lo es!

–¿Pensabas que iba a dejar que mis padres se la llevaran? –le preguntó él. Tally debía admitir que unos días antes habría pensado que sí. –No, ya no. Además, no creo que tu madre sea capaz de ofrecerle a nadie un cariño incondicional.

–Nunca había admitido hasta ahora que esperaba que yo fuese una niña –comentó él,

sacudiendo la cabeza–. Yo era el niño más ruidoso y más travieso del mundo. Es normal que la sacara de quicio.

Y seguramente había sido una de las pocas desilusiones que una mujer rica y mimada como Eirene Volakis había tenido que soportar en la vida, pensó Tally, dolida al pensar que Sander había sido un niño tan poco querido.

–Ahora entiendo que seas tan independiente.

–Volvamos a Londres mañana –sugirió él entonces, cambiando de tema–. Desde ayer, los paparazzi están ocupados persiguiendo a un político al que han pillado con una amante. Lili ya no es noticia, afortunadamente.

–Así sería más fácil volver al trabajo –reconoció Tally–. Tardo mucho tiempo en llegar desde aquí.

Al darse cuenta de que estaban, de nuevo, hablando como dos extraños, sus ojos se llenaron de lágrimas y Tally tuvo que parpadear varias veces para controlarlas.

En Marruecos, ella había sido la primera en dar el paso para romper la distancia entre ellos, pero no estaba preparada para hacerlo de nuevo.

Sander no la amaba y lo mínimo que podía hacer para no perder su dignidad era mantenerse firme.

No le dijo nada sobre la posibilidad de un embarazo. Esos días felices en Marruecos, cuando la idea de tener un hijo los había llenado a los dos de felicidad, habían terminado. Y después de haberle dicho a Sander una vez que esperaba un hijo cuando él no lo deseaba, no quería volver a verse en esa situación.

Esa noche, su padre llamó por teléfono y le pidió que se vieran para comer, pero en el hotel en el que se alojaba y no en el restaurante habitual.

Sorprendida, porque era inusual que Anatole Karydas la llamase, Tally se preguntó si querría indagar sobre Lili. Esperaba que no fuera así porque no estaba preparada para hablar ni sobre Lili ni sobre el estado de su relación con Sander.

En cuanto Lili y su niñera se instalaron en Londres al día siguiente y Sander se fue a trabajar, Tally fue al hotel en el que se alojaba su padre. Anatole la invitó a sándwiches y té en la suite, pero su incomodidad era evidente porque empezó a hablar varias atropelladamente.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Tally.

–No se me da bien pedir disculpas –admitió él–. Pero me equivoqué con Sander y contigo. No debería haberme entrometido y no debería haber usado los problemas económicos de Crystal para obligarte a nada.

–No, no deberías haberlo hecho, es verdad –admitió ella.

–Evidentemente, después de lo que ha pasado… me refiero a la hija de Sander y Oleia Telis, no pienso obligarte a que sigas con él. Y olvídate del dinero, no tiene importancia. Aunque Sander está decidido a devolvérmelo y no acepta una negativa. Debo decir que es el único de la tribu Volakis que tiene carácter.

Tally tuvo que sonreír, aunque involuntariamente, ante ese cumplido.

–Sí, tiene mucho carácter.

Anatole frunció el ceño.

–Pero no deberías haberle contado que volviste con él porque yo te lo pedí. Imagino que no te importó después de hacerse público que había tenido una hija con Oleia Telis, pero ningún hombre puede lidiar bien con una revelación tan humillante.

–Sander no me ha vuelto a decir nada, así que imagino que no le importa tanto…

–Siendo un hombre joven y acostumbrado a la adulación de las mujeres, descubrir que su esposa había vuelto con él porque su padre la había obligado a hacerlo debió de ser un golpe terrible para él. Pero no se me ocurrió que tú pudieras contárselo –admitió su padre–. Eso destrozaría cualquier posibilidad de reconciliación, Tally.

La confianza con la que hacía tal afirmación le dio que pensar. Cuando se lo contó, Sander se había enfadado mucho y era posible que su silencio sobre el tema desde ese día no significara que no le importaba sino todo lo contrario. De hecho, tal vez la confesión de que su padre la había chantajeado para que volviera con él era el mayor problema en su matrimonio.

¿Podría ser ésa la razón por la que se mostraba tan distante?

–¿Tú sabías que Sander había vuelto con Oleia?

Anatole frunció los labios.

–No, yo no sabía nada. Oleia se marchó a Londres y luego a París y no supimos más de ella. He oído rumores sobre su estilo de vida y sobre la niña, pero sólo después de su muerte.

Antes de separarse, su padre la invitó, a ella y a Sander, a su fiesta de cumpleaños en Atenas. Cuando Tally mostró su sorpresa, Anatole le confesó que lamentaba no haberla reconocido como hija biológica y quería dejar el pasado atrás y empezar de nuevo.

Esa declaración la alegró profundamente y Tally fue a su cita con el ginecólogo pensativa.

Pero unos minutos después de hacerse la prueba, recibía la noticia que temía y deseaba a la vez: estaba embarazada de nuevo.

Se sentía feliz, pero a la vez aterrorizada de que algo volviese a ir mal. El médico le aseguró que tomarían todas las medidas necesarias… aunque no haría falta. Ella misma se encargaría de tomar las medidas necesarias para tener un hijo sano.

Antes de volver a casa, Tally se desvió para visitar a su madre y darle la noticia. Crystal, que la había llamado varias veces por teléfono desde que saltó el escándalo de Lili, se mostró encantada. Y también le contó que había encontrado un trabajo en la boutique de una amiga y que había alquilado un apartamento.

–Yo conozco el mundo de la moda y se me da bien negociar precios –dijo Crystal, satisfecha–. Cruza los dedos por mí.

–Seguro que lo harás muy bien –asintió Tally, contenta de que su madre hubiera decidido dar un nuevo rumbo a su vida.

–Y Sander y tú volvéis a estar juntos, con un niño en camino. Aunque eso no es una sorpresa.

Tally levantó una ceja.

–¿Ah, no?

–No soy tonta, cariño. Tú querías tener hijos, de modo que sólo era una cuestión de tiempo que te encariñases con Lili. Y Sander está loco por ti, así que todo saldrá bien.

–¿Sander está loco por mí?

–Cinco minutos soltero y lo único que quiere es volver con su mujer, eso lo dice todo. Nunca había visto una pareja más feliz que vosotros cuando vivíais en Francia.

Cuando se despidió de su madre, Tally pensó en los bonitos recuerdos que tenía de ese período de su vida. Habían sido increíblemente felices juntos, era cierto, hasta que la muerte de su hijo terminó con el mutuo entendimiento y la tolerancia.

Tally se llevó las manos al estómago, plano todavía, rezando para que no se repitiera la historia.

En el portal, sacó el móvil del bolso para llamar a Sander. Desgraciadamente, estaba en una reunión y tuvo que dejarle un mensaje diciendo que tenía que verlo urgentemente.

Y esa vez, no se disculparía por darle la noticia de que estaba embarazada.

Sander entró en el salón de su casa de Londres con la expresión de un hombre a punto de ser ahorcado. –Mi ayudante debería haberme pasado tu llamada. ¿Qué ocurre? Tally, con un traje de color gris y el pelo suelto, clavó los ojos verdes en su marido.

–Estoy embarazada…

Sander no pudo esconder su sorpresa porque había temido que la noticia fuera otra. En dos zancadas, se acercó a ella y la aplastó contra su pecho.

–¡Es la mejor noticia que me has dado nunca! –exclamó, sus ojos llenos de satisfacción.

Tally se quedó absolutamente sorprendida por su entusiasmo.

–No sabía qué ibas a decir…

Atónito, él levantó su orgullosa cabeza.

–¿No habíamos planeado este niño juntos? ¿No es lo que ambos queremos?

–Sí, pero…

–¿Te preocupa que yo no te esté a tu lado? –la interrumpió Sander, tomando su mano para llevarla hacia la cama.

–No es eso…

–Esta vez estaré a tu lado todo el tiempo. No soy el mismo hombre que era hace dos años. He crecido, me he hecho un adulto y he aprendido lo que es realmente importante en la vida.

El corazón de Tally pareció hincharse dentro de su pecho, tanto que se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Eso es cierto? ¿Es lo que sientes de verdad?

Sander apretó su mano.

–Cuando recibí tu mensaje me llevé un susto de muerte. Pensé que ibas a decir que me dejabas.

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Sé que no volviste conmigo por decisión propia. Tu padre te presionó para que lo hicieras.

–Dios mío, seguías preocupado por eso –murmuró ella, incómoda.

Como respuesta al comentario, Sander soltó una risita incrédula.

–¿Cómo no iba a estar preocupado?

–No demostraste que te preocupase.

–Ya sabes que no me gusta mostrar mis sentimientos, *yineka mou*. ¿Qué iba a hacer de todas formas? No me gustaba, pero si quería estar contigo tenía que aguantarme. Y quería que te quedases conmigo, con todo mi corazón. Me di cuenta de que aunque sólo estuvieras conmigo para complacer a tu padre, prefería eso a perderte para siempre.

Esa declaración aceleró el corazón de Tally.

–¿No te importaba?

–Me importaba mucho porque tengo mi orgullo –respondió Sander–. No querías estar conmigo y debería haberte dicho que podías marcharte cuando quisieras. Pero no podía hacerlo, no podía perderte otra vez.

Fascinada por tan intenso discurso de un hombre famoso por ser circunspecto, Tally levantó un dedo para acariciarle los labios.

–¿No podías?

–Cuando me dejaste en Francia, después de perder a nuestro hijo, para mí fue un infierno –admitió Sander, sus expresivos ojos llenos de sombras del pasado–. Entonces empecé a beber… me sentía como un fracasado. Sabía que te había defraudado, pero no sabía qué podía haber hecho de manera diferente porque tú no querías hablar conmigo.

Tally hizo una mueca, inclinándose hacia delante para abrazarlo.

–Lo siento mucho, es verdad que te dejé fuera. Creo que mi actitud entonces era la misma que al principio de mi embarazo, cuando tú dejaste claro que no querías ser padre. Supongo que no había olvidado mi resentimiento y no debería haber sido así porque tú habías cambiado…

Sander la miró, con los ojos oscurecidos.

–Pero no cambié tan rápido como debería. Me sentía tan mal por mi actitud tras la muerte del niño… pero no podía cambiar el pasado.

–Y yo no podía perdonarte por ello –susurró Tally, sobre su hombro–. Y era injusto.

–Fuiste tú quien me enseñó a querer un hijo –le confesó Sander entonces–. Lo quería porque tú lo querías. Nunca se me ocurrió que podría pasar algo y cuando ocurrió me sentí culpable porque nunca había pensado en el niño como una persona de verdad. Tú eras tan infeliz, y yo no podía ayudarte… eso me hacía sentir más impotente que nunca.

–¿Es por eso por lo que empezaste a trabajar a todas horas… para evitarme?

Él la miró a los ojos.

–Tú ya no me querías, lo dejaste bien claro. Me parecía que estaba en el medio, molestando, que no querías ni verme.

–Tal vez era así cuando estaba tan deprimida, pero la soledad lo empeoró todo –reconoció Tally, con un nudo en la garganta–. Tenía horribles pesadillas todas las noches…

Sander hizo una mueca.

–Nunca me lo contaste.

–Eran unos sueños tan enloquecidos que no me atrevía a hablar de ellos en voz alta. Temía estar perdiendo la cabeza…

Tally le contó esa pesadilla en la que buscaba frenéticamente a su hijo, al que no era capaz de encontrar, y él la apretó contra su corazón, entristecido.

–Si me lo hubieras contado… Cuando te fuiste a la otra habitación lo tomé como un rechazo, pero sólo estabas pasando por un proceso de luto. Los dos lo hacíamos, pero de manera diferente –Sander sacudió la cabeza–. Yo no sabía qué decir porque me sentía tan culpable…

–¿Y Oleia te hizo sentir mejor? –le preguntó Tally abruptamente.

Él hizo una mueca.

–No, mucho peor. Tengo que enseñarte la carta que le dejó a su abogado para mí. Allí explica por qué no me dijo nada sobre Lili.

Ella frunció el ceño, pensativa.

–¿Por qué te acostaste con ella… sólo porque era muy guapa? Sander se encogió de hombros. –Cuando me dejaste, para mí fue un rechazo insoportable. Oleia siempre había dejado claro que seguía interesada en mí… y tú no lo estabas. Ésa fue la atracción.

Esa verdad le rompió el corazón porque incluso rota de dolor había seguido queriendo a Sander, pero no había sido capaz de demostrárselo.

–¿Y por qué no te contó que estaba embarazada?

–Oleia tenía su orgullo también. Por la mañana me preguntó si seguía enamorado de ti y yo no pude mentirle.

Tally se quedó helada por esa respuesta. ¿Enamorado de ella?

–Por eso no me contó lo de Lili –siguió Sander–. Sólo decidió contármelo cuando supo que estaba al borde de la muerte, porque sabía que la niña iba a necesitar un padre.

–A ver si lo entiendo… –empezó a decir Tally–. ¿Estás diciendo que estabas enamorado de mí mientras vivíamos en Francia?

Él asintió con la cabeza.

–Pero no me di cuenta de lo importante que eras para mí hasta que me dejaste –admitió–. Oleia me hizo mucho daño cuando era muy joven y juré no enamorarme nunca…

–Sí, eso ya lo había imaginado.

–Pensé que el amor hacía débil y vulnerable a un hombre –le confesó Sander–. Yo no quería enamorarme de ti y no sabía que lo hubiera hecho, si quieres que te sea sincero. Pero, de alguna forma, te habías convertido en parte integral de mi vida, de mi felicidad, pero sólo me di cuenta cuando te fuiste. No podía soportar la vida sin ti.

–Oh, Sander… –murmuró Tally, con los ojos llenos de lágrimas–. Si me quieres, nunca tendrás que vivir sin mí. De hecho, creo que vas a tener que quedarte conmigo para siempre.

–Para siempre suena estupendo –dijo él, abrazándola con tal fuerza que pensó que iba a aplastarle alguna costilla.

–Ten cuidado…

–Perdona –Sander se apartó un poco, riendo–. Te quiero para siempre, Tally. Pero me quedé tan sorprendido cuando descubrí la existencia de Lili… pensé que no me perdonarías.

–Tuve que buscar en mi alma para aceptarlo, pero creo que estoy empezando a quererla. La pobre nos necesita a los dos.

–Eres tan generosa… –tenía la voz cargada de emoción y cuando Tally levantó la mirada vio que sus ojos se habían empañado–. Con Lili sobre todo. Y eso ha hecho que te quiera aún más y que aprecie haberme casado con una mujer verdaderamente especial. Y ahora que vamos a tener un hijo, mi felicidad es completa.

Aquel entusiasmo emocionó profundamente a Tally, que parpadeó para controlar las lágrimas, agradeciéndole al Cielo que a pesar de todo lo que había ocurrido hubieran vuelto a encontrarse milagrosamente y con un amor más profundo y fuerte que antes.

–Te quiero tanto que me duele –le confesó.

–Lo que a mí me duele es estar sin ti –dijo Sander, con la convicción de un hombre que había sufrido y no tenía intención de volver a pasar por ello–. Puede que llegue un poco tarde a esto del amor, pero te valoro mucho y sé lo maravillosa que eres.

–¿No te parece que el dormitorio está demasiado tranquilo? –bromeó Tally, tirando de su corbata.

–¿Ya no vas a rechazarme?

–Sólo fue un beso –dijo ella–. Una señora tiene derecho a cambiar de opinión, y jamás pensé que te echarías atrás. ¿Qué ha sido de la famosa determinación de los Volakis?

Sander la miró con una sonrisa de lobo antes de buscar su boca en un beso que la hizo temblar. –Deja que te demuestre esa determinación, *agapi mou.*

Dieciocho meses después, Tally salió al porche con una bandeja de limonada y galletas para los niños.

Sander observaba a Lili conduciendo su cochecito de juguete por el jardín mientras su hijo, Timon, gateaba tras ella con la famosa determinación de los Volakis.

–Tenemos que comprar otro cochecito –sugirió Sander mientras los dos niños volvían al porche en busca de galletas– antes de que empiecen a pelearse por él.

Con casi dos años, Lili era una niña delgadita, de sedosos rizos oscuros y enormes ojos castaños. Tally la había adoptado oficialmente meses antes, en uno de los momentos más felices de su vida.

La pareja dividía su tiempo entre Londres y la casa del sur de Francia. Y, afortunadamente, gracias al sol y al yodo del mar, el eccema de Lili se había curado del todo.

Con una galleta en la mano, la niña apoyó la carita en la rodilla de Tally. Estaba muy apegada a su madre adoptiva, como Tally a ella.

Poco antes de que Timon naciera, Tally había leído la carta que Oleia había dejado para Sander antes de morir y lloró de pena sabiendo que algún día, cuando Lili tuviese edad para entender lo que había pasado, tendría que dársela.

Los dos niños eran muy diferentes. Lili era nerviosa y desconfiaba de los extraños, aunque mucho menos que cuando era más pequeña. Timon, sin embargo, era todo lo contrario, un niño seguro de sí mismo que no tenía miedo de nada y tan independiente como su padre.

A veces, Tally sentía que necesitaría cuatro pares de ojos para vigilarlo porque siempre andaba gateando de un sitio a otro, y agradecía enormemente el apoyo de la niñera, sin la que sería imposible vivir tranquila.

Los padres de su marido estaban locos por él, pero Tally sabía que la madre de Sander seguía queriendo una nieta. Tal vez en un año o dos podría considerar la idea de intentarlo de nuevo…

Mientras tanto, sus dos hijos eran más que suficiente para llenar su vida. El embarazo había sido un momento de inquietud para Sander y para ella porque, a pesar de contar con todo lo necesario para evitar problemas, los dos estaban secretamente preocupados por el momento del parto.

Sander la había tratado como si fuera de porcelana durante esos nueve meses y la felicidad con la que recibieron la llegada de Timon era un testimonio claro del amor que compartían.

Crystal seguía trabajando en la boutique, un trabajo para el que parecía haber nacido, y unos grandes almacenes estaban interesados en contratarla. Su madre adoraba el mundo de la moda y viajar a las pasarelas internaciones… por no hablar de los descuentos que conseguía en las mejores marcas. Estaba a punto de comprar su propio apartamento y un día anunció que, por el momento, había perdido el interés por los hombres. Tally creía que, sencillamente, estaba disfrutando de su nueva independencia y estaba encantada al verla tan feliz.

Binkie, que se había retirado, los visitaba a menudo porque, además, su nieta era la niñera de Timon y Lili. Pero el mayor cambio en la vida de Sander y Tally era el contacto con Anatole Karydas, su mujer, Ariadne, y su hija Cosima.

Cuando acudieron al cumpleaños de Anatole el año anterior, en Atenas, Tally conoció a parientes a los que no había visto en su vida. La mujer de su padre los había recibido con los brazos abiertos y Tally estaba encantada de su nueva relación con Cosima, que por fin la trataba como si fuera una hermana.

Su empresa de decoración funcionaba a las mil maravillas y Robert Miller había consentido por fin que Sander comprase su parte del negocio. Robert estaba saliendo últimamente con una modelo estadounidense y, si había que creer los rumores que publicaban las revistas, era una relación seria.

Cuando la niñera se llevó a los niños al interior de la casa para bañarlos, Sander tomó a Tally de la mano y la sentó sobre sus rodillas, acariciando sus rizos.

–¿Te han dicho alguna vez que tienes un pelo muy sexy?

–Puede que sí. Tal vez por eso ya no me lo aliso –respondió ella, con los ojos brillantes–. Qué gusto más raro tienes…

Riendo, él la besó con innegable ansia, deslizando una mano por el interior de sus muslos.

–Sander… –lo reprendió.

–Te quiero, señora Volakis, y creo que te quiero más cada día. No sabía que tener una familia pudiera ser tan maravilloso.

Tally lo miró, burlona.

–Entonces, es que tardas mucho en aprender.

Con un brillo de amor en sus ojos dorados, Sander se levantó para tomarla por la cintura con manos posesivas y la besó hasta tenerla rendida. Se abrazaban como si fueran imanes, el placer que encontraban el uno en el otro embriagador…

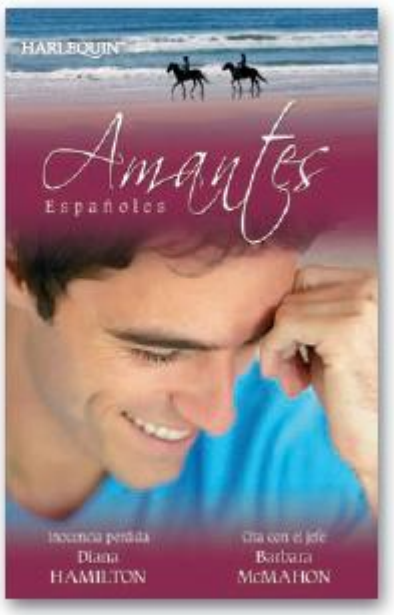
Sitehagustadoestelibro,tambiéntegustaráestaapasionantehistoriaqueteatraparádesdelaprimera hastalaúltimapágina.

Pinchaaquíydescubreunnuevoromance.

www.harlequinibericaebooks.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha **aquí** y descubre un nuevo romance.



---

www.harlequinibericaebooks.com